

**Laura Janina Hosiasson**

**GUERRA DEL PACÍFICO: literatura e historias de la nación.**

Tese de doutoramento apresentada ao Departamento  
de Letras Modernas da Faculdade de Filosofia, Letras e  
Ciências Humanas da Universidade de São Paulo

Orientador: Prof. Dr. Jorge Schwartz

São Paulo  
1996

## E R R A T A

Por erro de paginação, a numeração das páginas está duplicada no numero 109, estando, entretanto, correta a sequência do texto.

## AGRADECIMIENTOS

El resultado de esta investigación le debe mucho a algunas personas, entre las cuales quiero mencionar, en primer lugar, a Jorge Schwartz quien, desde hace ya largos años y con admirable paciencia, viene acompañándome como orientador, como lector y como amigo; luego a Adriana Rodríguez Pérsico, amiga quien de muy cerca primero y luego a la distancia ha sido la gran instigadora, interlocutora y lectora de este trabajo; a Daniel Balderston, por ser el primero que me llamó la atención hacia unos “ciertos cuentos militares” de la guerra del Pacífico; a María Augusta Fonseca, Susana Kampff Lages, Andrea Lombardi y Maite Celada, por la amistad en primer lugar y después por sus valiosas contribuciones librescas y ‘tertúlicas’; a Enrique Amayo, por su gentil apoyo y préstamo de valiosa bibliografía peruana; a Raúl Antelo por su cariñosa lectura de algunos de los capítulos; en Austin, a Berthe y Hubert Campbell por su estupenda acogida, a Anne Hartness por abrirme las puertas de la Benson Collection y a María Isabel Jofré por la absoluta empatía; en Washington, a Dolores Moyano Martin y sus solícitas secretarías de la Biblioteca del Congreso y a Roxana Patiño de Maryland, por las asesorías bibliográficas; en Santiago, a María Teresa Gozo y a mis queridos padres por los sendos volúmenes del “Séptimo de

Línea” y, sobretudo, por el amor de siempre; finalmente, a mis hijos Alvaro, Diego y Andrecito y a mi amado compañero Emerson, por toda la alegría con que gravitan a mi alrededor.

Quiero mencionar y agradecer también al señor José Mindlin por la generosidad con que me dejó escudriñar en su biblioteca, asesorada por su gentil secretaria, Cristina Antunes. Por último, manifiesto mi gratitud a CNPQ y a la Universidad de São Paulo, por haberme proporcionado todas las condiciones para la realización de este trabajo. Muchas de las referencias bibliográficas en portugués y varios ‘portuñolismos’ salpicados en el texto así como numerosas citas bibliográficas en portugués son evidencias del contexto brasileño en que fue elaborado.

## INDICE

<b>INTRODUCCION.....</b>	<b>p. 5</b>
<b>PREAMBULO NECESARIO.....</b>	<b>p. 20</b>
<b>CAPITULO I: EL VIAJE .....</b>	<b>p. 36</b>
<b>CAPITULO II: HEROES SIN NOMBRE .....</b>	<b>p. 65</b>
<b>CAPITULO III: EROTICA Y ESTETICA .....</b>	<b>p. 109</b>
<b>CAPITULO IV: GUANO MALDITO .....</b>	<b>p. 155</b>
<b>RECAPITULACIONES.....</b>	<b>p. 186</b>
<b>BIBLIOGRAFIA.....</b>	<b>p. 191</b>

## INDICE DE ILUSTRACIONES

Figura 1 : Mapa del desarrollo de las operaciones.....	p. 12
Figura 2 : Mapa de la región antes del fin de la guerra .....	p. 14
Figura 3 : El héroe colectivo del cuarto de línea.....	p. 70
Figura 4 : Cantineras.....	p. 106
Figura 5 : Cabos de cañón .....	p. 118
Figura 6 : Desembarco en Lurín.....	p. 127
Figura 7 : Combate naval de Punta Gruesa.....	p. 132
Figura 8 : Ocupación de la Concepción .....	p. 148
Figura 9 : Ocupación de Lima .....	p. 150
Figura 10 : Pájaros guaneros .....	p. 161
Figura 11 : Descargando guano.....	p. 174

## INTRODUCCION

La guerra del Pacífico, entre Chile, Bolivia y Perú abarca un período que va desde febrero de 1879 hasta noviembre de 1883. Uno de los orígenes del conflicto<sup>1</sup> está en los años de la independencia hispanoamericana, a comienzos del siglo XIX, cuando quedaron fijadas las fronteras de los nuevos países según el decreto legal del '*uti possidetis*'<sup>2</sup> de 1810, que determinaba que las delimitaciones territoriales se conservaran como ya habían sido dibujadas por los virreinos. Debido a que la región no había representado hasta la época ningún interés económico específico y permanecía prácticamente despoblada, no se prestó atención a la fijación de los límites exactos de esa demarcación. La configuración precisa de las fronteras quedó pues sin realizarse.

Hacia 1840, se descubría el valor mineralógico de la región, así como también su gran depósito de fertilizante orgánico, el guano, especialmente en toda la región costera de Bolivia y del sur del Perú que encontraron entonces una riquísima fuente de recursos para invertir en sus desarrollos nacionales.

---

<sup>1</sup> Pueden establecerse otros orígenes para la guerra del Pacífico, como veremos.

Hasta 1880, el guano ayudaría al Perú a sanear su economía (sobre todo su deuda externa). Mediante un esquema de corrupción, armado a partir de los capitales extranjeros envueltos en la comercialización del fertilizante orgánico, comenzarían a amasarse grandes fortunas particulares centralizadas en la ciudad de Lima<sup>3</sup>. A partir de esa fecha, sin embargo, el guano comenzaría a agotarse y a ser substituído en importancia económica, por otro poderoso fertilizante, el nitrato de sodio o salitre que abundaba en la región circundante del puerto de Iquique y del desierto de Atacama boliviano<sup>4</sup>.

Chile, por su parte también ávido de recursos financieros y de una posible ampliación de sus dominios, iniciaba hacia 1860, alegatos sobre lo que consideraba las coordinadas exactas de su territorio que, por otro lado, no coincidían con lo que Bolivia entendía como sus límites de derecho. El primero alegaba que su territorio se extendía hasta el paralelo de 24 grados de latitud sur, y Bolivia sostenía que sus posesiones abarcaban en el litoral, los territorios comprendidos entre los paralelos 24 y 27, delimitados concretamente por los ríos Paposo (o Salado) y Loa, respectivamente. Las discusiones diplomáticas se prolongaron por lo menos durante veinte años, desde el inicio de las divergencias, en 1842, período durante el cual Chile había ido poblando la región de hombres que se transformaron en la gran

---

<sup>2</sup> La expresión latina de donde proviene el concepto legal se traduce por '*asi poseyeron y así continuarán poseyendo*'.

<sup>3</sup> Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1972, pp. 262-263. Donghi describe el lujo con que esas recientes fortunas erguían sus palacetes en Lima y la prosperidad que se hizo sentir en los ámbitos donde esa burguesía circulaba (teatros, iglesias, monumentos, edificios públicos, etc.)

<sup>4</sup> El salitre era utilizado también como base para la preparación de la pólvora, durante la guerra.



mayoría del contingente de trabajadores del salitre y había ido estableciendo también dominio de los capitales que intervenían en las salitreras. Chile exigía derechos sobre las guaneras y las salitreras, llamadas también caliches.

Cuando, en 1865, el gobierno boliviano se decidía a declarar la guerra a Chile por invasión territorial, la inminencia de una sorpresiva embestida española a las antiguas colonias americanas<sup>5</sup> determinaba la suspensión momentánea de las diferencias internas en la región y la formación de una alianza entre Perú, Bolivia, Ecuador y Chile contra el invasor de ultramar. Una vez expulsados definitivamente los españoles, en el combate de Callao en 1866, el conflicto del guano y del salitre volvería a recobrar su vigencia hasta desembocar en la guerra.

Tratados y tentativas de acuerdos fueron sucediéndose infructuosamente hasta febrero de 1879, cuando tropas chilenas desembarcaron en el puerto boliviano de Antofagasta donde estaban instalados los depósitos exportadores. Al conflicto, que en principio involucraba únicamente a Chile y a Bolivia, se integraría inmediatamente el Perú, obedeciendo a un compromiso previamente asumido en el 'tratado de alianza defensiva' con Bolivia<sup>6</sup>. Chile se enfrentaría, por lo tanto, a lo que consideró un pacto secreto de agresión, y la guerra contra la confederación Perú-boliviana se

---

<sup>5</sup> España invade en 1866 las islas Chinchas peruanas -lugar geográfico de mayor riqueza guanera- en represalia por el no pago de las deudas peruanas a la corona real. Bolivia, Chile y Ecuador entran en la alianza de defensa, sintiendo amenazado el proceso de independencia sudamericano. El conflicto culminará ese mismo año con un devastador bombardeo de Valparaíso y uno menos exitoso del Callao y la posterior retirada de las flotas españolas sin esperar las reparaciones que han exigido.

desarrollaría en una serie de campañas marítimas y terrestres que muy pronto eliminarían de la contienda a Bolivia e iban a culminar con la victoria chilena sobre el Perú y la firma del tratado de paz en 1883.

Mediante ese primer tratado, Perú se comprometía a ceder a Chile parte de su territorio a cambio del fin de la ocupación chilena de Lima, que llegó a prolongarse por dos años, desde enero de 1881. Estos dos países que hasta antes entonces no poseían fronteras entre sí, pasaban a tenerlas a partir del desenlace de la guerra.

#### PANORAMA PREVIO A LA GUERRA:

Dentro de un contexto más amplio, el período que abarca desde 1870 hasta mediados de 1890, estuvo marcado por la primera gran crisis económica mundial que los especialistas de la época denominaron la Gran Depresión. Después de toda una generación de expansión económica sin precedentes, como anota Hobsbawm<sup>7</sup>, una prolongada deflación de precios e intereses afectaba a todos los mercados involucrados en la máquina capitalista global (cuyo centro sería, durante todo el siglo XIX, Inglaterra), especialmente a las agriculturas y a los mercados exportadores.

En consecuencia, en 1878, Chile atravesaba su peor crisis económica desde la independencia en 1810, la cual venía gestándose desde 1872, con las bajas cotizaciones internacionales del precio del cobre. Por otro lado, tras la pérdida de la posibilidad para la expansión hacia la Patagonia

---

<sup>6</sup> El tratado de alianza defensiva fue firmado el 6 de febrero de 1873, por los presidentes de Bolivia, Adolfo Ballivián y del Perú Manuel Pardo. Perú entraba en ese tratado en parte también para defenderse de una posible alianza entre Bolivia y Chile.

<sup>7</sup> Hobsbawm, Eric, *The Age of Empire* (1967), London, Abacus, 1995; p. 30-36.

argentina<sup>8</sup>, Chile había puesto todo su interés en las cuestiones limítrofes del norte. Como afirma el historiador chileno Francisco Encina, “ *La guerra del Pacífico puso término a la crisis.../ Al estallar, se produjo la reacción lógica. Todas las fuerzas del organismo social se concentraron en la lucha, aniquilando de modo pasajero los factores de debilidad. A partir de 1879 cesaron de actuar las leyes que rigen la vida económica de los pueblos en los días de paz.* ”<sup>9</sup>

La política expansionista chilena, por lo tanto, está también en la raíz del problema fronterizo con Bolivia. El mismo Encina, en su ya canónica Historia de Chile, de 1954, adjudica esa política a un tipo de idiosincracia ‘aventurera’ del pueblo chileno: “ *...ocupa lugar preferente el espíritu expansivo que animó al pueblo chileno en lo que iba corrido del siglo XIX.(sic)* ”<sup>10</sup>

Perú por su parte, padecía serias dificultades económicas debido a la enorme cantidad de empréstitos externos que había acumulado nuevamente, desde la década de 1840, para desarrollar la extracción del guano y del salitre y debido también a la mencionada situación económica general, que había hecho caer los precios de sus exportaciones en el exterior (principalmente en Inglaterra). La agricultura nacional había entrado en crisis en función de pésimas safras consecutivas causadas por contratiempos climáticos y por la falta de incentivos gubernamentales. El sistema monetario y bancario estaba en bancarrota: “ *Por esta época*

---

<sup>8</sup> En diciembre de 1878 se firma un pacto entre ambos países reconociendo como legítimas las delimitaciones fronterizas vigentes en 1810.

<sup>9</sup> Encina, Francisco, Historia de Chile, (1954) Tomo II, Santiago, Zig-Zag, 1961; p. 1376.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 1407.

*alcanzaba la deuda exterior a 640 millones de soles y los intereses anuales a 40 millones anuales; pero no llegando los ingresos a esta cantidad suspendiéronse los pagos...*<sup>11</sup> Apesar de contar con mejor escuadra de buques de guerra que Chile, Perú no estaba en condiciones de enfrentar un conflicto de esas dimensiones, en 1879; mucho menos lo estaba Bolivia.

Víctima de décadas de mala organización administrativa y política y de continuos golpes de estado, ésta no había conseguido entrar en el mercado económico internacional ni transformar los datos esenciales de su realidad desde la emancipación, en 1825, por su dificultad para encontrar excedentes que instalar en ese mercado<sup>12</sup>. Bolivia no contaba con una flota de guerra y sin la alianza con el Perú, no hubiera podido entrar en la guerra.

---

<sup>11</sup> Cáceres, Andrés, A., *La guerra del 79: sus campañas*. (1924) Lima, Milla Baltres, 1973 p. 12.

<sup>12</sup> Halperin Donghi, *op.cit.* p. 266.

El desarrollo de la guerra puede esquematizarse a partir de ~~siete~~ seis campañas en las que se desarrollaron los sucesivos desembarcos, combates navales y batallas campales:

### **Campañas marítimas y terrestres de la guerra:**

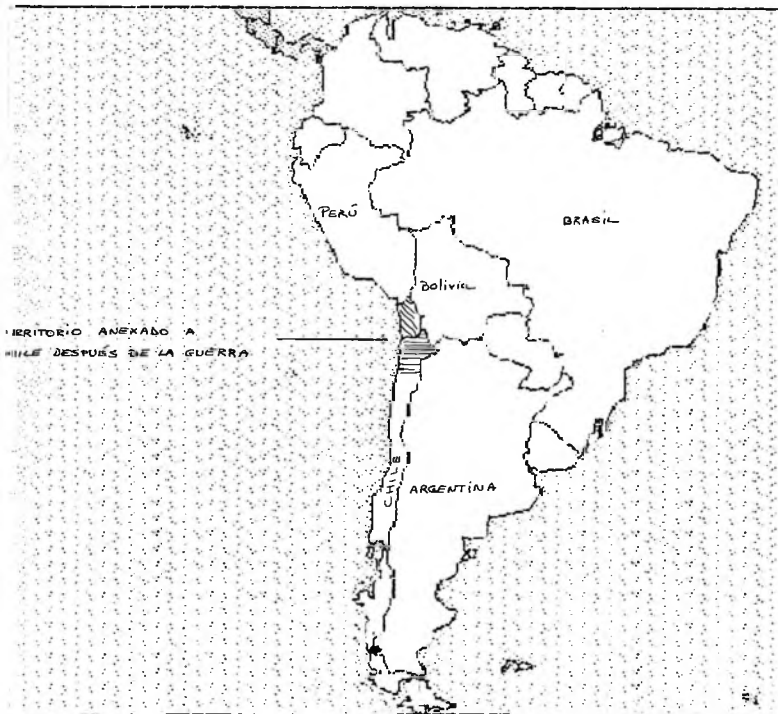
- 1) **Campaña de Antofagasta (1879)**  
 Ocupación de Antofagasta - 14 de febrero.  
 Combate de Calama - 23 de marzo.
- 2) **Campaña Marítima (1879)**  
 Combate naval de Chipana -12 de abril.  
 Combates navales de Iquique y Punta Gruesa - 21 de mayo.  
 Combate de Angamos -8 de octubre.
- 3) **Campaña de Tarapacá(1879)**  
 Desembarco y toma de Pisagua - 2 de noviembre.  
 Batalla de Dolores -19 de noviembre.  
 Combate de Tarapacá -27 de noviembre.
- 4) **Campaña de Arica (1880)**  
 Combate de Los Angeles -22 de marzo.  
 Batalla de Tacna -26 de mayo.  
 Asalto y toma del Morro de Arica - 7 de junio.
- 5) **Campaña de Lima (1881)**  
 Batalla de Chorrillos - 11 de enero.  
 Batalla de Miraflores - 13 de enero.  
 Entrada del ejército chileno a Lima - 17 y 18 de enero.
- 6) **Campaña de la Sierra (1881-1883)**  
 Combate de Sangra -26 de junio 1881  
 Combate de La Concepción - 9 y 10 de julio 1882  
 Batalla de Huamachuco - 10 de julio 1883



Es importante aclarar aquí que la guerra del Pacífico fue recibida en la época como la primera de su género en la América independizada. Es decir, hasta entonces las disputas bélicas de la región habían sido consideradas como movimientos de intervenciones políticas. Es el caso de las campañas de la Confederación Perú-boliviana, de la guerra de la triple alianza contra el Paraguay, cuyo objetivo último habría sido el de derrocar a la dictadura militar de López, así como la guerra del Brasil contra la dictadura argentina de Rosas. *“Ninguna guerra se había producido aún en el continente que tuviera los caracteres de un duelo de nación á nación para conquistar territorios y para asegurar predominios políticos. (sic)”*<sup>13</sup> Esta guerra planteaba por primera vez, con énfasis, el problema de la \* nacionalidad en un continente marcado, hasta la fecha, por luchas conjuntas durante la colonia y por razas y lenguas aborígenes que se habían ido cruzando con los españoles de manera homogénea en todo el territorio, desde el siglo XVI. Planteaba también, con mayor claridad, la relación de interdependencia entre el concepto de nación y el nuevo orden económico proveniente de Europa que comenzaba a afianzarse en América Latina. El conflicto en torno al control de los productos minerales y del \* guano de la región del litigio dejaba ver de qué manera la configuración de la soberanía nacional dependía de un desempeño satisfactorio dentro de ese orden económico internacional en el cual acababan de ingresar las nuevas naciones. Por primera vez en una guerra latinoamericana, los capitalistas europeos tomaron abiertamente partido (en favor de Chile contra la confederación Perú-boliviana).

---

<sup>13</sup> Cáceres, Andrés, A., *op.cit.*, p. 120.



MAPA DE LA REGION ANTES DEL FIN DE LA GUERRA.



Con la derrota, Perú perdería el departamento de Tarapacá, es decir toda la zona salitrera que se extiende dos grados geográficos, entre el mar y la cordillera de los Andes, desde el río Loa hasta la quebrada de Camarones y perdería también Tacna y Arica, o sea un conjunto de aproximadamente 50.000 kilómetros cuadrados de superficie territorial.

Bolivia, a su vez, perdería toda la zona comprendida entre el río Loa y el paralelo 24, desde el mar hasta la cordillera, junto con sus yacimientos de salitre, de bórax y de azufre. Como lamenta el historiador boliviano, Alberto Gutiérrez: “ *Bolivia perdió no sólo la zona territorial que había sido objeto de la divergencia, sino que se vió totalmente privada de toda comunicación directa con el mar y reducida á una condición tributaria de los puertos vecinos de Chile, del Peru, del Brasil, llámense Antofagasta, Arica, Mollendo ó el Pará.(sic)* ”.<sup>14</sup>

A partir de 1880, bajo la gestión de los chilenos en la región, se abrieron las puertas para la entrada de capitales extranjeros, en su gran mayoría ingleses,<sup>15</sup> lo que significaba la pérdida del control económico y estratégico de toda el sector de las salitreras. El capital extranjero “*acaparó los certificados y se adueñó de la industria salitrera, a la vez que eliminó todas las posibilidades al Estado para conservarla*”<sup>16</sup>. Finalmente, en 1930, el laboratorio alemán Haber-Bloch desarrollaría un nitrato artificial

---

<sup>14</sup> Gutiérrez, Alberto, *La guerra del 79*, París, Vda. De Ch. Bouret, 1914; p.14.

<sup>15</sup> El gobierno peruano que, hasta esa fecha regía las normas de comercialización del salitre de la zona, había defendido una política de proteccionismo y era contrario a la apertura total a capitales europeos.

<sup>16</sup> Encina, Francisco, op. Cit., p.1640.

que substituyó definitivamente al salitre. Las usinas salitreras fueron desactivándose poco a poco, hasta quedar convertidas en verdaderos museos empolvados por la arena del desierto, como testimonios de todo un capítulo de la historia que quedaba atrás.

Con el centenario de la guerra, en 1979, muchos de los aspectos del \* conflicto territorial recobraron vigencia, abundaron las reediciones, así como muchos fueron también los manuscritos que se tornaron finalmente públicos. Una gran cantidad de historiadores e intelectuales volvieron a pensar y a escribir sobre el tema: “ *Algunas ediciones fueron de verdadera importancia, otras patrioterias, otras de muy escaso valor o, incluso, contrarias al espíritu nacional y alejadas de la verdad histórica, y otras cargadas de ideologías.*”<sup>17</sup> Las reivindicaciones bolivianas de una salida al mar recobraron lugar importante en la esfera de la diplomacia regional e, incluso, internacional: en el discurso del presidente americano Jimmy Carter, proferido el 8 de septiembre de 1977 se puede leer la siguiente frase: “ *Our hope is that Bolivia, Chile and Perú would be able to reach an agreement with regard to a corridor that would allow Bolivia to have a direct access to the sea through Bolivian territory.*”<sup>18</sup> Desde 1978, Chile y Bolivia suspendieron relaciones diplomáticas. En 1988, el Ministro de Relaciones Exteriores boliviano, Guillermo Bedregal, declara “ *No pretendemos negar la validez de acuerdos bilaterales ya trazados. Pero hoy necesitan ser suplementados y actualizados a la luz de las realidades*

---

<sup>17</sup> Guerra, Margarita M., *La Ocupación de Lima (1881-1883)*, Lima, Dirección Académica de Investigación, 1991; Introducción de José Agustín de la Puente Cardamo, p.17.

<sup>18</sup> Carter, Jimmy, citado por Gumucio, Jorge Granier, *United States and the Bolivian Coast*. La Paz, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1988; p. 11.

*presentes dentro del contexto internacional. No es solución ofrecer facilidades de tránsito como substitutos del territorio usurpado... ”<sup>19</sup>.*

En 1994, días después de una reunión de cúpula iberoamericana realizada en Salvador de Bahía, en Brasil, durante la cual el presidente boliviano, Paz Zamora y el presidente chileno, Patricio Aylwin se habían encontrado, el mandatario boliviano profirió duros ataques contra el gobierno chileno, calificándolo de “adversario indolente” y declarando además que la política chilena en relación a Bolivia “era retrógrada y en la edad de las cavernas”. A raíz de este episodio, el canciller boliviano, Robert Mc Lean, comunicaba su renuncia, declarándose, a su vez, “racional y emotivamente impedido de acompañar a Paz Zamora en sus posiciones”. Como se ve, el conflicto es complejo y presenta divergencias en todos los niveles de la discusión.

Con el reciente ingreso de Chile al Mercosur, en junio de 1996, y con la entrada ya prevista de Bolivia y de Paraguay, pueden suponerse nuevos desdoblamientos para la divergencia que los bolivianos no parecen dispuestos a olvidar.

El trabajo que sigue no tiene ninguna pretensión de arbitraje ni se propone tampoco discutir los méritos histórico-políticos de la cuestión.

Interesan aquí, sobre todo, los aspectos ideológicos y culturales ligados a las diferentes lecturas de la guerra del Pacífico; saber cuáles son los presupuestos imaginarios con que se manejan esas diferentes lecturas; verificar cuál fue la importancia de cada episodio histórico en la configuración del espíritu nacional y observar algunos de los mecanismos

<sup>19</sup> Ibidem, p. 10.

discursivos que fueron utilizados en la fabricación de esas versiones de la guerra.

El *corpus* de esta investigación es de naturaleza profundamente diversa y se hizo necesario reducir, o mejor dicho, condensar esa variedad en algunos textos que parecieron más oportunos para el desarrollo de núcleos temáticos. Hay compendios de Historias Nacionales, boletines de guerra, diarios de bordo, diarios de campaña, relatos de memorias, biografías, diversas ‘Historias de la Guerra del Pacífico’, novelas, cuentos militares, ensayos, estudios analíticos, etc.

El trabajo se divide en cinco partes. La primera es una especie de breve preámbulo, donde me pareció pertinente exponer los instrumentos teóricos con que el trabajo se maneja. Allí también trato de esbozar mejor el punto de vista de mi lectura de la guerra del Pacífico. El segundo capítulo focaliza su interés en el desplazamiento físico, como forma de construcción de la ideología nacionalista, a partir de la lectura de un pequeño texto chileno de memorias sobre la guerra. El tercer capítulo se concentra en la cuestión de la elaboración de la figura del héroe que, para la conciencia patriótica decimonónica, se plantea como elemento fundamental. Otro texto de memorias, boliviano, funciona aquí como punto de irradiación de las reflexiones en torno al tema del héroe. El cuarto capítulo discute aspectos de estética ligados a la producción de los discursos y también utiliza como apoyatura un texto -esta vez un cuento militar chileno- que funciona como discurso paradigmático y que provoca la discusión de una serie de problemas afines. El quinto y último capítulo es el único que gira fundamentalmente en torno a un texto del siglo XX. Se

trata de una lectura alegórica de la guerra del Pacífico que mezcla parodia, ironía y melodrama.

◦ A pesar de la asombrosa permanencia de muchos de los aspectos que caracterizan al discurso patriótico-nacionalista a lo largo del siglo, este último capítulo pretende sugerir la posibilidad de una lectura paródica como una manera posible de desconstruir (literalmente) los cimientos del rígido concepto de nación que, si en algún momento de emancipación política de la historia latinoamericana tuvo su razón de ser, hoy se ve enfrentado a una profunda y contundente reformulación.

## PREÁMBULO NECESARIO

Cabe establecer aquí los criterios teóricos que orientan el presente estudio. En primer lugar, aclaro que, frente a la ya mencionada enorme variedad de textos que compone el *corpus*, opté por una solución de orden práctico. Es decir, en virtud de esa diversidad textual, que incluye por lo menos un tránsito interdisciplinar entre la historia y la literatura, interesa considerar genéricamente como **discurso**<sup>1</sup> a todos los tipos de producciones lingüísticas de sentido cuyas implicaciones están en permanente mutación, y que *“han aparecido gracias a todo un juego de relaciones que caracterizan propiamente el nivel discursivo”*. Es decir, se alude a aquello que Foucault llama también *“sistemas de enunciabilidad y de funcionamiento”*, donde los enunciados son archivados según determinadas reglas *“a priori”* (condiciones de realidad) que son las que determinan, en última instancia, qué lugar les cabe en el tiempo: *“/las cosas dichas/ no retroceden al mismo paso que el tiempo, sino que unas que brillan con gran intensidad como estrellas cercanas, nos vienen de hecho de muy lejos, en tanto que otras,*

---

<sup>1</sup> Bachtin, Mikhaïl, *Problèmes de la poétique de Dostoïevski*: *“Pour que les rapports de signification et de logique deviennent dialogiques ils doivent s’incarner, c’est à dire, entrer dans une autre sphère d’existence: devenir discours...”* Utilizaré también la noción de **lectura**, en la medida en que todo discurso se origina por una determinada lectura y,

*contemporáneas, son ya de una extrema palidez.*"<sup>2</sup> Lo que Foucault denomina sistemas de reglas en los cuales los diferentes recortes discursivos se llevan a cabo, son para nosotros el conjunto de variantes que constituyen los contextos culturales (políticos, económicos, sociales, etc.) en que esos discursos son emitidos y más tarde interpretados. Esto, para enfrentar el problema de cómo abordar cada texto de ficción o de historia, de índole o género diferente, ya que lo que interesa es, fundamentalmente, los modos cómo esos diversos discursos manejan el sustrato histórico y 'discurren' sobre él<sup>3</sup>.

Aquí el ensayo se apoya también en las nociones que Kristeva expone, a partir de su lectura de Bachtin, donde establece al texto literario (pensamos en el texto historiográfico también) dentro de un contexto con el cual dialoga permanentemente, en la medida en que, tanto la historia como la sociedad (así como la política) son también considerados textos<sup>4</sup>. Es interesante además el concepto de 'ambivalencia' que ella desarrolla a partir de ahí, en que la historia (de la sociedad) está inscrita en el texto así como éste lo está dentro de la historia.<sup>5</sup> De esa continua y mutante interacción entre textos y contextos surgen las nuevas visiones de la historia y de la sociedad.

otras veces, utilizaré el término **texto**, en su concepción más genérica, es decir, como recorte de ese campo discursivo.

<sup>2</sup> Foucault, Michel, "L'a priori historique et l'archive" in *L'archéologie du savoir*, Paris, Gallimard, 1969; pp. 166-173.

<sup>3</sup> Me refiero aquí a la idea desarrollada por Hayden White, de que el latín 'discurrere', del cual deriva **discurso**, sugiere un movimiento "*hacia adelante y hacia atrás*", un dislocamiento. En White, Hayden, *Trópicos do Discurso: ensaios sobre crítica da cultura* (1978), trad. Alípio Corrêia, São Paulo, Edusp, 1994; p. 16.

<sup>4</sup> Kristeva Julia, *Recherches pour une sémanalyse*. Paris, Seuil, 1982; p. 83.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 88.

Con respecto a los discursos de la historia frente a los de la literatura, Hayden White, uno de los representantes norteamericanos de la ‘nueva historia’<sup>6</sup>, también ayuda a replantear una serie de problemas. White entiende que todo discurso de la historia, así como el de ficción, selecciona, compone, interpreta, deja de lado, redefine y recodifica dentro del mismo universo del lenguaje<sup>7</sup>. En otras palabras, el relato historiográfico es, para White, una ficción verbal cuyo contenido es tan inventado como encontrado, y sus formas tienen más cosas en común con la literatura, las ciencias sociales, la antropología que con las ciencias duras<sup>8</sup>.

Foucault ya había planteado los cambios de la historia respecto del concepto de continuidad y frente al modo de trabajar con el documento: “*Le document n'est donc plus pour l'histoire cette matière inerte à travers laquelle elle essaie de reconstituer ce que les hommes ont fait ou dit/.../ elle cherche à définir dans le tissu documentaire lui-même des unités, des ensembles, des séries, des rapports.*”<sup>9</sup> Foucault llevó la idea hasta su extremo impracticable, pero historiadores nítidamente dentro de la misma corriente, especialmente los herederos de los Annales franceses, como Roger Chartier, llevan a cabo, en su práctica, el desplazamiento radical del

---

<sup>6</sup> Junto con Dominick La Capra.

<sup>7</sup> White, Hayden, op.cit., en especial el ensayo ‘O texto Histórico como artefato Literário’, donde el autor sostiene una compleja y polémica tesis según la cual, en última instancia, la historiografía posterior al siglo XIX necesita redefinirse y asumir, de cierta manera, su dependencia, tanto en relación con las ciencias sociales, con la teoría del lenguaje como también a la literatura; pp. 97-116.

<sup>8</sup> También Walter Mignolo, lector de Geertz y de White (pero más directamente dirigido hacia Latinoamérica) propone lo que él denomina una “política de las semejanzas”, en contrapartida a una “lógica de las diferencias” entre ambas disciplinas que habría reinado hasta comienzo de este siglo. In Mignolo, Walter, “Lógica das Diferenças e Política das Semelhanças” trad. Joyce Ferraz, São Paulo, Edusp, 1993; pp. 115-135.

<sup>9</sup> Foucault, Michel, op.cit. p. 14.



sujeto individual en favor de reglas anónimas que estarían en la raíz de los procesos históricos<sup>10</sup>.

Es decir, para los efectos de un análisis como el que pretendemos realizar, el *corpus* de textos con que cuenta la investigación puede ser considerado como un conjunto de recortes discursivos que articula, cada uno a su manera, la historia (aquí en el sentido de anécdota) de la guerra del Pacífico.

Otra manera interesante de visualizar la cuestión es la que se coloca al intentar definir la naturaleza del propio trabajo que aquí se propone; es decir, para una investigación que no se pretende esencialmente histórica, como ésta, se hace difícil afirmar categóricamente cuál es el lugar no central de esa historia. La presencia del elemento histórico es evidente y notoria a cada paso<sup>11</sup>.

Cuando Peter Burke afirma que los problemas de definición, de método, de fuentes, de explicaciones de la historia (la “nueva” historia) se deben, en gran medida, a que los historiadores han avanzado en territorios “no familiares”<sup>12</sup>, en realidad está encontrando un problema todavía más amplio, que es el que plantean los trabajos interdisciplinarios, en general. Los estudios literarios también enfrentan esos problemas. Datos históricos, económicos, políticos y sociales son absolutamente cruciales para la configuración de una visión amplia del fenómeno discursivo que, sobre todo en un trabajo como éste, no tiene ninguna significación que no esté

---

<sup>10</sup> Hunt, Lynn, (org.) The New Cultural History. Berkeley-London, Univ. of California, 1989; “Introduction”, pp. 1-22.

<sup>11</sup> “*The emphasis on representation in literature, art history, anthropology, and sociology has caused more and more of our counterparts to be concerned with the historical webs in which their objects of study are caught.*”

<sup>12</sup> Burke, Peter, et alii, A Escrita da História, org. P. Burke, (1991), trad. Magda Lopes, São Paulo, Unesp, 1992; p. 21.

íntimamente ligada con alguna de esas disciplinas. La idea es que el ensayo literario crece con el abordaje histórico acoplado a sus indagaciones y que, a un mismo tiempo, el trabajo histórico también se torna más abarcador y profundo con la incorporación de cuestiones literarias y estéticas en sus investigaciones<sup>13</sup>.

Al aproximarnos a los discursos sobre la guerra del Pacífico, se hace necesario distinguir, por el peligro de perder la visión diacrónica (incluso para problematizarla), los diferentes contextos temporales y circunstanciales en que esos múltiples tipos de textos sobre la guerra se producen. Sé que el buen éxito o fracaso de las lecturas que propongo en este trabajo depende en gran medida de cómo resulte esa frágil relación establecida entre cada recorte y el universo general de su contexto.

La enorme mayoría de los discursos sobre la guerra del Pacífico surge en dos momentos históricos bien específicos<sup>14</sup>. El primero se extiende entre la época de la guerra y la década de 1920-30. Se trata de un período en que, tanto la narrativa como la historiografía hispanoamericanas están profundamente marcadas por el romanticismo decimonónico y por la evolución de una conciencia nacional que le otorga al acontecimiento histórico absoluta relevancia<sup>15</sup>. La síntesis que establece la fusión de los contrarios, uno de los rasgos distintivos de la producción romántica, está

<sup>13</sup> El concepto de estetización de la historia es elaborado y discutido por Lynn Hunt en un ensayo titulado "History Beyond Social Theory"; citado por Hunt (org.) in The New Cultural History. Berkeley-London, Univ. of California, 1989; p. 21.

<sup>14</sup> Períodos arbitrariamente delimitados aquí para efectos de una mejor 'visualización' de los contextos de producción de los discursos sobre la guerra del Pacífico.

<sup>15</sup> Este período corresponde, según Gellner, a una segunda etapa en la experiencia nacionalista que abarca desde 1820 a 1918: "O novo principio da exclusiva legitimidade dos Estados baseados na cultura se faz sentir..." in Condições de Liberdade, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1996; p. 107.

presente en casi todos ellos, así como también el uso del simbolismo romántico<sup>16</sup>, en la construcción de los temas heroicos, del héroe y de sus hazañas.

Sin embargo, la noción de lo indecible, de aquello que no encuentra palabras para ser formulado en el apogeo romántico, no figura en estas producciones, por lo menos no a la manera del romanticismo<sup>17</sup> ya que el lenguaje parece poder abarcarlo todo y no hay nada que no pueda expresarse de manera eficaz.

El enfoque de este trabajo estará centrado especialmente en este primer período debido a que es nuestro especial interés el aproximarnos a los discursos de la guerra en que se verifican el afianzamiento e instalación de la conciencia nacional.

El segundo momento, cuando se produce una emergencia de nuevas lecturas y proliferan las reediciones de antiguos textos sobre la guerra, se da en los años del centenario. Por detrás de gran parte de esa nueva producción y reproducción hay, en 1979, un empeño editorial y político de reafirmación del espíritu nacional, a través del enaltecimiento de los baluartes patrióticos que fueron fundados durante la guerra, léanse allí los héroes, sus hazañas, las batallas y campañas<sup>18</sup>. Entre estos dos períodos especialmente más inflacionados por los discursos sobre la guerra del Pacífico hay,

---

<sup>16</sup> Todorov, Zvetan, *Théories du Symbole*. Paris, Seuil, 1977; p. 219.

<sup>17</sup> Ibidem, pp. 225-231

<sup>18</sup> Aquí también podemos encontrar innumerables elementos románticos que, como bien lo expresa Todorov, aún se mantienen presentes en la actualidad: "*L' idéologie romantique, qui naît du temps de Moritz / Karl Phillip*, poeta que, según Todorov, reúne por primera vez en su obra todas las ideas de la estética romántica/, *n' est aujourd' hui encore pas morte...*", Ibidem, p. 200.

obviamente, un considerable material historiográfico al que nos referiremos en más de una oportunidad.

Varias consideraciones se hacen necesarias en este punto. Una de ellas es que, como advierte Walter Benjamin, la forma en que el vencedor articula su discurso es profundamente diferente a cómo lo hace el que pierde. El primero tiende a homogeneizar unitaria y coherentemente la experiencia y el perdedor, al contrario, quiere mostrarla en su fragilidad<sup>19</sup>. Desde un punto de vista literario e ideológico, este último guarda mayor riqueza y complejidad ya que mediante las ‘tretas’ propias del ‘débil’<sup>20</sup> ha construido nuevos mecanismos de elaboración de sus discursos sobre la historia nacional.

El año 1979 encuentra a Chile bajo el régimen de Pinochet, en el poder desde 1973 (la década del auge de las dictaduras militares en Latinoamérica) y a Bolivia en un infructuoso intento por democratizarse, tras una serie de gobiernos dictatoriales<sup>21</sup>. Desde el punto de vista político, por lo tanto, Chile y Bolivia mantendrían en esos años una armónica ‘complicidad’ política contra los ataques de la opinión pública internacional que los condenaba y que impartía sanciones de tipo económico sobre ambos. Perú, en cambio, iniciaba finalmente en 1979, un proceso de redemocratización que terminaría con la dictadura de diez años de Francisco Morales Bermúdez, tras la elección de Fernando Belaúnde Terry, en mayo

<sup>19</sup> Benjamin, Walter, ‘Thèses sur la philosophie de l’histoire’, en *Poésie et Revolution*. Paris. Denoël, 1971; pp. 281-285.

<sup>20</sup> Quien acuña esta feliz expresión es la crítica literaria argentina Josefina Ludmer en “La tretas del débil” in González y Ortega (org.) *La sartén por el mango*, ed. El huracán, 1985; pp. 47-54

de 1980. Perú sería uno de los pocos países latinoamericanos que repudiaría el golpe militar boliviano.

Esa diferencia de procesos políticos y de situación victoriosa o de derrota se refleja necesariamente en la revisión oficial de cada historia nacional. Es nítida la discrepancia de posturas que representan, por ejemplo, los discursos de historiadores contemporáneos como el chileno Jaime Eyzaguirre y el peruano Jorge Basadre. Mientras el primero se empeña en encontrar documentación que confirme las razones chilenas que justifican sus posturas y los resultados de la guerra, el segundo pone en juego el rol de los intereses capitalistas extranjeros representados localmente por las clases dirigentes. Eyzaguirre, en su *Breve Historia de las fronteras de Chile*, no hace sino citar textos desde el siglo XVI en adelante para probar su tesis de que Chile siempre colindó con Perú y que la antigua provincia de Charcas (de la cual se originaría Bolivia) nunca tuvo salida al mar y que “*el desierto de Atacama era considerado el comienzo del reino de Chile*”<sup>22</sup>. Basadre, por su lado, dentro de una línea historiográfica menos conservadora, plantea que la revisión histórica merece tomar cuidados con los factores externos, indirectos al conflicto: “*...parece erróneo hablar en esta parte sobre los motivos o causas de la guerra, del 'Perú', de 'Bolivia' o de 'Chile'. Más acertado es referirse a lo que hicieron o pensaron hacer la 'clase dirigente', 'el grupo dirigente', o la 'individualidad dirigente' en esos*

---

<sup>21</sup> Lidia Gueiler, presidente de la cámara boliviana, había asumido temporariamente, desde noviembre, la presidencia de la República. Pero antes de las elecciones, en julio de 1980, un nuevo golpe militar dejaría en el poder al general Luis García Meza.

<sup>22</sup> Eyzaguirre, Jaime, *Breve historia de las fronteras de Chile*, (1967) Santiago, Universitaria, 13ª ed., 1983; p. 37.

*países entre 1866 y 1879. Las masas se dejaron arrastrar en uno o en otro sentido por pasiones de orden inmediato.*"<sup>23</sup>

Es asombroso y significativo observar, al mismo tiempo, que el discurso sobre la guerra en este período es frecuentemente portador del mismo tipo de nacionalismo que los discursos del siglo anterior. Pero esto se explica cuando descubrimos que el contexto de muchas de esas lecturas ha sido militar y que el discurso militar presenta ya una fuerte tendencia a la cristalización, a la repetición de dogmas y de esquemas retóricos que están efectivamente en la base estructural de esas mismas lecturas<sup>24</sup>. El nacionalismo contemporáneo, asimismo, es una ideología que busca su permanencia por la repetición de sus emblemas<sup>25</sup>. Esta permanencia se observa especialmente en la gran mayoría de los discursos historiográficos más íntimamente ligados a los centros de poder político e ideológico, cuyas retóricas demagógicas confunden estratégicamente a propósito patriotismo y nacionalismo. Caso ejemplar es el del general Augusto Pinochet quien, en 1972, publica una historia de la guerra del Pacífico destinada a servir de obra de consulta para los institutos militares chilenos<sup>26</sup>. La hipótesis que atraviesa el libro es que una nación debe estar siempre a la defensiva de los ataques externos, es decir, Pinochet imagina la nacionalidad como una entidad política, social y económica homogénea, enfrentada al eterno peligro de invasión de elementos desestabilizadores. Evidentemente, se trata

---

<sup>23</sup> Basadre, Jorge, "antecedentes de la guerra con Chile" *Historia del Perú republicano*, vol II, Lima Juan Mejía Baca, 1980 ; p. 461.

<sup>24</sup> Gluksmann, André, *Le Discours de la Guerre*. Paris, L'Hermé, 1967.

<sup>25</sup> Lefebvre, Henri, *Le nationalisme contre les nations*. (1937), Paris, Méridiens Klincksieck, 1988; "Postface à la réédition de 1988"; pp. 187-190.

<sup>26</sup> Pinochet, Augusto Ugarte, *Guerra de 1879. Campaña de Tarapacá*, Santiago, Andrés Bello, 1972.

allí de un caso extremo que muestra claramente la ideología de la dictadura que estaba por instalarse en Chile, al año siguiente, según la cual se justifica y se subraya la importancia de un fuerte aparato militar. Pero lo que interesa pensar es cómo el pensamiento conservador del siglo XX en América Latina se apropiaría de las nociones de patriotismo y de nacionalismo y las homologaría o, por lo menos, las combinaría dentro de una retórica de exaltación populista y perversa.

Trabajo aquí con la idea de que patriotismo y nacionalismo no son sinónimos, aunque puedan coincidir en determinados contextos discursivos<sup>27</sup>. El patriotismo encuentra sus raíces en el sentimiento originario de lealtad religiosa, en la antigüedad griega. *Patria*, en ese contexto, significaba ciudad, en el sentido que tenía para los griegos; es decir que podía abarcar grandes territorios e, incluso, el universo, el *kosmos* del que se sentían ciudadanos<sup>28</sup>. El concepto se transforma en el Medioevo, y en los siglos XV, XVI y XVII su historia se asocia a la historia de la libertad, asociada a la república, al estado o al monarca<sup>29</sup>. En el siglo XVIII, encuentra su apogeo con el renacimiento del pensamiento político republicano. Montesquieu, Voltaire, Rousseau, proponen un amor patriótico ligado íntimamente con las ideas de justicia, de libertad, de virtud que configuran un estado que se reconoce como profundamente propio. En otras palabras, el sentimiento patriótico está arraigado en las comunidades

<sup>27</sup> Para esta distinción me apoyo, fundamentalmente, en la tesis central del libro de Maurizio Viroli, *For Love of Country*. New York, Oxford, 1995.

<sup>28</sup> Viroli, Maurizio, *op.cit.*: p. 18. También Kantorowicz, Ernst, "Mourir pour la Patrie" (1951) en *Mourir pour la Patrie*, Paris, Puf, 1984, p. 111.

<sup>29</sup> *Ibidem* pp. 41-62.

humanas desde los comienzos de la historia universal, remite a un pasado ( *'pater'*, *'patrias'* ) de comunión divina entre cielo y tierra.

Por otro lado, a pesar de las controversias que giran en torno a la definición de nacionalismo, su concepto se integra en la historia recientemente, dentro del orden político y económico de la modernidad y va aparejado casi siempre con los procesos de formación de las nuevas naciones, a todo lo largo del siglo XIX. A pesar de la absoluta vigencia y universalidad que adquirió rápidamente, se hace casi imposible reducirlo a una definición única que abarque las múltiples posibilidades que su naturaleza “proteiformica” le confiere<sup>30</sup>. Para comenzar, el nacionalismo del siglo XIX difiere de los múltiples sucedáneos del siglo XX, en especial de la segunda mitad de este siglo, cuando a la noción de lo nacional se incorporaron otras categorías como las de raza, religión o clase social; así como también son muy diferentes los nacionalismos de los siglos XVI y XVII, cuando las ideas de estado y de territorio no se asociaban aún necesariamente a la de nación.

En 1937, Henri Lefebvre escribía que el sentimiento nacional y el nacionalismo tenían una esencia religiosa y sostenía que el hombre había realizado una operación de transferencia para llenar el vacío dejado por el ateísmo moderno. El deseo de inmortalidad se veía entonces asegurado por las tradiciones históricas que se resumen dentro de la nacionalidad<sup>31</sup>. Benedict Anderson, casi cincuenta años más tarde, en 1983, retoma esa misma idea y, enfatizando el poder imaginativo de la nacionalidad, la piensa

<sup>30</sup> Gramuglio, María Teresa, “La persistencia del nacionalismo” en *Punto de vista*, n° 50, nov. 1994; p. 25.

<sup>31</sup> Lefebvre, Henri, *op.cit*, p. 30.



como una ‘comunidad política imaginada’ que devuelve a las sociedades un sentido de continuidad y cuyas raíces culturales son tan profundas que por ella se realizan “sacrificios colosales”<sup>32</sup>. Ese mismo año, Ernest Gellner intenta una delimitación más política del concepto y lo define como un “principio que sostiene que la unidad política y nacional debe ser congruente” y, aunque en una línea diferente de la de Anderson, reafirma también el carácter mítico e inventado del pasado y de los orígenes nacionales<sup>33</sup>. En este sentido, resulta muy interesante observar, como lo hace Emmanuel Wallerstein, la lógica incongruente que sostiene como inmutable a ese pasado que, en esencia, es mutante: “*Le sens du passé est avant tout un phénomène moral, et donc politique; et c'est toujours un phénomène du présent. Là est, bien sûr, la raison de son instabilité/.../il va de soi que le contenu de ce sens du passé change lui aussi sans cesse. Mais comme il implique par définition l'affirmation d'un passé immuable, personne ne peut jamais admettre que le passé a changé ou aurait pu changer...*”<sup>34</sup>

En 1990, Eric Hobsbawm retoma todas estas posiciones y escribe un libro con una perspectiva más historicista que la de los anteriores, cuyos enfoques habían sido más nítidamente socio-políticos y filosóficos y menos diacrónicos. Hobsbawm plantea varias cuestiones y problemas que, en el presente trabajo, sirven para pensar con qué instrumentos ideológicos se manejan los discursos sobre la guerra del Pacífico.

<sup>32</sup> Anderson, Benedict, Nação e consciência nacional. (1983), trad. Lólio de Oliveira, São Paulo, Ática, 1989; p. 19-20.

<sup>33</sup> Gellner, Ernest, Nations and Nationalism. New York, Oxford, 1983; pp. 48-49.

<sup>34</sup> Wallerstein, Emmanuel, “La construction des peuples: racisme, nationalisme, ethnicité” in Race, Nation, Classe: les identités ambiguës, Paris, La Découverte, 1988; p.106.

Uno de ellos, es que al primer contacto con el conjunto de los textos del *corpus*, el lector se encuentra con cierta característica que, salvo excepcionalmente, se mantiene como una constante. Me refiero al enfrentamiento que muchos de esos discursos realizan unos con otros, en relación a la perrogativa sobre la veracidad histórica. Los numerosos prólogos, advertencias, preámbulos, notas, notículas están, en gran mayoría, estructurados en torno a esa cuestión. O sea, adjudican la razón de ser de la lectura que proponen, en función de otro texto (anterior) que omitió, ocultó, tergiversó, mintió o dejó de lado, datos esenciales para la apreciación cabal de la guerra. Más allá de las obvias relaciones de este fenómeno con una concepción positivista de la historia -que es el caso de muchos de los discursos de las fechas cercanas a la guerra- hay también una motivación de orden nacionalista que los alimenta. Es decir, como plantea Ernst Renan, las equivocaciones, los errores, los olvidos históricos estarían en la base de cualquier lectura nacionalista de la historia: “El error histórico es parte de la formación de una nación”<sup>35</sup>. Los ‘errores’ que unos detectan en otros son sustituidos por nuevos ‘errores’ que dan cuenta de esa necesidad de la ideología nacionalista de construir su historia, su relato, su lectura del hecho histórico, en base a la adecuación de los datos empíricos a sus objetivos nacionalistas. En este sentido, Hobsbawn postula sus convicciones con relación a la necesidad de realizar lecturas “*serias*” y “*obligadas a ño comprender a história de modo errado, ou ao menos*

---

<sup>35</sup> “*Forgetting, I would even go so far as to say historical error, is a crucial factor in the creation of a nation, which is why progress in historical studies often constitutes a danger for [the principle of] nationality*”, Ernest Renan, “What is a Nation?” (1882) trad. Martin Thom, in Nation and Narration, (edit. Homi Bhabba), London & New York, Routledge, 1990, p. 11.

*fazer um esforço*<sup>36</sup>, demostrando en la propia formulación de esta idea la fragilidad de sus presupuestos. Dicho de otra manera, difícilmente (aunque claro, nunca es imposible y a veces es incluso una estrategia) nos depararemos con una lectura de la historia que practique la mentira en forma deliberada. Más bien, se trata de que la posición ideológica por detrás de cada lectura obliga a la ejecución forzada de determinados recortes y de ensambles que necesariamente dejarán de lado otros recortes posibles y otros ensamblajes.

La lectura de Hobsbawm ilumina también otro aspecto interesante respecto de los nacionalismos del siglo XIX, rasgo que los distingue en forma categórica de los sistemas políticos anteriores y que está íntimamente ligado a la propuesta de creciente democratización política, con que esos nacionalismos se fueron instalando: el sufragio universal masculino fue sancionado, en Chile, en 1882; en Perú se definió en 1895 y en Bolivia consta que en 1883 se realizó el primer ejercicio de voto.

A partir de la segunda mitad del XIX, el estado pasaría a depender de los ciudadanos comunes, de una forma totalmente inédita, para las cuestiones de seguridad nacional: *“La necesidad del Estado y de las clases dominantes de competir con sus rivales por la lealtad de los órdenes inferiores se tornó... aguda.”*<sup>37</sup> La distancia que, de manera paradójica, la nación instaaura entre las élites dirigentes y el pueblo que las elige y al cual promete representar, se advierte en los discursos bolivianos, como veremos en el capítulo segundo. El pueblo, el soldado boliviano no se sentía amparado por

<sup>36</sup> Hobsbawm, Eric, *Nações e Nacionalismo, desde 1870*. (1990) trad. Paoli & Quirino, São Paulo, Paz e Terra, 1991; p. 22.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 104.

sus gobernantes y esto se tornaría más evidente con el advenimiento de la guerra.

Sin embargo, de un modo general, salvo las excepciones anticipatorias bolivianas, durante la guerra del Pacífico la lealtad del individuo común con relación a su patria/nación obedece a una dinámica prerrevolucionaria y anterior a una clara conciencia de clases. Esto se advierte nítidamente en los textos del primer período (1879-1930) así como también se puede observar que ya muchas de las lecturas posteriores a 1940, plantean cuestiones relativas a la participación en la guerra de las minorías étnicas y de las clases sociales más bajas.

El concepto de nación es, finalmente, un concepto ambivalente, como lo postula Homi Bhabba cuando reflexiona sobre su valor eterno y al mismo tiempo transitorio, sobre su territorialidad y su ubicuidad simultáneas<sup>38</sup>. Esa ambivalencia impregna todas sus estructuras discursivas, tornándolas paradójicas, antitéticas, contradictorias. En los oxímorons más desgarradores de las estructuras narrativas es donde con mayor fuerza se instala el sentimiento nacionalista, con el cual se estructuran las bases de la idea de futuro de la nación.

La lectura que efectúa el texto contemporáneo analizado en el último capítulo incluye cuestiones relativas a la alegoría y a la parodia. Tampoco aquí se trata de conceptos muy fáciles de reducir a una sola definición puesto que abarcan más de un sentido<sup>39</sup>. Angus Fletcher da excelentes

<sup>38</sup> Bhabba, Homi, K., "Narrating the Nation" in *Nation and Narration*. (edit. Homi Bhabba), London & New York, Routledge, 1990; pp1-7.

<sup>39</sup> " *Le mot parodie est couramment le lieu d' une confusion fort onéreuse, parce qu' on lui fait désigner tantôt la déformation ludique, tantôt la transposition burlesque d' un texte, tantôt l' imitation satirique d' un style.*" In Genette, Gérard, *Palimpsestes. La littérature au*

herramientas para pensar la alegoría más allá de su definición más elemental (“*allegory says one thing and means another*”<sup>40</sup>). Establece una tipología, a partir de los diferentes elementos alegóricos dentro del discurso poético ( los protagonistas, las imágenes, las acciones, etc.) y le confiere una valiosa actualización teórica. Podríamos decir que Guano Maldito es, en muchos aspectos, una alegoría de la conquista de América con toda una carga ideológico-crítica en relación a las versiones convencionales de la historia<sup>41</sup>, y es al mismo tiempo una parodia, en la medida en que está intertextualmente ligado a otro texto (el de la historiografía convencional sobre la guerra del Pacífico) para conferirle significación opuesta o, por lo menos, problemática<sup>42</sup>.

Visto de manera global, este trabajo realiza un movimiento que va, de cierta manera, en sentido contrario al de su contenido. Me explico. Frente a la magnitud de informaciones, discursos, datos estadísticos y estratégicos y frente al enorme espacio temporal que abarca la investigación, el análisis se realiza a partir de textos casi microscópicos, si comparados con esa amplitud. La idea es que, a partir de ese análisis del pormenor, del detalle, de lo particular es también posible levantar hipótesis válidas sobre el “por mayor” y la totalidad. Esperemos que se trate de un resultado de interés.

---

second degré, Paris, Seuil, 1982, p. 39. También en Frye, Northrop, Anatomía da Crítica. (1957), São Paulo, Cultrix, s/f, p. 93.

<sup>40</sup> Fletcher, Angus, Allegory. The Theory of a Symbolic Mode, Ithaca & London, Cornell, 1964; p.2.

<sup>41</sup> Esto se encaja dentro de la idea de la frase conclusiva del libro de Fletcher: “*To conclude, allegories are the natural mirrors of ideology.*” In Fletcher, op.cit. p. 368.

<sup>42</sup> En esta operación está una de las características centrales de la parodia, según Kristeva in op.Cit., p. 94.

I. El viaje a la guerra o la construcción del patriota en  
Crónica de un soldado de Hipólito Gutiérrez y Los Recuerdos de  
Campaña de Manuel Birbuet España

*“El concepto de frontera es temporal y sus límites se conjugan como los tiempos de un verbo.”*  
**Ricardo Piglia**

*“La larga columna serpentea por el desierto bajo el picante sol. Los hombres marchan silenciosos y no se oye más que el roce de las partes metálicas del equipo con los fusiles.*

*Sobre el polvo que levantan las tropas se cierne el fantasma de la sed.*

*Las dificultades que opone el terreno y las condiciones climáticas a la progresión de las tropas van a poner a prueba el temple de los cuerpos y de las almas.”<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> Gagui, Eduardo, Almas de Temple. Lima, Ausonia, 1960.

La hipótesis que orienta el presente ensayo (y los dos que se siguen) es que la literatura generada por la guerra del Pacífico está encargada de consolidar el concepto de nación en los tres países involucrados, victoriosos o derrotados. El necesario viaje de los hombres a la guerra los pone en contacto directo con la geografía y el paisaje nacionales, los acerca a la materia directa de que está hecha la Patria. Las innumerables dificultades que surgen a lo largo del trayecto, así como las adversidades climáticas son elaboradas en los relatos como partes de una serie de etapas de la construcción del espíritu patriótico ligado con la nación. En ese viaje se aprende a reconocer también a los aliados y a los enemigos, los colores nacionales y los del enemigo y va exaltándose el impulso hacia la muerte, del otro o la propia.

Dos textos fechados a finales de la guerra, dos relatos de viaje, (viajes a la guerra) servirán de puntos de referencia discursiva para tejer algunas consideraciones sobre la construcción de esa identidad nacional<sup>2</sup>. Lo que más interesa en estos dos textos es su énfasis en el desplazamiento, en el trayecto que realizan sus protagonistas entre el punto de origen y el de destino. Operan, en este sentido, de modo inverso a la mayoría de los relatos de viajeros, en que el énfasis está puesto en la experiencia vivida en territorios recién descubiertos y en el contacto de lo que ya se conoce con el mundo desconocido; estos dos textos hacen de los pormenores del viaje,

---

<sup>2</sup> Este tipo de relato de experiencia, relato-testimonio plantea una cuestión que problematiza por lo menos uno de los aspectos señalados por Mignolo ("Lógica das Diferenças e Políticas das Semelhanças"; pp. 128-129). Me refiero a que estos textos producidos a fin del siglo XIX, (así como todos los discursos de esa 'indole') también encuentran dificultad de clasificación (literatura?historia?ficción?), a pesar de no ser orales y a pesar de no ser portavoces de una historia amerindia, paralela a la occidental.

en cuanto desplazamiento espacial y temporal, el centro de su preocupación. El motivo de este cambio de enfoque está probablemente en el hecho de que, en estos viajes, el punto de llegada se construye precisamente a lo largo de ese camino.

Al examinar con detalle este tipo de material, elaborado en los diarios de campaña, los libros de memorias y las cartas, se torna claro que en las estructuras discursivas, que focalizan la experiencia de un narrador-personaje, crece y se destaca la fuerza simbólica del viaje como tema en la Guerra del Pacífico. El viaje como movimiento de cuerpos a través de una vasta y multifacética geografía, el viaje de padecimientos físicos, el viaje como preparación para la muerte, el viaje de construcción de la conciencia nacionalista, el viaje como posibilidad de reconocimiento del espacio nacional; el viaje que, para el hombre común, significa abandonar una identidad, definida local y socialmente, para ingresar en el curso anónimo e itinerante de las tropas en la Historia Nacional. En este sentido, la Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico del chileno Hipólito Gutiérrez (1881)<sup>3</sup> y los Recuerdos de la Campaña de 1879 del boliviano Manuel Birbuet España (1879)<sup>4</sup> funcionan como textos arquetípicos, ya que debido a su forma simple de narrativa directa (no se trata de relatos oficiales de campañas), el relato acompaña al soldado como una suerte de máquina fotográfica acoplada a la experiencia, que retrata paso a paso todo

---

<sup>3</sup> Gutiérrez, Hipólito, Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico, in Yolano Pino Saavedra, Dos soldados en la Guerra del Pacífico, Santiago, Francisco de Aguirre, 1976; pp. 143-229. Las citas de este texto van seguidas por el número de página entre paréntesis.



cuanto aparece en el camino sin desviarse en consideraciones teóricas ni generales. El relato viaja junto al soldado.

Las batallas y las campañas de la guerra del Pacífico tuvieron lugar lejos de los centros urbanos, en la región limítrofe que abarcaba las zonas comprendidas entre el puerto chileno de Antofagasta y la ciudad de Tacna, en el Perú; por lo tanto, para chilenos, para peruanos y para bolivianos ir a la guerra significaba trasladarse hasta esas regiones lejanas<sup>5</sup>. El terreno, accidentado, limitado a un lado por la cordillera de Los Andes y al otro por el océano Pacífico, se perfilaba a través de enormes quebradas y acantilados o se extendía en enormes llanuras desérticas donde el agua escaseaba o sencillamente no se encontraba. Los accesos eran angostos y precarios: *"Si por tales caminos vienen dos caravanas en sentido contrario, una de ellas debe optar por el despeñadero..."*<sup>6</sup> Para el transporte eran válidos todos los medios existentes trenes, barcos, caballos, burros. Las máquinas de la modernidad arribaban a la región por intermedio de la guerra y se sumaban a los medios tradicionales. Sin embargo, los hombres se trasladaban sobre todo a pie: *"Seguimos andando y se los oscureció todos entierraos abollados los pies caminamo toda la noche sin dormir una pestañada y aquella se tan grande que los dava en la*

---

<sup>4</sup> Birbuet, Manuel España, *Recuerdos de la Campaña de 1879*, (1879), La Paz, Isla, 1986. Las citas de este texto también van seguidas por el número de página entre paréntesis.

<sup>5</sup> "[La guerra del Pacífico] tuvo por escenarios puntos completamente alejados de los centros poblados de la república, en los que los combatientes se vieron enfrentados no sólo por la hostilidad del enemigo sino por el medio ambiente." In Querejazu, Roberto Calvo: *Guerras del Pacífico y del Chaco. Similitudes y diferencias*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1982; p. 23.

*noche, pero era de tanto que sudavamos y tanta tierra que volava que mas se los secava la garganta(sic). "(p. 170) Los soldados se cansaban, tenían hambre, caían enfermos con fiebres altas, con tercianas, diarreas y disenterías. Las tropas debían soportar desde los inmensos calores del desierto a los helados vientos de los altos ventisqueros : "no comidamos a gusto, y así lo pasabamos a media vida y aciendo guardia y avansadas todas las noches en los campos y tantos yelos que acian en la noche y en el dia tanta calor y tantas enfermedades de todas clases de enfermedades, terciana y sinteria y arrea y fievres altas que del Batallón abian muchos enfermos y tambien morian (sic)". (p.176)*

### **El viaje a la Guerra:**

La Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico es un breve y espontáneo conjunto de memorias escrito por un soldado de quien, más allá de su nombre, poco o nada se conoce. Hipólito Gutiérrez era natural del sur de Chile, de un pequeño pueblo llamado Coltón, cerca de Chillán; por sus frecuentes alusiones a la madre y a los hermanos, sin mencionar la existencia de mujer o hijos, se deduce que se trataba de un hombre muy joven, con unos quince o dieciséis años, recién reclutado para la guerra. } C. H. G.

Fecha da en Lima, 25 de enero de 1881, la crónica que nos ocupa parece estar construída a partir de las anotaciones que el propio soldado fue registrando a lo largo de toda su experiencia que abarca desde la salida de

---

<sup>6</sup> Leguía, Jorge Guillermo, "Prólogo" in Memorias del Mariscal Andrés Cáceres. (1884), Lima, Milla Baltres, 1986; p. 17.

Chillán, en septiembre de 1879, hasta el regreso a Valparaíso, a comienzos de marzo de 1881 (fechas que coinciden con las de la guerra). La inmediatez de las anotaciones, hechas al calor de los acontecimientos, explicaría la impresionante exactitud con que los datos de fechas, de lugares, de condiciones de tiempo y de distancias que Gutiérrez maneja coinciden con las informaciones obtenidas por los historiadores.

El escritor chileno Enrique Bunster resalta en 1973, repitiendo el clásico argumento que opone la rigidez del discurso historiográfico al “sabor” de autenticidad de los textos literarios o de memorias, que “*el mejor libro de Vicuña Mackenna o Gonzalo Bulnes no tiene el sabor ni la autenticidad del rústico relato de Hipólito Gutiérrez...*”<sup>7</sup>. Esta idea consagrada de manera casi unánime, se contrapone a otra (que, como la primera, también es tributaria de las concepciones históricas del siglo XIX) que dice que el discurso histórico es más riguroso y ‘científico’ que la novela histórica, las memorias y las demás narrativas de ficción. En su libro *Metahistoria* y en algunos de los ensayos publicados en *Trópicos del discurso*, Hayden White anula esas diferencias de forma definitiva, sugiriendo una redefinición de la historiografía que la coloque en interrelación directa con otros campos de las ciencias humanas. “*El historiador contemporáneo debe establecer el valor del estudio del pasado, no como un fin en sí mismo, sino como un medio de ofrecer perspectivas sobre el presente que contribuyan a la solución de problemas peculiares de nuestro tiempo.*”<sup>8</sup> En este sentido, el problema de la delimitación del campo de la historia en

---

<sup>7</sup> Bunster, Enrique, *Bala en Boca*. Santiago, Del Pacífico, 1973; p. 75.

relación con la literatura y las ciencias humanas pasaría a ser un falso problema ya que, como propone White, mientras más lejos la historia invada todos esos territorios, más rico y más completo puede tornarse el resultado de su enfoque. Lo que sí pasa a presentarse como problema (en todo caso no el nuestro) es la necesidad de una redefinición de la historiografía, como método específico de investigación.

Más allá de los registros de apoyo referencial, la experiencia recuperada por la memoria y la forma de organizarla en la narrativa son las que constituyen la especificidad de la composición de Gutiérrez : *“Esta no es ponderación porque no hay necesidad del imponer sinos que lo hai puesto por apunte por tener recuerdos de mis padecimientos en mis campañas que hei tenido(sic).”*(p.183) Anotaciones, recuerdos y un conjunto de emociones revitalizadas son el ‘humus’ con que este narrador trabaja su relato en un lenguaje que transcribe genuinamente el habla popular de su época.<sup>9</sup>

Hipólito Gutiérrez es casi un iletrado pues apenas ha cruzado la frontera del analfabetismo. En este sentido, el acto de su escritura es también un acto de coraje como lo fue, antes, su salida a la guerra. El mero acto de relatar con detalles el despliegue de las tropas en el viaje hacia el campo de batalla y de organizar su relato con coherencia y con plena conciencia de su tarea narrativa son productos de una enorme capacidad de abstracción y

---

<sup>8</sup> White, Hayden, “O fardo da Historia”, in Trópicos do Discurso: Ensaio sobre crítica da cultura, (1978), trad. Alípio Corrêia, São Paulo, Edusp, 1994; p. 53.

<sup>9</sup> Gutiérrez es un representante de aquel narrador que Walter Benjamin despide nostálgicamente después de la primera guerra mundial, en su famoso ensayo sobre el narrador en la obra de Nikolai Leskow: “O narrador”(1935) trad. Modesto Carone in Textos Escolhidos, col. Os Pensadores, São Paulo, Abril, 1983

de un ejercicio de inventividad que ciertamente no eran para él una práctica habitual. En su narración no hay modelos ni referencias a escrituras anteriores. El resultado muestra una vastísima riqueza de matices lingüísticos en que las soluciones para problemas de ortografía, de sintaxis y de conjugación verbal (entre otros) van surgiendo improvisadas en el momento, alimentadas por su experiencia con el lenguaje popular. La norma que rige la escritura se basa en una especie de transposición que asimila todas las marcas orales de ese tipo de lenguaje.

El narrador principiante se ha sentado a escribir sus recuerdos con plena conciencia de la totalidad de su relato, dividido en 19 capítulos, como lo demuestran diversas referencias a episodios citados en capítulos precedentes: “*como lo hai dicho en el capítulo tres (sic)*”(p.179) o “*como lo hai dicho ailante en artículo cuatro(sic)*”(p.170). Esa preocupación con el texto, como un todo organizado, revela un modo también particular de apropiación de determinados recursos estilísticos, entre ellos el ritmo, lo que lo liga directamente con la narración oral.

En efecto, hay aquí un dominio narrativo del ritmo del relato que le otorga al conjunto una velocidad decreciente. Si en un comienzo los episodios son desarrollados en forma ágil y suscita, cuando la narración se va aproximando a la hora de la batalla el relato se desacelera y se torna pormenorizado. En los primeros capítulos el traslado de una ciudad a otra es vertiginoso. Cada localidad se describe escuetamente, siguiendo siempre la misma fórmula: nombre, aspecto, alojamientos, acogida. El movimiento de la narrativa parece acompañar la velocidad del viaje. A medida que la tropa se va aproximando a los espacios de la batalla y los

caminos se hacen intransitables para cualquier medio de transporte, las caminatas se demoran y la narrativa también, creando la impresión de que el desplazamiento de un lugar a otro se torna más importante que los lugares de llegada y de partida. Las vicisitudes del viaje se van intensificando a la par que la ansiedad por la llegada del acontecimiento crece.

En este sentido, otro recurso de estilo que contribuye en esa dinámica intensificadora de los motivos es la repetición, un cierto uso de la redundancia que le otorga además un tono manierista a la narración. Desde luego, no se trata aquí de una transgresión consciente de la norma de estilo, sino que, una vez más, parece estar presente aquí el referente oral y el movimiento de transcripción directa. La reiteración más generalizada es la de la conjunción copulativa 'y': "Y se volvieron para sus casas muy consolados y nosotros los fuimos para el cuartel haublar con el Comandante y haublamos con el y le dijimo que ibamos a prestar nuestro servicio para el norte(...), y los recibio con mucho gusto, y los filiamos.(sic)"(pp.161-162); el recurso surge también como un agente enfatizador, con la repetición de los sustantivos y los verbos: "(...) que ese día fue la zalida para el norte, como alas seis de la mañana fue la zalida, y a la zalida del cuartel abian muchisimas mujeres..."(p.162); "los embarcamos en hese puerto para Iquique el ultimo dia de Noviembre los en barcamos a la una de la tarde en el transporte llamado Ytata Buque mui lindo y mui limpio y vien lijero que es para andar que andava 15

*millas por hora.* " (p. 166)<sup>10</sup>. La solución que enfatiza el movimiento hacia atrás o hacia adelante tiene el efecto de un estribillo: "*Llegamo a un serro vien alto, mui arenoso que andavamo para tras, para tras.*" (p.209); así como la expresión que da la idea de vaivén: "*...y el camino tan caracoliado para lla y para acá*" (p.178) Todas estas formas proceden de la experiencia oral del narrador y son utilizadas en más de una oportunidad, marcando en forma específica el estilo de esta Crónica como un importante documento estilístico y lingüístico. Lo más notable es que el narrador configura, mediante esos procedimientos -reunidos en el texto de manera aparentemente espontánea e improvisada- una perfecta antesala para el clímax, para el centro de su historia, que se puede leer también como la historia de **un viaje a la guerra.**

Un viaje que se muestra como un gran padecimiento, un *via crucis* durante el cual el alma del guerrero va preparándose para matar y/o para morir. A medida que avanza la narración/viaje, la euforia inconsciente del comienzo da lugar a la impaciencia. El texto contrapone la velocidad decreciente de la narración al paulatino aumento de la expectativa por la llegada de la batalla. Pero conviene aquí observar de cerca las etapas de este viaje paradigmático.

En primer lugar, la salida. El sujeto se despide de sus seres queridos y de todo lo que conoce hasta ese momento para iniciar una experiencia que reconoce e identifica bajo el rótulo 'defender a la Patria amenazada'. La idea heroica de salvar a la *Polis* o a la *Res Pública*, arraigada en la cultura

---

<sup>10</sup> Hasta hoy en el habla popular chilena se substituye erróneamente la 'n' por la 'l' en el pronombre dativo de la primera persona del plural: *nos*. Así, es común encontrar "los

occidental desde los griegos, viene acompañada de una creciente deificación de la figura del guerrero: *Patria mihi vita mea carior est* (“la patria me es más cara que la vida”) decía Cicerón y Horacio proclamaba en la Oda Romana el *pro patria mori* (“morir por la Patria”)<sup>11</sup>, pero para el hombre común de mediados del siglo diecinueve en América Latina, el concepto de nación seguía anexo a una abstracción que nada tenía de concreto, que no estaba incorporada a la experiencia vivida. En el caso de Hipólito Gutiérrez (y de Miguel Birbuet España, como veremos) así como en el caso de la gran mayoría de los jóvenes que fueron a la guerra, tomar las armas era una completa novedad en la experiencia personal aunque era, al mismo tiempo, una fuerte presencia cultural e históricamente afianzada.

A pesar de que la guerra marca todas las etapas de la civilización hispanoamericana, en 1879 las novísimas naciones no contaban con una organización militar preparada para los conflictos limítrofes que estaban por iniciarse. Los tres ejércitos se componían, en su mayoría, de civiles reclutados a última hora que no poseían ninguna experiencia bélica. En Las Memorias del general peruano, Andrés Cáceres, escritas en 1923 y publicadas por primera vez en 1924, puede leerse: “...resumiendo, las

---

íbamos” por “nos íbamos” o “los encontramos” por “nos encontramos”.

<sup>11</sup> En su antológico ensayo “Pro Patria Mori” de 1951, Ernst Kantorowicz constata que el impulso del guerrero que sale a defender a su patria, tal cual se maneja en el siglo XIX, se parece más al impulso del guerrero de la antigüedad griega que al del guerrero medieval: “*Un vassal suivait le duc de Champagne ou défendait le comte de Bourgogne contre une agression. Mais c’ était le ‘duc’ ou le ‘comte’ et non une Bourgogne éternelle ou une idée de la Champagne*”. El acto heroico de dar la vida en la guerra tenía, en el Medioevo, un carácter de sacrificio personal del vasallo en relación con su señor. No así durante la antigüedad griega, cuando Horacio celebraba en su Oda Romana el sacrificio por la *polis* y por la *res pública*. In Kantorowicz, E., Mourir pour la patrie. Paris, Puf, 1984.



*fuerzas armadas de los aliados del 79* (el ejército de la alianza peru-boliviana) *en pie de paz, al romperse las hostilidades, eran en todo unos 7000 soldados, mal armados y mal organizados, y una marina diminuta para defender un litoral de más de 400 leguas*<sup>12</sup>. El propio Cáceres comandó, a partir de 1881, el famoso ejército de resistencia de la región de La Breña en el Perú, formado principalmente por campesinos e indios que jamás habían empuñado un arma. En Chile la situación económica era más saludable y el ejército contaba con mejores armas y equipos bélicos pero el panorama era también de total falta de preparación y de entrenamientos. Tomar las armas y salir a la guerra era una novedad; era la salida a una aventura desconocida que alejaba al sujeto de todo lo familiar y lo insertaba en una experiencia de lo *unheimlich*, aunque siempre respaldada por una promesa de heroicidad.

Sabemos que en la América Latina decimonónica y hasta bien entrado el siglo veinte, la práctica del viaje estaba reservada para muy pocos. La gente llegaba a América, no salía de ella, a no ser en casos muy especiales, en su mayoría de miembros de familias muy adineradas, cuyas estadías duraban años<sup>13</sup>. El pueblo no tenía ninguna familiaridad con el viaje, no salía de su región durante toda una vida, en la mayoría de los casos. Esto significa también que el espacio conocido era el de la proximidad. Los relatos de viajeros de esta época provienen, en gran parte, de europeos aventureros que pasaron por América motivados por el cientificismo

<sup>12</sup> Cáceres, Andrés, A., *La guerra del 79. Sus campañas*. Lima, Milla Baltres, 1973; p.15.

<sup>13</sup> "Para quienes viajaban, desde el siglo XVI hasta fines del siglo XIX, la experiencia del viaje y la estadía en el mundo del otro, que constituyen el criterio autorizante de la

positivista en boga (Lord Cochrane, Barón Alexander von Humboldt, Charles Darwin, Hans Staden, Richard Burton, Moritz Rugendas).

Qué idea podía tener un muchacho de Colón, cerca de Chillán, sobre las dimensiones y la geografía de Chile? Qué noción de patria y de límites nacionales poseían los indios reclutados por el general Cáceres en la Breña peruana? El individuo dejaba atrás familia, amigos, tierra conocida para defender algo vago pero que al mismo tiempo ya los incluía a todos ellos, familia, amigos y tierra conocida, *"Los fuimos para Chillán a prestar nuestro servicio al Gobierno, con nuestro entero gusto, para ir al norte a Lima, a defender nuestra patria asta morir o vencer por nuestra bandera chilena(sic)."* (p. 161)

El relato de Gutiérrez, escrito cuando la experiencia está por terminar, en enero de 1881, ya está impregnado por la convicción patriótica aprehendida al cabo de dos años de viaje. No se puede apreciar aquí cabalmente, en su dimensión dinámica, el proceso de introyección de ese sentimiento nacionalista que por cierto ha ido apoderándose del alma del guerrero, poco a poco, a lo largo del camino. Pero ese proceso también presenta momentos de quiebra, de desánimo patriótico<sup>14</sup>, y si bien el texto mantiene un tono optimista (en parte debido a la simplicidad e ingenuidad del narrador, en parte también porque Gutiérrez escribe cuando ya las vicisitudes del trayecto han quedado atrás y el sentido patriótico de la

---

*escritura de los viajeros, formaban parte de proyectos de vida.*" In Pagni & Ette, Dispositio. (Número especial dedicado a la literatura de viajes), XVII, N° 42-43; p. iii.

<sup>14</sup> En el Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la guerra del Pacífico, 1879-1884, otro joven soldado chileno, Abraham Quiroz, escribe a su padre sobre varios momentos en que la determinación patriótica sufre contratiempos, llegando incluso a pensar el joven en la posibilidad de desertar del ejército.

guerra es obvio para él) en un determinado punto, casi en el centro del relato, cuando está cansado de los maltratos causados por el penoso viaje y no sabe cuando ni cómo llegará la batalla, el soldado deja aflorar el desaliento que debe haberlo acechado en más de una oportunidad: “...y me comence a lamentar entre si y desiaba del no haber nacido a este mundo mas vien para no haber andao padeciendo tanto en aquellas calamides y sin saber todavia lo que me iba a suceder en las batallas, si livraria con vida o no...(sic)” (p.185). Evidentemente, el texto escrito *a posteriori*, no abandona esta queja, sino que la completa con la filosofía del destino trazado que subyace en todo el relato: “...Y ai solo me consolaba y decia: *Abre nacido con esta planeta y tengo que cumplirla no mas con tal que no muera por aca...(sic)*”(p.185). Pero lo que se percibe en estos tropiezos de espíritu heroico y patriótico es justamente la fragilidad del mismo y su base imaginaria reciente para la mayoría de quienes luchaban en la guerra del Pacífico.

Para el hombre recién ingresado al ejército, que nunca antes había pensado en otros límites más allá de los de su casa y de su ciudad, la salida abre de pronto un mundo desconocido y simultáneamente anexado a algo que se reconoce de inmediato como lo más propio. Al trasponer los contornos de los espacios ya conocidos, surgen otras ciudades y otras gentes que a pesar de extraños, comparten con él una misma demarcación geográfica amenazada por un enemigo común. Es decir, el enemigo otorga otro factor de identificación a los compatriotas y esos extraños dentro de lo conocido pasarán a ser los conciudadanos; mientras que esos otros serán extraños, extranjeros y enemigos. Etienne Balibar habla, en este sentido, de

un proceso peculiar de fijación de los sentimientos de amor y de odio, en el individuo/pueblo de la nación que debe: “ *devenir une condition a priori de la communication entre les individus (les “citoyens”) et entre les groupes sociaux -non pas en supprimant toutes les différences, mais en les relativisant et en les subordonnant, en sorte que se soit la différence symbolique entre “nous” et “les étrangers” qui l’emporte et qui soit vécue comme irréductible.*”<sup>15</sup> Es decir, el sentimiento nacional trae con él una intensificación de un tipo de diferencia que se distingue como “irreductible” frente a las demás diferencias simbólicas.

El viaje enseña a distinguir entre lo nacional y lo extranjero de forma contradictoria: a medida que el guerrero avanza, lo que hasta ayer era ajeno (porque desconocido) pasa a incorporarse a esa entidad que va tornándose cada vez menos abstracta, imaginariamente más presente. Y a medida que avanza, crece simultáneamente dentro de él la convicción de que también muchos de los espacios y la gran mayoría de quienes componen esa totalidad llamada **nación**, permanecerán para él como abstracciones. En otras palabras, el soldado aprende que sale a luchar y a poner su vida en riesgo por una idea que va mucho más allá de lo que su percepción inmediata puede alcanzar. Esta experiencia (nítidamente moderna) de la percepción del mundo es una de las ideas que Benedict Anderson desarrolla y considera fundamentales en Imagined Communities, (1983). Esa idea de **simultaneidad** temporal y espacial dentro de una comunidad que sólo podemos imaginar, dice Anderson, es

---

<sup>15</sup> Balibar, Etienne, “La forme nation: histoire et idéologie” in Race, Nation, Classe: les identités ambiguës. Paris, La Découverte, 1988; p.129.

reforzada por dos manifestaciones de la cultura imaginaria que surgen con fuerza en el siglo XVIII, en Europa: el periódico y la novela<sup>16</sup>. Pero en la América Latina de finales del Siglo XIX, los personajes como Hipólito Gutiérrez y la mayoría de los contingentes reclutados no tenía acceso a la cultura letrada. Los contenidos de esta forma de cultura les llegaban de manera oblicua, por medio de formadores de opinión, como lo eran ya las elites políticas y sociales. Desde mediados del siglo diecinueve, se había iniciado la entrega de grandes novelas nacionales y extranjeras, en forma popular, a través del folletín<sup>17</sup>. En Foundational Fictions(1991), Doris Sommers propone que las novelas nacionales producidas a mediados del diecinueve (sumadas a las Historias Nacionales) fueron una fórmula de reconocimiento de enemigos y de aliados en el contexto post colonial y que el verdadero nacimiento de los países latinoamericanos no es el de la emancipación sino justamente el de la consolidación nacional, marcado por guerras civiles y guerras limítrofes<sup>18</sup>. Pero a esas novelas tenía acceso solamente una minoría y la idea de nación era, de cierta manera, una recién llegada para el imaginario colectivo popular<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> Anderson , Benedict, Nação e Consciência Nacional, (1983), trad. René Ardanuy, São Paulo, Ática, 1989.

<sup>17</sup> Lo que hoy resulta ‘natural’ para los ciudadanos de cualquier país del continente, hace poco más de un siglo era todavía un concepto en proceso de asimilación para la enorme mayoría de mestizos y de criollos, que compartían una misma lengua oficial pero que no formaban parte de las pequeñas elites políticas y económicas donde se urdían las configuraciones nacionales y donde circulaba esa cultura.

<sup>18</sup> Sommers, Doris, Foundational Fictions. The National Romances of Latin America. Berkeley, Univ. of California, 1991; p. 12.

<sup>19</sup> Como afirma Eric Hobsbawn : “ ...los analfabetos formaban la mayoría absoluta de la población mundial antes del siglo XX.” In Hobsbawn, Eric, Nações e Nacionalismo desde 1780. (1990), trad. Paoli & Quirino, São Paulo, Paz e Terra, 1990; p. 65.

Sin embargo, es interesante seguir resaltando la rapidez con que esta idea es acogida y encuentra su lugar de cierta manera ya reservado para su proliferación. Es decir, siguiendo con la argumentación de Anderson, las comunidades parecen tener necesidad de pensar en una **continuidad** histórico-cultural dentro de la cual se insertan y a partir de la cual se proyectan hacia un futuro cuya finitud no se vislumbra (lo cual representa, psicológicamente, una forma de inmortalidad). El concepto de nación responde plenamente a esa necesidad de continuidad que habría quedado desatendida a partir de la descentralización de la religión, como el eje principal de la vida en sociedad<sup>20</sup>. La nación elabora proyectos comunes para tiempos futuros y proporciona la posibilidad de acceso hacia un pasado nacional cuyos orígenes es siempre difícil detectar con precisión, ya que están fundados en la práctica del olvido con la cual se anulan las rupturas y las discontinuidades. En ese movimiento, el concepto de nación satisface dos necesidades psíquicas fundamentales del sujeto, a saber, la necesidad de integrarse y de identificarse con un grupo y la de sentir que su mortalidad de carne y hueso será trascendida por la inmortalidad de esa misma comunidad.

Con el desarrollo de la guerra, los límites de la geografía tan diversa y variable que configura la totalidad del país se tornan ambiguos y susceptibles de transformaciones y de nuevas demarcaciones; esto determinaría, a priori, una amenaza para la comprensión del espacio nacional. He aquí una de las profundas y riquísimas contradicciones de la convención nacionalista: lo propio y lo ajeno del territorio son variables

---

<sup>20</sup> Anderson, Benedict, *op. Cit.*, pp. 18-19.

temporales que conviven contradictoriamente con la noción de eternidad del suelo y los demás emblemas patrios.

En una guerra de límites, como ésta, la premisa fundamental y arbitraria (porque fabricada) es de que las fronteras nacionales ya existen desde un tiempo indefinido y es necesario defenderlas. *“Il faut /.../ que les frontières extérieures soient imaginées en permanence comme la projection et la protection d'une personnalité collective intérieure, que chacun porte en soi et qui lui permet d'habiter le temps et l'espace de l'État comme un lieu où l'on a toujours été, où l'on sera toujours 'chez soi'.”*<sup>21</sup>

En Chile, la voluminosa novela sobre la guerra del Pacífico, Adios al séptimo de línea, de Jorge Inostrosa está encabezada por un prólogo donde se argumenta sobre la eternidad del territorio nacional. Dice Inostrosa: *“El desierto de Atacama, en consecuencia, tanto por la determinación del rey, como por la jurisdicción ejercida sobre él, FUE SIEMPRE CHILENO; durante el imperio de los incas, durante la Colonia y aún a comienzos de la República.”*<sup>22</sup> Ya el historiador boliviano, Edgar Oblitas Fernández, fervoroso defensor del derecho boliviano a una salida al mar, sostiene en su Historia Secreta de la Guerra del Pacífico que: *“La presencia de Bolivia en el Océano Pacífico se remonta a tiempos inmemoriales, cuando los primitivos habitantes del altiplano marcaron la huella de su cultura en las costas de Atacama.”*<sup>23</sup> Por su parte, los peruanos que entraron en la guerra

---

<sup>21</sup> Balibar, op.cit., p. 129.

<sup>22</sup> Inostrosa, Jorge, Adios al séptimo de línea. (1925), Santiago, Zig-Zag, 1957; p. 10.

<sup>23</sup> Oblitas, Edgar, Fernández, Historia Secreta de la Guerra del Pacífico. Buenos Aires, Peña Lillo, 1978; p. 24.

por adhesión a la causa boliviana perderían, con la derrota, toda la región entre Tacna y Antofagasta.

La idea de lo nacional incluye en su concepto el presupuesto de que el cuerpo de la nación ha nacido con ella y cada nación elabora, mediante un proceso de olvidos estratégicos<sup>24</sup>, una historia de su geografía original. Así, la unidad cerrada y demarcatoria de la diversidad interna es un bien característico de la riqueza nacional. Como en la situación alegórica que crea Hans Magnus Enzensberger en La Gran Migración (1992), donde dos pasajeros en un tren se sienten de pronto ‘invasidos’ por la entrada de otros dos nuevos pasajeros al mismo compartimiento, es evidente que la defensa de un territorio “ancestral” que apenas se acaba de ocupar resulta paradójica.<sup>25</sup>

El viaje a la región de los límites nacionales es un viaje eufórico, es un viaje de reconocimiento de un bien común que pone de manifiesto la pertenencia del individuo a su grupo. Las fronteras nacionales de la América Hispánica, no siendo diferencias lingüísticas ni tampoco ostensivamente geográficas, tienen un carácter más simbólico aún. La nación hispanoamericana se funda básicamente en una identidad jurídica (el *uti possidetis*), a partir de la cual se fabrican los emblemas y las especificidades de ‘lo nacional’. La guerra es, en este sentido, una riquísima fuente de elementos de caracterización patriótica. Los héroes y

---

<sup>24</sup> Ernst Renan habla del olvido, como procedimiento estructural en la configuración de una historia nacional: “*Yet the essence of a nation is that all individuals have many things in common, and also that they have forgotten many things.*” in “What is a Nation?”, trad. Martin Thom, in Nation and Narration, (edit. Homi Bhabha), London & New York, Routledge, 1990p. 11.



los episodios más célebres son recogidos por la imaginación colectiva como bienes comunes, archivados como un conjunto de datos que conforman la Historia

Nacional. En esos episodios los grandes personajes, los personajes heroicos exponen sus vidas y mueren en defensa de los límites nacionales y con ello le otorgan *status* histórico y valor de identidad. Es decir, la muerte del héroe pasa a significar, a partir del hecho trágico individual, el reconocimiento de un valor plural.

La euforia del viaje a la guerra pone en sintonía, paradójicamente, el sentimiento trágico de la muerte con la alegría de ese reconocimiento trascendental. El coraje del guerrero consiste justamente en otorgarle a la muerte patriótica un estatuto positivo, un valor mayor que el de la vida.

El viaje a la guerra actualiza también, en el trayecto, en un plano más concreto, la idea de la muerte del otro y la propia. El hambre, la sed, el cansancio, las epidemias y los peligros del camino van poniendo a prueba la sobrevivencia, a medida que el batallón avanza. La vida está permanentemente en peligro. La muerte puede venir desde cualquier flanco, mucho antes de deflagrada la batalla causada por alguna infección, una fiebre, una disentería, por la sed o por el cansancio. Desde el instante de la despedida, el viaje tiene un tono trágico y eufórico al mismo tiempo, en el que se establece una relación directa con la muerte temida pero también anhelada como posibilidad de proyección heroica. El sujeto de la

---

<sup>25</sup> Enzensberger, Hans Magnus, La gran Migración. Barcelona, Anagrama, 1992. Pp. 13-16.

guerra, el héroe, como en el mito griego, sale para someterse a toda suerte de pruebas y está convencido que su retorno no depende de su voluntad, su vida está en manos del Destino/Dios. Matar (vencer) o morir, “defender nuestra patria asta morir o vencer (sic)”(p.161), es la ley de la guerra donde la muerte no es sino un episodio del movimiento más general de la violencia. En el texto de Hipólito Gutiérrez, como ya lo ha observado Yolando Pino Saavedra, el miedo a la muerte es superado por el soldado a través de la creencia de que el momento para morir está de antemano prefigurado por la Divinidad<sup>26</sup>. El narrador repite en numerosas ocasiones esta idea para exorcizar el miedo vital: “nadien muere mientras no se les llegue la hora (sic)”(p.162) La muerte en el viaje a la guerra no es llorada ni velada, es solitaria en su significación particular, al paso que se integra también a los números generales (“las bajas”) de la Historia Nacional. Si la muerte tiene un sentido dramático en el nivel íntimo y particular, adquiere un sentido heroico y trágico en la guerra. El valor de esa muerte heroica es equiparable al de la muerte como sacrificio religioso.

Cuando Kantorowicz propone el paralelo entre “cuerpo místico” secular y “cuerpo místico” espiritual<sup>27</sup>, como depositarios del sacrificio humano, está enfatizando la sustitución histórica de las cruzadas religiosas por las guerras nacionales en defensa del Estado. De ahí la posibilidad de un terreno fértil para la demagógica y popular relación entre Patria y Dios. “-

<sup>26</sup> Pino Saavedra, Yolando, *op.cit.*, p. 152.

<sup>27</sup> En el siglo XVI se habría originado el pasaje del valor espiritual al valor secular de ese cuerpo místico: *“Le corps mystique de l’ Eglise dont la tête était le Christ est remplacé ici par le corps mystique de l’ Etat dont la tête est le prince.”* in Kantorowicz, *op..Cit.*, p. 139.

*La paz, la paz! Miren el arco que se ve en el cielo. Dios los manda esa seña de paz. (sic)"(p.222).*

Toda la literatura del período está marcada por ese profundo imbricamiento entre el poder divino y el terreno, ligados en relación de jerarquía. El héroe es siempre un ser devoto que concibe a su Patria como un lugar sagrado y bajo la protección de Dios. Todos los autores de la Guerra del Pacífico y, entre ellos, los dos más prolíferos, que son Guillermo Thorndike del Perú y Jorge Inostrosa de Chile, manipulan estratégicamente ese paralelo, aunque con una diferencia importante: el país vencido (Lima) revela desesperanza, descrédito, pérdida de la confianza en ese Dios todopoderoso y salvador. La narrativa de Thorndike da constantes indicios de esa desconfianza religiosa que es, en lo más hondo, profundamente religiosa. Es decir, si la patria (Perú) está en manos de la divinidad que debe protegerla, cómo entender la derrota?: *"Quién te pedirá cuentas a tí, padre eterno, por esta desesperanza insoportable? Pero el verdugo bíblico no se conmovió, ni se abrieron los cielos para que una compasiva luz apaciguara a la multitud."* Por su parte, Inostrosa, enfatiza constantemente, a lo largo de las más de 1 500 páginas de Adios al Séptimo de línea, divididas en cinco volúmenes, que la victoria se manipula desde las alturas: *"...la paz. Concededla, Señor, rey de los cielos y de la tierra; concededla por vuestro amor de padre a los muertos y vivos. Llamad con vuestra secreta y misteriosa inspiración a los pueblos de Perú y Bolivia y decidles que ya basta de sangre derramada y las víctimas inmoladas para calmar vuestra justicia."*

En la narración de Hipólito Gutiérrez, la íntima relación entre la patria y Dios pauta y da el compás de todos los acontecimientos de la guerra. La idea de que la hora de la muerte está marcada con anticipación, es la misma que rige cada nuevo capítulo de la guerra, su sentido final su justicia y su injusticia. La patria, cuerpo de la nación, ha sido designada por la Divinidad que también determina quién va a defenderla y quién debe morir por ella. Este argumento es excluyente, en relación con las demás naciones en litigio. Se trata, de cierta forma, de un raciocinio entre aliados, en el cual la lógica del enemigo se encuentra anulada. Dios surge entonces como un personaje *in absentia* cómplice que define la derrota del enemigo. Con la exclusión del enemigo de ese pacto divino, se borran también las marcas de humanidad de ese Otro boliviano y peruano, en el caso de Gutiérrez: “...traicioneros y maricones cholos que no andan no mas que con traiciones (sic)”(p.222). Matar se torna entonces un procedimiento de rutina.

### **La guerra que se escapa:**

Los Recuerdos de Miguel Birbuet España, están fechados en diciembre de 1879, inmediatamente después de la batalla de Tarapacá, cuando los ejércitos bolivianos abandonan la guerra, huyendo, dispersados por la falta de líderes, por el hambre y la falta de material de apoyo. El relato se destaca más por las diferencias que por las semejanzas que mantiene con el de Hipólito Gutiérrez. Birbuet es un hombre que sabe muy bien adónde va cuando sale de viaje. Tiene amplia conciencia de las coordenadas histórico-políticas que enmarcan la guerra y con ellas realiza un pequeño

panorama en una exposición introductoria en la que no faltan las descripciones indignadas de los enemigos chilenos: *“No se puede relacionar todos los cuadros lastimosos y víctimas que están reduciendo á la miseria y el hambre los filibusteros del Pacífico sin respeto a la humanidad. (sic)”*(21) Uno de los principales objetivos de la exposición de sus recuerdos, como queda claro hacia el final del relato, está en restituir los atributos gloriosos y heroicos de los muchos soldados anónimos que formaron los batallones bolivianos y en mostrar la inepticia y la falta de escrúpulos de los dirigentes. A cada paso el relato tropieza con observaciones que denotan la displicencia de los jefes: *“Toda la causa de ésta mala situación, era debida á la falta de previsión de los Directores de la Guerra, que abandonaron a “Franco Tiradores”, para zoterrarlo en el desierto, sin equipo, sin caballos...”*(48). Esta desilusión con respecto a los mandatarios es una de las marcas características de los textos bolivianos, como veremos en el capítulo siguiente.

Como en el caso de Gutiérrez, el relato tiene carácter autobiográfico y también aquí se vale de la primera persona y el protagonista también es un joven cuando sale a luchar. Pero las semejanzas entre ambos viajeros no van mucho más allá. Birbuet pertenece a una familia “tradicional”, según se lee en la introducción a la primera edición, en 1986<sup>28</sup>, aunque varios son los indicios en el texto que indican que, en esa época, se trataba de una familia con recursos medianos<sup>29</sup>. Manuel ya trabajaba en una casa

<sup>28</sup> Quien hizo entrega del manuscrito al editor, en 1986 es un descendiente suyo, Moisés Ponce de León Birbuet.

<sup>29</sup> Según el propio relato, al salir del puerto de Cobija, las familias más adineradas viajaron a Tacna y la familia Birbuet sólo lo hizo hasta Arica. Más adelante, el narrador

comercial, al estallar la guerra y aunque, como Hipólito, tampoco es un soldado, su padre es un teniente coronel del ejército boliviano e incluso es él quien lo impulsa a que se aliste. De Arica se traslada poco después a Tacna, donde se incorpora en el recién formado cuerpo de caballería “Escuadrón Franco Tiradores Vanguardia de Antofagasta”.

El lenguaje de su relato, escrito inmediatamente después de su llegada a La Paz, aunque con una ortografía precaria<sup>30</sup>, denota un determinado dominio de vocabulario y una cierta familiaridad con algunos intertextos literarios universales y canónicos, como indican algunas alusiones : *“Causaba lástima y risa al mismo tiempo, ver á los patriotas y defensores de la Patria en un estado Quijotesco.”*(p.13) Su relato abarca desde aproximadamente el 22 de marzo de 1879 hasta noviembre de ese mismo año. Período que duraron las campañas bolivianas en la Guerra. Oriundo del puerto boliviano de Cobija, su primer desplazamiento (por mar) está marcado por la necesidad de huir de la ciudad junto a su familia y otros refugiados, debido al inminente ataque chileno. Llega al puerto peruano de Arica<sup>31</sup> el 24 de marzo y a seguir se traslada a Tacna donde, durante aproximadamente un mes, se dedica a preparar su viaje a la guerra.

Desde el comienzo, el texto repite la ecuación patriótica del sacrificio de lo personal en favor de la defensa de la Nación. Birbuet deja de lado su

cuenta que su padre pasó “penurias” por falta de recursos, ya que su salario militar había sido confiscado.

<sup>30</sup> La edición de 1986 se preocupó en conservar inatctas las marcas ortográficas. El editor manifiesta, en la ‘Notícula’ inicial, que se trata de un manuscrito *“escrito con imperfecciones de lenguaje...que entregamos a los historiadores bolivianos como un grano de arena más para aclarar sus investigaciones.”*

<sup>31</sup> Nótese que, tanto Cobija como Arica, pasarían a ser posesiones territoriales chilenas después de la guerra.

“carrera mercantil” y deja atrás su familia “*porque el deber sagrado de amor a la Patria, me alejaba en busca del honor*””(p.31). El viaje, en este sentido, tiene el mismo valor que en Hipólito Gutiérrez: una prueba cuyas etapas, cada vez más difíciles, sirven como experiencias modeladoras del espíritu nacional. Al salir de Arica, a las cinco de la mañana, embarcados en una lancha, los soldados van “*entonando el Himno Nacional de Bolivia, lanzando vivas, y hurras de entusiasmo! Parecíamos que no marchábamos al sacrificio.*”(p.33) La espera, los preparativos y las penosas experiencias del viaje ejercen aquí también el estímulo exitante que se mantendrá intacto hasta casi el final. El relato da cuenta de tantas penurias como el de Hipólito. Los hombres padecen frío (“*...fue un milagro que nó se paralizó la circulación de la sangre !Qué cordillera y rejión más helada!(sic)*”)(p.54), hambruna, cansancio, (Birbuet substituye sus zapatos por trapos) y el calor en la pampa los sofoca. Cerca del río Loa son víctimas de espejismos que los hacen ver enemigos inexistentes. Sin embargo, “*Nada de todas estas miserias disminuía el entusiasta patriotismo de mi Escuadrón; al contrario, daba más impulso al patriotismo y aumentaba más y más el deseo vivo que nos acompañaba, de incorporarnos con los compañeros y compartir con ellos las penurias y azahares de la Campaña.(sic)*”(p.46); pero los componentes de este batallón, en realidad, se prepararán para un combate que nunca llega, y sus avances no son nunca en dirección al enemigo sino que se dan en forma paralela a los acontecimientos de la guerra. Nunca la tropa está donde tendría que estar, ya sea porque falta una orden superior o porque, a falta de medios o de municiones, no alcanzan a llegar al lugar de los hechos. La

inmovilidad a que son sometidos va contaminando a la tropa con una sensación de impotencia: *“Durante dos meses, el silencio y la absoluta carencia de avisos oficiales, no podía tranquilizar nuestro espíritu; pues permanecíamos como unos entes, sepultados en estas tristes soledades, donde veíamos nuestra imposible movilidad(sic)”*(p.48) A través de telegramas o de mensajeros se van enterando del curso cada vez más adverso de esa guerra que se les escapa. El grupo se distrae, se distiende, el protagonista cede al hambre e intercambia armas por comida, el coronel jefe de la tropa roba un caballo de uno de sus propios hombres. El viaje de Birbuet trastoca parámetros y límites, carnavaliza las estrategias militares y las transforma en juegos de azar (juegan a los dados) o substituye simplemente al enemigo por la fauna del camino: *“Nos encontramos en el camino, también con tropas de 150 a 160 y 100 (tropas) de vicuñas e hicimos fuego á discreción, contra esos grupos, dejando las que matávamos así como las heridas. Nos aproximábamos á un pequeño lago!.../ por cuya orilla tomamos el camino, disparando algunos tiradores tiros de bala á las aves que nadaban en la laguna(sic)”*(p.76)

El viaje de regreso, que en Hipólito Gutiérrez es descrito escuetamente y sólo refuerza la sensación victoriosa de las tropas, aquí se extiende por más de veinte de las ochenta páginas totales y está repleto de elementos simbólicos que asocian la imagen de la Nación con la derrota, con la pérdida, la mutilación. En el trayecto, los hombres encuentran esqueletos de animales, cadáveres de soldados “mutilados, hinchados y en estado de putrefacción”, una mujer muerta “bien vestida”. La muerte en este viaje se presenta ya consumada: no hay enfrentamiento ni posibilidad de desafiarla.



Los muertos son siempre otros, la única baja del Escuadrón es la de compañero Badani que queda sin sepultura, *“Cosa amarga para nosotros, que veíamos en el desdichado Badani, nuestra suerte! Un defensor de la Patria, sin sepultura!”*(p.61) El deseo de dar muerte al enemigo, repetidamente frustrado, queda traducido, vimos, en el ejercicio de la caza. Ese deseo tiene aquí, así como en el resto de los textos de la guerra, como examinaremos con más detalle en el capítulo tercero, un carga erótica armada a partir del uso de determinadas construcciones discursivas que dan cuenta de ese elemento constitutivo de la estrategia militar. El redoble de tambores, los vivas a la Patria, los cantos, los gritos, los estallidos de pólvora cada vez más cercanos, el miedo por último, contribuyen a que el individuo “arda” de valor y de deseo de matar: *“Las Bandas de música del espresado cuerpo, como todos, saludaron la aurora de ese día, tocando los himnos pátrios de ambas Repúblicas y con entuciasmas hurras, vivas; continuando con vailes, cuecas y todo el Ejército ardía fuego de entuciasmo y valor desmedidos; esperando la orden para lanzarse al combate...(sic)”*(p.66)

El regreso de la guerra es, en verdad, un movimiento que en la danza de ires y venires del viaje a la guerra, está pautado desde temprano en el texto: “tuvimos que retroceder”, dirá en más de una oportunidad el narrador hasta el momento en que se inicie efectivamente el retorno: *“Emprendimos la contra-marcha, ascendiendo la cuesta escabrosa, que en la mañana habíamos descendido en busca de gloria...”*(p.61) De ahí en adelante, el trayecto será siempre en direcciones aleatorias, sin rumbo cierto, desorientada la tropa por la falta de

informaciones o por las órdenes contradictorias. Se suceden los encuentros con seres solitarios que han perdido a su grupo. La solidaridad es una norma entre connacionales. Birbuet presta su mula a los más cansados, recibe alimento de aldeanos desconocidos y cultiva una amistad especial con el compañero José Valencia con quien charla, ríe y ha hecho un pacto de mutua protección: “...era mi único compañero, con quien habíamos convenido defendernos de cualquier agresión... (sic)” (p.71) La amistad del protagonista con un segundo personaje que comparte con él todas las hazañas está también presente en el relato de Hipólito Gutiérrez, donde el “compadre Sandoval” funciona también como una especie de alter-ego que transforma la primera persona de la experiencia del viaje en un ‘nosotros’ aunque, como el compañero de Birbuet, tampoco tiene voz propia: “Y yo y mi compañero Sandoval tuvimos suerte y felicidad que de ninguno de los dos enfermamos. (sic)” (p.176)

Estas relaciones interpersonales refuerzan la idea del grupo, de la identidad nacional que no es individual sino profundamente colectiva y se integran en la totalidad de la experiencia del viaje que también, a su vez, transforma al sujeto, desplazándolo hacia un universo donde las redes de sentidos se multiplican y al mismo tiempo son parte de la unidad de sentimiento nacional.

## II. Héroes sin nombre: Los Colorados bolivianos.

*“Eran esos héroes a los que conociéndoseles con el nombre genérico de **soldados**, no se les da importancia puesto que salen del montón anónimo y puesto que también en sus hombros no luce ninguna insignia”.*

*Alcides Arguedas, Pisagua.*

Miguel Grau y Arturo Prat son los dos grandes próceres de la Guerra del Pacífico<sup>1</sup>, es decir las dos figuras que los discursos de la guerra fabricaron<sup>2</sup> como héroes centrales. El primero, un almirante peruano que murió a bordo del famoso monitor “Huascar” en la batalla de Punta de Angamos, el 8 de octubre de 1879; y el segundo, el capitán chileno de la fragata “Esmeralda”, que cayera muerto en el combate de Iquique, el 21 de mayo de ese mismo año. El tercer país de la contienda, Bolivia, no parece recordar a ningún gran

---

<sup>1</sup> No son los únicos (están también, entre algunos otros, Cáceres y Bolognesi del Perú) pero las figuras de Grau y de Prat tienen una dimensión emblemática muchísimo mayor.

<sup>2</sup> Uso el verbo fabricar, apoyada en la lectura que Peter Burke realiza con relación a la construcción de la imagen de Luis XIV. Interesante es notar, como lo hace Burke, que el proceso de esa fabricación efectuada por los textos no es cínico; es decir, no se trata de persuadir sobre algo en lo que no se cree sino, al contrario, de enfatizar y exaltar lo que ya es una convicción colectiva. Burke, *A fabricação do rei*, (1992), trad. María Luiza Borges, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1994.

héroe nacional a partir de esta que fue la más trágica de sus guerras<sup>3</sup>. Por el contrario, los hombres de la guerra, para los bolivianos (especialmente para sus dirigentes) lejos de ser enaltecidos por sus virtudes combatientes o estratégicas, son señalados como los primeros enemigos del pueblo, por su responsabilidad en los destinos del conflicto y en las sombrías consecuencias que resultaron en la pérdida definitiva de la oportunidad de obtener una salida al mar. Querejazu Calvo, uno de los historiadores bolivianos más destacados de este siglo se ha detenido sobre el conflicto del Pacífico y también en la Guerra del Chaco<sup>4</sup>, publicando más tarde un estudio comparativo de las dos guerras en que adjudica explícitamente esa responsabilidad a quienes llama “los mandatarios de turno” (Hilarión Daza, el general inepto y corrupto que tomó el poder entre 1876 y 1880; y Narciso Campero débil e inexperto, que no pudo evitar la derrota final)<sup>5</sup>. Bolivia participó, de hecho, en apenas cinco combates: Calama, Tambillo, Pisagua, San Francisco y el Alto de la Alianza y perdió en total menos de 5 000 hombres lo cual, considerando su población total de aproximadamente 1.300.000 habitantes hacia 1879, significó un pequeño porcentaje de pérdida. La actuación boliviana en la guerra se limitó, prácticamente, a mantener sus tropas en alerta para la eventual defensa del territorio peruano pero, cuando la invasión chilena ocurrió de hecho, las milicias bolivianas

---

<sup>3</sup> La figura de Eduardo Abaroa, un civil muerto en la defensa de la Concepción, no llega a tener la envergadura de aquellos dos próceres. En su Historia General de Bolivia, Alcides Arguedas le dedica apenas una elogiosa frase.

<sup>4</sup> Querejazu, Roberto Calvo, Guano Salitre y Sangre. Historia de la Guerra del Pacífico. La Paz, Los Amigos del Libro 1979 y Masamaclay. La Paz, Los Amigos del Libro, respectivamente.

<sup>5</sup> Querejazu, Roberto Calvo, Guerras del Pacífico y del Chaco. Similitudes y diferencias, La Paz, Los Amigos del Libro, 1982; p.14.

estaban ya exhaustas (por la desnutrición y las precarias condiciones económicas) y, por lo tanto, absolutamente incapaces de realizar cualquier movimiento. Para los otros dos países el porcentaje de pérdida de vidas humanas fue significativamente mayor. Pero para Bolivia ésta y la guerra del Chaco (1932) han sido catastróficas en lo que respecta a su configuración territorial. Bolivia fue, en ambos casos, la más drásticamente perjudicada: con la guerra del Pacífico, Chile se apropió definitivamente de todo el desierto de Atacama hasta el norte de la provincia de Tarapacá; y con la otra, Paraguay conquistaría todas sus posesiones en la región selvática del Chaco que le otorgaban acceso fluvial al exterior por el río Paraguay.

Intriga la pregunta sobre esta falta de héroes<sup>6</sup>. O sea, Qué implicaciones tienen estos fracasos bélicos en la estructuración de la nacionalidad boliviana? En especial, la guerra del Pacífico, 57 años después de su independencia? Qué construcciones heroicas le restó elaborar para la afirmación del espíritu de su nacionalidad? De alguna manera, lo que se percibe claramente, al revisar la bibliografía historiográfica y ficcional sobre la Guerra del Pacífico, es que faltan caudillos, grandes personajes que la imaginación histórica y literaria hayan podido configurar como héroes, a partir de los cuales se asentaran las características de una identidad boliviana. No encontramos personajes que, en su singularidad ejemplar, condensen las características enaltecedoras de la nacionalidad boliviana. Al contrario, las figuras de Mariano Melgarejo (el caudillo tirano y déspota que gobernó desde 1865 hasta 1871 y fue asesinado por su yerno en 1872) de Hilarión

---

<sup>6</sup> Eduardo Abaroa, un civil que perdió la vida en la infructuosa defensa de Calama, ha sido elaborado ocasionalmente como mártir boliviano de la guerra. Pero los textos no le dan más que pequeñas y suscintas menciones.

Daza y de Narciso Campero son muestras negativas de la relación de estos personajes con el poder político y militar. El mismo Querejazu Calvo concluye su estudio comparativo, afirmando:

*“Ambas guerras / la del Pacífico y la del Chaco/ han sido las mayores desgracias sufridas por Bolivia a lo largo de su accidentada historia. En ambas fuimos derrotados en la lucha armada y en las negociaciones de la paz, mas no por culpa del pueblo que dio de si todo lo que se le pidió en esfuerzos y sacrificios, sino por deficiencias en la capacidad profesional y el carácter de sus conductores máximos, civiles y militares.”*<sup>7</sup>

Lo interesante es que esta falta de ídolos parece haber sido compensada con la magnificación y exaltación del valor de las masas, del pueblo, de las tropas anónimas bolivianas. Esa fuerza colectiva que tuvo que contraponerse a la inepticia y a la falta de carácter de sus dirigentes, es la que concentra, en su configuración unitaria y globalizadora, el patriotismo de que carecían los jefes militares. Esos jefes militares se destacan como anti-héroes, en oposición a quienes se erige el valor heroico del pueblo martirizado y sacrificado: *“Tocaron llamada y llamada, y el Ejército peruano se agrupaba en parte, pero el boliviano no atendía, por la falta de Jefes, los que, según se opinaba por todos, fueron los primeros en abandonar su puesto y dejar á la tropa que se les confió para la defensa de la integridad de al pátria y si decoro.”*<sup>8</sup>. Las numerosas páginas sobre la guerra del Pacífico (como también sobre la guerra del Chaco) resaltan con vehemencia la estrecha

<sup>7</sup> Ibidem, p. 33.

<sup>8</sup> Birbuet, Miguel España, Recuerdos de la campaña de 1879. (1879), La Paz, Isla, 1986; p.68.

relación entre la nación boliviana (como entidad abstracta) y su pueblo y raza, hasta tomarlos casi equivalentes.

Dentro del panorama general de esta guerra, la construcción del sujeto heroico abarca varios contenidos específicos: los héroes de la guerra del Pacífico son, veremos, peculiares desde varios aspectos. Pero, quizás el más determinante de todos ellos sea el que se gesta en Bolivia, que es ese sujeto plural y anónimo, sin un rostro individual ni una historia particular que, sin embargo, contiene en su condición heroica la imagen de la nacionalidad.

A partir del examen de este sujeto heroico plural, quisiera abordar este capítulo sobre la figura de los héroes en la Guerra del Pacífico. Para ello, me aproximo a un texto escrito por un veterano y ex-combatiente boliviano cuyo relato enfrenta y elabora la tragedia y el infortunio de la derrota boliviana mediante el manejo de la introspección, la reflexión crítica y a través de la incorporación del detalle y de los elementos tradicionalmente marginales en los escritos sobre el Pacífico. Los “Recuerdos” del ex-subteniente Daniel Ballivián muestran la cara cotidiana e íntima de la batalla, pero no sólo eso: la escritura logra abandonar en este texto la grandilocuencia nacionalista que caracterizó a la gran mayoría de los relatos de memorias. No es que el narrador pretenda *ex proposito*, dejar de lado el ufanismo patriótico de la época ni que intente relativizar el sentido de lo heroico; mas bien, paradójicamente, para reforzar esos mismos paradigmas desde la perspectiva de la tragedia y de la derrota, el relato debe inventar ardidés que implican la creación de criterios ambiguos y dialécticos, donde los valores patrióticos trasciendan la contingencia positiva o negativa en que se manifiestan.

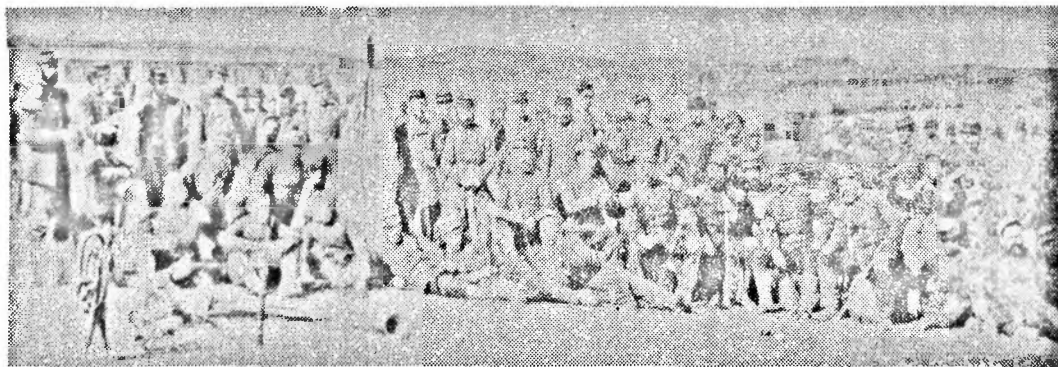


FIG. 1305.—EL CUARTO DE LÍNEA EN ANTOFAGASTA.



De cierta manera, el texto fue mucho más allá de lo que Ballivián jamás pensó escribir. ‘La guerra la cuentan los victoriosos’, la versión del más fuerte prevalece en el canon histórico tradicional. Pero cuando la guerra la cuentan los que pierden, habla el débil, habla el que desestructura y desestabiliza los conceptos con que ese canon se maneja. Esto lo sabe Ballivián, en parte. Es decir, como muchos de los escritores, memorialistas e historiadores peruanos o bolivianos de fin de siglo o hasta la primera mitad del siglo veinte, Ballivián pretende revisar, corregir errores, acercarse a la escritura ‘verdadera’, dentro del concepto tradicional de historia que apostó a un momento de absoluta coincidencia entre el relato histórico y el “hecho verdadero”<sup>9</sup>, si no como una posibilidad concreta, al menos como un objetivo al cual debería dirigirse la “ciencia” de la historia.

La idea de que la mentira, la difamación y la inexactitud historiográficas oscurecen y desvían el *continuum* de la Historia, está presente, de manera constante, en muchos de los discursos del *corpus* sobre la Guerra del Pacífico. La mayoría de los prólogos, advertencias y palabras preliminares que encabezan los textos se inscriben en esta suerte de ‘guerra paralela y letrada’ por la prerrogativa de la verdad. Una verdad que, cuentan esos prólogos, tiene múltiples enemigos y parece estar siempre amenazada, ya sea por la mentira o por la parcialidad. Contra falacias e inexactitudes se alza cada nuevo relato, en un camino que dice ir siempre aproximándose al develamiento de los hechos. Según esta visión positivo-iluminista de la historia, el tiempo es infalible en su justicia y, llegado su momento, las

---

<sup>9</sup> Esta es la corriente decimonónica, heredera de la teoría científicista y objetivista de la historia defendida por Leopold Ranke.

verdades recuperan sus caras extraviadas. Dentro de esta concepción se inscribe la “Advertencia” de Ballivián:

*“Es, pues, para poner término a este error tan difundido dentro y fuera del país -con mengua de la justicia, de la verdad histórica y de la dignidad nacional- al mismo tiempo que para sacar del olvido en que yacen nombres que deberían estar grabados con letras de oro en más de un monumento público, que me he decidido a exumar estos “Recuerdos” y publicarlos...” ( p II.)<sup>10</sup>*

Las Memorias del subteniente boliviano pretenden entonces iluminar la oscuridad en que se encuentra la memoria de los compañeros mártires. Una memoria colectiva<sup>11</sup>. Ese es el objetivo explícito que organiza, de hecho, gran parte de la temática. Pero, retomando la idea inicial, este pequeño texto de Ballivián va más allá de sus propósitos manifiestos. Su narración en primera persona se desvía permanentemente hacia los márgenes, la mirada personal prevalece sobre el panorama y a cada paso surge un detalle, un esbozo de escena que, en su conjunto, condensan valores y sentidos profundos. A partir de lo particular, Ballivián construye una estructura interpretativa que, leída a contrapelo, problematiza determinados presupuestos básicos con que se manejaban sus contemporáneos y gran parte de quienes contaron la historia de la guerra. Conviene advertir aquí que Ballivián no es el único. Están también otros dos bolivianos, Alcides Arguedas con su novela Pisagua, de 1903 y Joaquín Aguirre, con su

---

<sup>10</sup> Ballivián, Daniel, Los Colorados de Bolivia (Recuerdos de un subteniente), Valparaíso, Imp. y Lito. Americana, 1919. Todas las demás citas del texto de Ballivián llevan el número de página entre paréntesis, siguiendo a la cita. Los errores ortográficos de la edición de 1919 serán conservados.

tragicomedia Guano Maldito, ya mucho más reciente, de 1976. Pero ambos autores son escritores de ficción y las memorias de Ballivián tienen un efecto de espontaneidad propio del género: se trata aquí de un narrador que cuenta, en primera persona, sus vivencias tal como las recuerda, sin ningún compromiso con presupuestos literarios de construcción de su historia. Sin embargo, la concatenación estrictamente lineal de la historia se fractura a cada momento con las digresiones impresionistas e intimistas del rememorante y es allí, en esos momentos, en que aparecen los anti-héroes, las mujeres, las dudas que los acosan, el miedo a ser o parecer cobarde, la fragilidad del concepto de valentía, elementos que desconstruyen la arquitectura heroica confeccionada por los discursos tradicionales. Tras sus intenciones explícitas, se descubre el deseo de marcar una lectura gloriosa de los acontecimientos de la guerra, a pesar de ser una guerra perdida; y para ello se le hace necesario desplazar el sistema de valores de sus jerarquías convencionales para recargarlos con nuevas significaciones, debe rescatar todos aquellos elementos que son dejados de lado como insignificantes y realzarlos desde nuevas perspectivas.

La historia transcurre en mayo de 1880, durante la batalla de Tacna, ocasión en que el ejército chileno derrotó a la alianza peruano-boliviana y ocupó luego la ciudad de Tacna, originalmente peruana. Las memorias abarcan exactamente desde el momento en que el ejército boliviano sale de La Paz con destino a Tacna, para reforzar las tropas peruanas que ya se encontraban en la región tras la noticia de que los chilenos pretendían invadirla por la fuerza; y se extienden hasta la ocupación de Tacna. Toda la

---

<sup>11</sup> Como en el manuscrito Recuerdos de campaña de 1879 de Miguel Birbuet que relata el viaje de campaña del Escuadrón Franco Tiradores, citado en el capítulo anterior.

operación duró dos días. Daniel Ballivián era un muchacho paceño de apenas diecisiete años, durante la guerra. Se trata de uno de los poquísimos sobrevivientes bolivianos del episodio de Tacna<sup>12</sup>. En su caso, la suerte fue que, en el último instante, un oficial le ordenó huir en busca de ayuda, a sabiendas de que los que quedaban a esperar no saldrían vivos del ataque chileno. Casi cuarenta años más tarde, Ballivián es ya un veterano de cincuenta y seis años y decide escribir sus memorias de la batalla, bajo el título de Los Colorados de Bolivia (recuerdos de un subteniente), publicado en 1919, en la Imprenta y Litografía Americana de Valparaíso. Fue una edición de dos mil ejemplares financiada por el hermano del autor, y sus lucros estarían destinados a los fondos para la construcción de un albergue para los sobrevivientes de la Guerra del Pacífico.

El libro abre, con un mecanismo bastante curioso, casi un sofisma, que se constituye en un rasgo de estilo a lo largo de toda la narración y que consiste en aproximarse al objeto de interés de modo oblicuo. Para su primer propósito (el de recuperar la imagen positiva del ejército boliviano) comienza resaltando el comentario, según él muy difundido por historiadores chilenos, de que *“los Colorados de Daza se portaron bastante bien en la batalla de Tacna”*. Esta afirmación, que aparece en principio halagadora, sobre todo para el narrador, puesto que él era integrante de dicho batallón, se transforma, mediante la argumentación que desarrolla a seguir, en un vituperio, en un insulto para el resto de las tropas que también estuvo involucrado en la contienda y que, a partir de la omisión, estaría siendo implícitamente menospreciado:

---

<sup>12</sup> También designado la batalla del “Alto de la Alianza”, por los bolivianos.

*"...de tan singular premisa podría resultar, para muchos, que el ejército boliviano -salvo los Colorados que se portaron bastante bien- se habría portado mal, muy mal, pésimamente mal; algo así como se hubiera portado un rebaño de corderos..."(p.1.)*

Una de las ideas que rigen esta lógica es la de la antes mencionada heroicidad colectiva que ha caracterizado a las lecturas bolivianas de su historia. Es decir, en vez de destacar la o las figuras de héroes individuales y condensadores, el objetivo es rescatar a los grupos, a los batallones que, en su calidad de colectivos constituyen el cuerpo de lo nacional y lo heroico. Ballivián proclama, también en la "Advertencia", la necesidad de construir monumentos en memoria de estos batallones.

Varias son las características de estos héroes colectivos que los diferencian de los otros. En primer lugar, la manera cómo son abordados y su carácter absolutamente circunstancial, en el sentido de que el batallón sólo se torna heroico a partir del momento en que todos sus miembros se han dispuesto a formar parte de él. El héroe individual, en cambio, tiene una historia previa, de formación, de predestinación 'ab-ovo'. Stendhal, cuando escribe sus *Mémoires sur Napoléon*, encuentra en Córcega, en el padre Charles Buonaparte y, sobre todo, en el "carácter todo italiano" de la madre Laeticia, los gérmenes heroicos del futuro emperador Napoleón<sup>13</sup>. Michelet, para quien la patria francesa "nació del corazón de una mujer, de su ternura y de sus lágrimas", también va hasta la frontera entre la Lorena y la Champagne a buscar los orígenes del heroísmo de Juana de Arco en su infancia devota: "Todo el mundo le conocía su caridad, su piedad. Veían

---

<sup>13</sup> Stendhal, Napoleão. (1837), São Paulo, Boitempo, 1995.

que era la mejor niña de la aldea”<sup>14</sup>. Las biografías heroicas sobre la Guerra del Pacífico, inspiradas, en su mayoría, en el modelo francés, manejan en abundancia el concepto de la **predestinación divina** y construyen la figura del héroe interpretando cada una de las etapas de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, desde esa perspectiva extraordinaria, en que todo lo que le sucede al héroe está marcado por la diferencia, la extraordinariedad: el héroe no es como el resto de los mortales. Tanto Miguel Grau como Arturo Prat aparecen retratados siempre desde la ‘más tierna infancia’, encaminándose hacia sus destinos marinos y heroicos. A partir de sus lugares de origen se crea en torno a ellos una suerte de leyenda en que todos los elementos, incluso los más nimios, juegan un papel esencial como indicios de su destino heroico. Sus figuras tienen un valor incluso transnacional. Prueba de ello son las cartas que las viudas de ambos reciben en ocasión de sus muertes y las numerosas páginas de elogios que les son otorgadas a ambos por historiadores de uno y otro lado. Lo interesante es que no hay un sólo momento de quiebra, sino que ellos persiguen, desde pequeños, obedientemente, un destino ya trazado. Grau, “*de carácter retraído, insistía en otear con sus ojos soñadoramente melancólicos, la inmensidad del mar que lo atrajo cual canto de sirenas.*”<sup>15</sup> Prat, trasladado desde el sur de Chile a Valparaíso por su tío, cuando tenía apenas un año y medio, recibió su “*bautismo de mar*” y “*de cuando en cuando, el tío sumergía al niño en las aguas del océano durante la navegación.*”<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Michelet, Jules, *Joana D'Arc*. (1841), São Paulo, Imaginário, 1995; p.21.

<sup>15</sup> Lopez Rubio, Sergio, “El almirante Grau” en *Revista Chilena de Historia y Geografía*. N° 155, Santiago, Imp de Carabineros, 1987.

<sup>16</sup> Inostrosa, Jorge, *21 de Mayo de 1979*. Santiago, Gabriela Mistral 1975.

Hay que mencionar aquí otro tipo de héroe que, en esta guerra, es el único que podríamos identificar como más nitidamente americano en oposición a los otros dos, que se aproximan de cerca al padrón europeo. Se trata del caudillo peruano, Andrés Avelino Cáceres, cuya actuación relevante se inicia después de la ocupación de Lima, fecha en que muchas historiografías chilenas ya dan la guerra por terminada. Su heroísmo es de otra naturaleza que la de los dos próceres citados. Cáceres no muere en un acto glorioso, muere de vejez, a los 87 años, mucho después de terminada la guerra, en 1923. Después de una ya larga trayectoria militar y política, inconformado con la ocupación chilena en la costa sur del Perú que se prolongaría por dos años (de 1881 a 1883) y en continuas desavenencias con el gobierno político peruano, organizó grupos, llamados montoneras, de resistencia contra los ejércitos enemigos de ocupación que practicaron durante esos dos años “*la guerra chica*”<sup>17</sup>, guerra de pequeñas guerrillas, emboscadas y asaltos sorpresivos en toda la sierra oriental de las montañas del sur del Perú, llamada La Breña. La región, de difícil acceso y circulación, poblada de acantilados y de caminos muy estrechos, representa el local ideal para organizar estrategias defensivas o de “desgaste”, como él las llama en sus Memorias.<sup>18</sup>:

*“Nuestra campaña consistiría, primeramente, en una apropiada combinación de pequeñas acciones locales; estratagemas, lazos, emboscadas, escaramuzas y golpes de mano, en los que la sorpresa, la rapidez de los movimientos, la astucia, el engaño, la maña y el*

---

<sup>17</sup> Basadre, Jorge, Chile, Perú y Bolivia Independientes. Buenos Aires-Barcelona, Salvat, 1948; p. 494.

*artificio más que la fuerza nos servirían para suplir las desventajas de nuestra inferioridad numérica en hombres y medios de combate.*"<sup>19</sup>

Los ejércitos chilenos de ocupación no tuvieron descanso durante todo ese tiempo. Diego Barros Arana cuenta, en su Historia de la Guerra del Pacífico cómo operaban algunas de esas montoneras: "*Guarecidos...en los cerros, se defendieron arrojando de las alturas grandes cantidades de piedras sobre los soldados chilenos, i luego tomaban la fuga para ir a asilarse en otras alturas, de que a su vez eran desalojados.*"<sup>20</sup> Las líneas montoneras estaban compuestas por civiles dispersos, en su gran mayoría mestizos aldeanos e indígenas que conocían la región como la palma de sus manos. "El brujo de los Andes", como también fue llamado, tenía el poder de aglutinar esos contingentes heterogéneos y, en su mayoría ajenos y marginales a las cuestiones del litigio con Chile, incentivándolos a través de sus discursos en los que también daba demostraciones de su dominio del quechua y otros dialectos regionales indígenas. Cáceres fue en gran medida un héroe por la palabra: "*Es que Cáceres poseía el talismán de hacerse comprender de las multitudes y de arrastrarlas en pos de sí, sin el aliciente de la paga o de remuneración cualquiera; antes bien, con la expectativa de sacrificios, peligros y privaciones...*"<sup>21</sup> La derrota final de las montoneras, en Huamachuco, en julio de 1883, significaría el final de la resistencia peruana y la confirmación de la victoria chilena. Cáceres fue presidente del Perú entre 1886 y 1890. Murió ya consagrado como una gran personalidad

---

<sup>18</sup> Cáceres, Andrés Avelino, La Guerra del 79: sus campañas(1924), Lima, Milla Baltres, 1973.

<sup>19</sup> Ibidem, p. 112.

<sup>20</sup> Barros Arana, Diego, Historia de la guerra del Pacífico. (1881), Santiago, Andrés Bello, 1979; p. 515.



pública, pero su lugar en la historia nacional está marcado por la figura del “Héroe de la Breña”, un héroe de circunstancia, un héroe que, a falta de campo de batalla convencional, lo improvisó en el terreno abrupto y vertical de la sierra y, a falta de un ejército, también lo improvisó reclutando a quien estuviera dispuesto a acompañarlo.

Aunque la forma clásica del héroe predestinado parece dominar dentro del contexto de las novelas históricas de esta época, en Pisagua (1903), la única novela boliviana cuya temática abarca la guerra del Pacífico, Alcides Arguedas construye a su héroe, Alejandro Villarino -dentro de una estructura bastante precaria y salpicada de lugares comunes y de efectos melodramáticos-, exponiéndolo también a una situación límite que lo impulsa al acto heroico. Tras la repentina pérdida de la venerada madre, el “*débil, enfermo de sensibilidad, anémico de alma*”, Villarino ha optado ya por el suicidio cuando, repentinamente, resuelve transformar esa muerte y “*morir en defensa de su patria esclavizada*”. La primera parte de la novela gira en torno a la revolución de 1871, contra el tirano dictador, Melgarejo. Villarino se transforma en héroe a los ojos de todos pero le falta aún la convicción patriótica que alcanzará sólo después cuando, tras su tragedia personal, tras la pérdida de la amada, se incorpore a las filas anónimas de soldados para luchar y morir en la batalla de Pisagua, contra la armada chilena, vociferando “Viva Bolivia!”. Villarino ha transferido el amor por su amada Sara a su amor patriótico.

Tanto el caso del héroe Villarino como el del subteniente Ballivián remiten a la cuestión de la relación entre las esferas de lo público y de lo privado,

---

<sup>21</sup> Paz Soldán, Luis Alayza, *La Breña. 1881*.(1954) Lima, Ecoma, 1979, p.89.

cosa que para el héroe predestinado no se plantea. Grau o Prat son figuras que vinculan ambos aspectos. No hay ningún conflicto entre uno y otro aspecto de sus existencias, al contrario, la vida particular está en relación de perfecta armonía con la acción patriótica, subordinada a ella siempre que sea necesario. Siguiendo con esta argumentación, podemos concluir que para el Héroe Nacional -el Prócer-, la Patria ocupa un primer lugar tan absoluto que ningún otro acontecimiento en su vida puede entrar en conflicto con esa convicción<sup>22</sup>; tanto es así que en tiempos de guerra, la moral religiosa, en vez de oponerse a la violencia y a la muerte, las potencializa y las apadrina<sup>23</sup>. Se trata de figuras moralmente monolíticas.

En este sentido, resulta paradigmático el texto del chileno Jorge Inostrosa, Hidalgos del mar, escrito en ocasión del centenario de la guerra, en cuyo prólogo se lee:

*“El destino, ciego o clarividente, los guió por opuestas rutas del orbe hasta colocarlos frente a frente, en un año y un día prefijados. Ellos, los predestinados, acudieron a la cita, e iluminados por el ideal se*

---

<sup>22</sup> Esta es la idea de Hegel sobre los héroes de la historia, como observa Hayden White: “Os heróis da história são exatamente aqueles cuja crença apaixonada na legitimidade de seus objetivos e interesses particulares é tal que não lhes permite tolerar *qualquer* disparidade entre o que desejam para si mesmos e o que a moral pública e o sistema legal exigem dos homens em geral.” En White, Hayden, Meta-história. (1973), trad. José de Melo, São Paulo, Edusp, 1992; p. 123.

<sup>23</sup> Así lo demuestra Kantorowicz, en su fundamental ensayo “Pro Patria Mori” de 1951, publicado en 1984, junto con otros ensayos, en Mourir pour la Patrie, antes citado. Allí, toda su reflexión parte de la lectura de la carta pastoral del cardenal belga, Mercier, el 24 de diciembre de 1914, donde se lee: “...je n’hésite pas à répondre qu’il ne fait aucun doute que le Christ couronne la valeur militaire, et que la mort chrétiennement acceptée assure au soldat le salut de son âme...”, p. 107.

*presentaron a la hora exacta en el punto escogido, una rompiente de marejadas: Iquique.*<sup>24</sup>

Es importante enfatizar, sin peligro de redundancia, que cuando Bolivia enaltece el aspecto heroico de los que lucharon, lo hace en forma colectiva. Las Memorias de Daniel Ballivián son uno de los muchos textos en que esto aparece nítido. Un caso típico también es La Quinta División de Raúl Murillo y Aliaga, otro texto del centenario, de 1979 que, como su título indica, centraliza el foco de la perspectiva en el famoso batallón de la Quinta División al mando del general Narciso Campero. Allí se hace clara la oposición entre jefes ( Campero y Daza) y cuerpos de soldados bolivianos. Los primeros se enfrentan entre sí por ambiciones de poder y por la adjudicación de las responsabilidades en los desaciertos estratégicos que marcan la gran mayoría de sus decisiones. Los ejércitos, conscientes de la ineficacia de sus dirigentes, tratan , en vano, de tomar iniciativas propias pero, debido a la total dispersión, sus intenciones también se frustran. Las memorias de otro boliviano, Miguel Birbuet España, como ya vimos, adjudican la responsabilidad de la derrota a los jefes que *“lo habia avandonado (sic) á su propia suerte”*. La conclusión de Birbuet es la desoladora afirmación siguiente: *“¡Infeliz siempre será Bolivia rodeada de tanto jefe, estúpido, sin conocimiento en el arte de la guerra, ni en los de la paz! ¡Maldita plaga de langostas que aniquila por completo de la sábia y porvenir de los pueblos!”*<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Inostrosa, Jorge, Hidalgos del mar. ( 2a edición), Santiago, Zig-Zag, 1979; p.9

<sup>25</sup> Publicado por primera vez en 1986, por la Editorial boliviana, ISLA.

Esta situación es absolutamente atípica dentro de la tradición militar más arraigada que proclama la necesidad de jerarquías bien definidas, de obediencia irrestricta por parte de soldados hacia sus superiores y que ciertamente regía también a fines del siglo XIX<sup>26</sup>. El ejército boliviano problematiza ese “espíritu corporativo”, otorgándole una significación extemporánea. El corporativismo se relativiza ya que los primeros agresores a los intereses nacionales son los altos comandos de la nación. La desagregación del ejército boliviano durante la guerra del Pacífico fue agudizándose, a medida que la situación se tornaba más adversa y aumentaba la desinformación y la falta de víveres y de municiones. (Hay que pensar en las consecuencias desestructurantes tuvo para el pueblo boliviano la huida del dictador general Daza a Europa en medio del conflicto, abandonando al país a su suerte). Esa misma fractura del ejército construye, en el nivel de la reflexión sobre la guerra, un modo también inusitado de planteo. Hay una riqueza de matices y de posiciones ambiguas con relación a la nacionalidad y al heroísmo que interesa resaltar.

Podría decirse que el **coraje** y su reverso, la **cobardía**, son los temas principales en estas Memorias, ya que toda la reflexión está siempre girando en torno a la distancia que los separa. El narrador escribe obsesionado por lograr entender donde están los límites y en qué consisten, exactamente, esos dos conceptos. Desde ese eje central se diseñan tenuemente, con frágiles

---

<sup>26</sup> De la Guerra, escrito por el general prusiano Carl Von Clausewitz, en 1820, era el tratado obligatorio de todo ejército nacionalista decimonónico. En el capítulo V, “Virtud Militar de un ejército”, se lee: “Un ejército que (...), orgulloso con sus victorias, no pierde nunca el sentido de la obediencia, el respeto y la confianza de sus

contornos, las figuras del héroe, el anti-héroe, el traidor, el valiente y el cobarde. Esto se hace evidente en la micro-escena de apertura, en que el subteniente observa de cerca y atónito una determinada situación en la que una mujer, una rabona con su hijo a cuestas, demuestra no temerle al agresor y lo enfrenta con gallardía. El valor de ese acto invalida o, por lo menos, torna pueriles todas las demostraciones de valentía del soldado:

*“Todos, oficiales y tropa, comentaban con entusiasmo y admiración la serenidad pasmosa de esa mujer extraordinaria, menos yo que me encontraba a cada momento más y más humillado. “Seguramente”, me decía a mí mismo, no será a esa mujer, a esa miserable rabona a quien consiga deslumbrar con mi denuedo y mis futuras hazañas”*(p.16)

La pregunta con que este narrador se enfrenta es la siguiente: en qué consiste el valor del guerrero, de qué material está hecho. Así como esa escena (que es la primera), hay varias otras que funcionan como núcleos cerrados, en que sus protagonistas (indios, mujeres, viejos, “cobardes”) deconstruyen los rígidos marcos con que se articulan tradicionalmente los conceptos de valentía y de cobardía. Conviene leer más de cerca el desarrollo de este problema por el riquísimo contenido de sus formas.

El relato en primera persona de Ballivián, está estructurado de tal manera que los acontecimientos de la batalla y las digresiones más íntimas van yuxtaponiéndose de modo aparentemente espontáneo en un ritmo suelto y

---

jefes, aun en medio del desastre y de la derrota(..) está imbuido del verdadero espíritu militar.”, Colombia, Labor, 1994, p. 187

dinámico. Mediante este procedimiento, la narrativa se detiene a menudo y sin previo aviso, para entrar en pormenores impresionistas e intimistas que muestran al joven subteniente tropezando a cada momento con la constatación de su propia inexperiencia. *“Todo esto constituía una novedad en extremo interesante para mí, pues, hacia quince meses que pertenecía al ejército y catorce al batallón, a cuyas filas ingresé el 21 de marzo de 1879...”*(p.6) Esa actitud interesada y curiosa es la que caracteriza a este héroe/anti-héroe en formación que todo lo observa con una mirada de recién llegado, poco familiarizado y un tanto asustado con la dinámica de la guerra. De hecho, tras la observación de las rabonas, inserta el episodio de la batalla propiamente dicha, en la cual los Colorados entraron como retaguardia de la artillería peruana. Mientras los cañones peruanos respondían al ataque chileno, el batallón de Ballivián aguarda órdenes superiores, escondido en el fondo de una quebrada. Allí, donde las balas pasan *“zumbando por encima de nuestras cabezas”*, nuestro protagonista (en la memoria nítida del narrador) conoce el miedo. Pero la situación está montada de tal manera que no se trata de un miedo que se explique por las atroces circunstancias que lo circundan sino que -y aquí está la originalidad del relato- Ballivián arma un escenario donde su subjetividad en pánico resalta por el efecto patético que produce. Su miedo contrasta con la euforia colectiva que ha ido apoderándose del resto de la tropa que, mientras aguarda, canta, vocifera, se ríe alegremente y cuenta casos: *“Todos reían, todos charlaban y todo en torno mío era animación y alegría. El único que no despegaba los labios y permanecía taciturno y en silencio era yo.”*(p.7) En contraste con ese desprendimiento espiritual y esa buena disposición del grupo, Ballivián confiesa también el hambre que lo atormenta desde hace días, otorgándole a

su padecimiento un tenor prosaico que poco o nada combina con el clima heroico que la situación demanda. Es importante destacar que no se percibe ninguna pretensión cómica por parte del narrador; por el contrario, estas memorias conservan prodigiosamente la espontaneidad y el frescor en que todo lo dicho tiene una intención desnuda y directa. No hay dobleces ni segundas significaciones en el discurso. El hambre que siente el muchacho es tan genuina que lo lleva a detener su relato con una digresión detallada sobre comidas que su imaginación le trae a la memoria en ese preciso instante en que, agazapado junto a sus compañeros en la quebrada, aguarda el enfrentamiento con las tropas chilenas.

Ballivián va construyendo, por esta vía, un héroe débil, acosado por miedos, recelos y necesidades que van acumulándose, uno tras otro, hasta configurar una compleja red caracterizadora que se aleja del prototipo heroico, pero que conserva los ideales nacionalistas concentrados en el grupo, “el cuerpo del ejército”, por el que la admiración no cesa de crecer. Es en la suma de hombres, oficiales y tropas, que se desarrolla plenamente el sentido patriótico y se potencializa la disposición para el sacrificio y la abnegación<sup>27</sup>. Los Colorados de Ballivián son ese ejemplo de soldados que utilizan “*morriones nuestros, netamente bolivianos, no importados de Alemania*” (léase aquí una alusión a los equipamientos y los armamentos Krupp que abastecieron a los ejércitos chilenos), cuyo uniforme, “*genuinamente nacional*” dispensa lo que él denomina “*la fiebre demolidora de la innovación*”. Esta breve alusión crítica a la participación alemana en la guerra (podemos también pensar en la inglesa) antecede a una discusión que

---

<sup>27</sup> La misma idea está presente, vimos, en los Recuerdos de Campaña, de Manuel Birbuet España.

vendría a ser retomada mucho más tarde por la historiografía y alude a la cuestión de los intereses económicos y estratégicos europeos en los destinos de esta guerra<sup>28</sup>. Esta desconfianza de Ballivián de que la guerra del Pacífico incluía intereses que iban mucho más allá de las fronteras físicas de la región se suma a la serie de desconfianzas y desconstrucciones que su texto practica.

Una de ellas es la que puede leerse de la siguiente manera: a falta de un héroe predestinado para serlo, surge otro tipo de sujeto, integrado en un grupo, que intentará demostrar su valentía y sus atributos heroicos motivado por una circunstancia (en este caso una provocación) que no le deja otra salida.

A partir del momento en que sufre el insulto de ser increpado en público por su falta de bravura frente al peligro, el subteniente se hace a la tarea de construir su imagen de bravo guerrero: *"...sólo sentía una rabiosa necesidad de vengarme y de probar a mis compañeros que yo no era un cobarde. Esta necesidad llegó a convertirse en obsesión dominadora de todas mis facultades."*(p.13) Es interesante notar cómo la opinión del grupo, de la tropa, del conjunto del batallón es fundamental en la constitución de la subjetividad del subteniente. Es decir, una vez probado su valor dentro del conjunto, podrá ser uno más, igual a los demás, anulada su individualidad nuevamente en favor de la causa heroica común.

---

<sup>28</sup> Amayo, Enrique, La Política Británica en la Guerra del Pacífico, Lima, Horizonte, 1988; y también Giesecke, Margarita, "Las clases sociales y los grupos de poder" en Reflexiones en torno a la guerra de 1879, Lima, Centro de Investigación y Capacitación, 1979; p.67: *"...el gran ganador de la guerra de 1879 fue Inglaterra...y los 'grandes' del comercio. Pudieron comprar y explotar sin restricción, control o pérdida alguna, el salitre en dos de sus tantas colonias comerciales: Chile y Perú"*.



El héroe circunstancial, como el que nos ocupa con Ballivián, se debate constantemente con sus dudas éticas y morales. La Patria no es *a priori* una convicción, o por lo menos, no lo es tan fuertemente como para que no entre en conflicto con aspectos de la vida privada, conflicto éste que constituye la fuerza dramática (buena o mala) de estos relatos. Sin duda, en conformidad con la estructura ideológica de la época, triunfará siempre el patriotismo pero en estos casos, en el trayecto se vislumbran ambigüedades e incongruencias que debilitan, o al menos problematizan, la ideología nacionalista, incluso dividiéndola en más de una. Ballivián tropieza en varias oportunidades con obstáculos que van desde el hambre: “*Y es que a los diecisiete años se está siempre con apetito y yo tenía un hambre devoradora*”(p.8), a lo que él mismo definirá más adelante como “*las susceptibilidades de su amor propio*”(p.17).

El episodio por el cual se ha puesto en duda el coraje de Ballivián consiste en un pequeño gesto que, a lo largo de la narración, volverá a ser reinterpretado varias veces e irá cobrando nuevos sentidos. Para protegerse de un fragmento de granada que venía en su dirección, el subteniente Ballivián esconde instintivamente la cabeza detrás del cuello de su caballo. Observándolo, uno de los compañeros objeta en voz alta: “*No le haga, desde ya, quites a una bala, mi teniente, porque luego tendrá que hacerles a las muchas que han de pasar por su cabeza.*”(p.9) Para Ballivián el episodio funciona en ese primer momento como una especie de condena, en que su culpabilidad ha sido sancionada por unanimidad, incluso por él mismo que trata, al principio, de justificar el miedo como un acto instintivo: “*Yo, en realidad, no había agachado la cabeza por miedo al casco de granada. No*

*alcancé a darme cuenta de que lo que pasó rozandome la oreja y haciendo un ruido antipático, era la muerte. No estaba familiarizado con ese ruido porque no lo había oído nunca.*”(p.14) Pero, poco a poco, el tamaño de la culpa y, sobre todo, la naturaleza de la misma, van adoptando significados más complejos. Hay que seguir, paso a paso, ese trayecto porque es allí donde este narrador rememorante revela ser más perspicaz y lúcido de lo que aparenta y le hace una zancadilla a la convención.

Lo que sigue al episodio de la humillación en el orden de la narrativa es la sensación reconfortante que provoca en Ballivián la mirada de su superior, el mayor Juan Reyes:

*“Casi analfabeto,-apenas sabía leer y escasamente firmarse,- había conquistado uno a uno sus galones desde soldado raso, ...De un valor sereno hasta la temeridad, estaba, no obstante, dotado de una benevolencia rayana en la debilidad. Era tan manso su aspecto, tan bondadosa su palabra, que sus gestos de energía para castigar una falta, resultaban deliciosamente cómicos. Parco de palabras, sólo daba su opinión cuando se veía obligado a hacerlo. Físicamente considerado, el mayor Reyes distaba mucho de ser el tipo ideal del militar...”*(p.10)

En la detallada descripción de este “indio de pura sangre” -que pese a su analfabetismo y su “benevolencia rayana en la debilidad” había conquistado el respeto de todos, llegando al grado de comandante de la compañía- puede leerse en entrelíneas que el valor y la cobardía son conceptos relativos. Es más, este mismo sujeto le propicia esa mirada francamente cómplice y comprensiva, con lo cual Ballivián prueba contar con un aliado, un aliado que es consagradamente un héroe y entiende que en el gesto instintivo del

joven teniente hay matices que evaluar. El inferior, humilla; el superior, enaltece.

El indio Juan Reyes es el primero de la galería de bravos. Como ya mencionamos, la narrativa resalta en él su origen humilde y analfabeto, contrastándolo con su status actual de comandante de la compañía. En el texto son dos los personajes indios destacados por su coraje (el otro es el tercer jefe, Zenón Ramirez). De los tres países envueltos en el conflicto, el único que no contaba con indios en sus filas era Chile, cuya población mapuche (la poca que resistió al exterminio español) nunca aceptó integrarse política, económica ni culturalmente y se mantuvo localizada en el sur del país. Los soldados chilenos eran, en su gran mayoría, mestizos y criollos. Pero tanto en la literatura boliviana como en la peruana<sup>29</sup> sobre la guerra la presencia indígena es bastante frecuente<sup>30</sup>. El indio aparece como elemento constitutivo fundamental en las llamadas **montoneras** de la resistencia organizada por el general peruano Cáceres, entre 1881 y 1883. Su presencia trae consigo toda una historia anterior a la guerra que se actualiza en el instante en que se hace necesario diferenciarlo del resto de los combatientes: *“...al iniciarse la Guerra del Pacífico, esos hombres que no habían recibido nada de la Patria, bien pudieron excusarse de servirla; y sin embargo no*

---

<sup>29</sup> En su libro de relatos sobre la Guerra del Pacífico, Mario Luna desarrolla una aguda digresión inicial sobre la penosa condición social y económica de los indios desde la Colonia, encabezando su historia titulada justamente “El indio”, en op.cit. , pp.117-122.

<sup>30</sup> Según Jorge Basadre, esta diferencia de los ejércitos chilenos en relación a los aliados es uno de los elementos que determinaron su victoria. Su argumento es que los indios, en su mayoría, no conocían el idioma ni la causa por la que combatían. In Chile, Perú y Bolivia Independientes. Buenos Aires-Barcelona, Salvat, 1948; p 463.

*sólo no lo hicieron, sino que muchos de ellos dieron su vida con el mismo valor ...*<sup>31</sup>

Para el indio, una posibilidad de integración a la comunidad de la cual ha sido excluido desde la colonización, es ir a la guerra. Sus actos heroicos le valen el reconocimiento de la nación y un lugar en la historia de la guerra. Puede ser el caso de Albino Huamán y de Antonio Huamán<sup>32</sup> (significativo es que ambos personajes indígenas, de dos novelas y autores distintos, tengan ese mismo apellido). El primero, será el protagonista de una emboscada sigilosa preparada por una montonera del general Cáceres a un campamento chileno: *"tiene varios siglos de lucha y penas a la espalda. Lampiño y enjuto, sentado en cuclillas a la puerta de su choza rumia sus pocas ideas, entre puñado y puñado de coca."*<sup>33</sup> Sus gestos son felinos (*"se desliza silencioso como un puma"*), en la breña peruana es un ser completamente ambientado, parte integrante de la accidentada geografía del lugar y habituado a lidiar con su flora y su fauna. La guerra lo sorprende en su habitat natural, donde vive aislado con la mujer *"Su mundo es sólo su chacra de maíz y su choza. Nunca ha peleado y nunca ha pensado que tuviera que hacerlo."*<sup>34</sup> Expuesto a la repentina destrucción de todas sus estructuras familiares, su salida a la guerra con los hombres de Cáceres aparece como el único camino a seguir. Su heroicidad es absolutamente

---

<sup>31</sup> Luna, Mario, "El indio" en *Héroes sin Nombre*, Lima, Grafital, 1979; pp. 117-122. Luna realiza aquí, con motivo del centenario de la guerra, una adaptación modernizada de los *Episodios Nacionales de la Guerra del Pacífico (1879-1883)*, publicados inicialmente entre 1900-1903.

<sup>32</sup> En quechua, Huamán corresponde a 'waman', que significa halcón, el ave sagaz, rápida y antiguamente considerada noble por alimentarse de lo que caza. In *Enciclopedia Universal Ilustrada*, vol. 27, Madrid, Espasa-Calpe, 1925; p. 554.

<sup>33</sup> Gagua, Eduardo, *Almas de Temple*, Lima, Ausonia, 1960; p.94.

<sup>34</sup> *Ibidem*.

circunstancial<sup>35</sup>. El segundo, Antonio Huamán, otro hermitaño que “*junto a su anciana madre no eran sino dos indios desconocidos, dos átomos, dos imperceptibles moléculas más en aquel universo de seres humillados y explotados por el sistema social imperante*”<sup>36</sup>, demuestra el valor, que en el caso del indígena, viene acoplado a su raza. Es decir, no es como en el caso del criollo, cuyo valor sorprende como rasgo excepcional. La narrativa patriótica integra al indio a la nación a través de la valoración de las cualidades que le adjudica a su raza (resistencia, valor, sobriedad). Antonio Huamán sacrifica la vida de su madre y la suya para guardar el secreto del paradero de los hombres del general Cáceres. El sentido del bien y de la preservación de la colectividad está por sobre los valores personales en la concepción indígena del grupo, y esto sorprende al blanco. Hábitos y costumbres también marcados por el estatuto de la diferencia pasan, a través de la guerra, a incorporarse también de una cultura a la otra. Es el caso de la coca que los indios manipulan y utilizan desde siglos y que las tropas en la guerra consumieron con el charque (carne de sol) para mantener las energías: “*Los oficiales, especialmente los costeños, que no chacchaban, apelaban a la hoja socorrida para tomarla en infusión; y así, diluída, sentían sus efectos reconfortantes.*”<sup>37</sup>

Caso particular y diferente, es el de las comunidades chinas que el Perú había importado para el trabajo esclavo de la extracción del guano. Si la guerra representa para el indio su definitiva incorporación a la comunidad

---

<sup>35</sup> El pueblo indígena estaba tan ajeno al conflicto como a las causas del mismo que: “*Se ha dicho que al principio creyeron ciertos indios que se trataba de una revolución del general Chile contra el general Perú.*” In Basadre, *op.cit.*, p. 463.

<sup>36</sup> Luna, Mario, *op.cit.*, p. 118.

<sup>37</sup> Paz Soldán, *op.cit.*, p. 92.

nacional, por lo menos a través del reconocimiento literario e histórico, para el chino representa la posibilidad de liberarse definitivamente de la opresión. Con la entrada de los chilenos en el Perú, los chinos vislumbran perspectivas de cambio para su situación. Su papel es el de extranjeros en relación a todos los involucrados en el litigio. Su participación en la guerra, revela las tretas que el débil es capaz de efectuar para vengarse del más fuerte que lo subyuga -en este caso el blanco y el mestizo peruano- estableciendo alianzas con el enemigo chileno, utilizando los únicos medios de que dispone, :

*“...Verdad es que los chinos habían vinculado al éxito de nuestra causa (la de los chilenos), seguro para su malicia, las esperanzas de una redención general y de un ansiado desquite que se dejaba entrever con todos los rencores y crueldades de que son capaces los débiles..”<sup>38</sup>*

En el texto de Ballivián, a pesar del gesto conciliador del indio Juan Reyes, el protagonista continúa absolutamente obcecado por el objetivo de probar, a toda costa, su hombría para el resto de los compañeros. El narrador se encarga de otorgarle a dicha obsesión un carácter patético/cómico al narrar las posibilidades con que el subteniente sueña despierto para lograr el desagravio. La cuestión de la prueba del valor va adquiriendo, mediante la sutil destreza de ese narrador rememorante, una significación menos profunda, relativa y circunstancial: *“Cómo habría de ser tan desgraciado que no encontrara allí, en cualquier parte, una bandera que arrebatar al enemigo? Y si conquistara un cañón? No encontraría, por último algún cobarde a quien alentar con mi ejemplo; alguien a quien infundirle brios señalándole, con mi espada levantada en alto, el camino de*

---

<sup>38</sup> Riquelme, Daniel op.cit., p. 69.

*la victoria? ...*”(p.13) La originalidad de este procedimiento narrativo, comparado con los demás relatos de memorias, radica justamente en ese movimiento contradictorio con que se maneja la conciencia rememorante, que oscila constantemente entre la intención de enaltecer los méritos militares del joven teniente y la necesidad moral de mantenerse fiel a los acontecimientos no tan meritorios que marcaron su proceso de maduración. En esa dinámica es donde el peso de los conceptos heroicos (valentía, altivez, persistencia, bondad, etc...) sufre tropiezos ya que esta estructura de *bildungsroman* penetra en los meandros del inconsciente del personaje para mostrar su debilidad inicial, su incipiente consistencia moral y ética. Es decir, para Daniel Ballivián, escritor maduro y ex-combatiente, todo ese arsenal de sentimientos heroicos se ha transformado en sólido y monolítico - como demuestra claramente en su ‘Introducción’-: *“Motivo de inefable orgullo es, para mí, haber pertenecido al batallón ‘Alianza I de Bolivia, alias ‘Colorados’ y haber defendido, combatiendo en sus filas, la integridad territorial y la honra del país en que nací, porque este solo hecho-a falta de otros más meritorios- justifica ya, ante mi fuero interno, la razón de mi existencia.”*(p.II.) Pero la prosa que elabora para ligar pasado y presente cobra independencia en determinados momentos, logrando que las posibilidades de lectura vayan más allá de los límites prefigurados y provoquen ese resultado de contradictoria riqueza.

El momento del desagravio es, en este sentido, de una interesante complejidad. Mientras la guerra continúa en pleno fragor, la batalla interna de Ballivián roba la escena de la narrativa. A partir del momento en que fuera sorprendido quitando el cuerpo a un proyectil, el joven teniente sueña despierto con la oportunidad de poner de manifiesto su valentía mediante

algún acto glorioso que lo destaque frente al resto del batallón. Lo notable es que ese acto -sin perder para él ningún mérito- queda reducido a una respuesta verbal a quien antes lo había increpado con la frase irónica (“*no le haga quites a una bala, mi teniente, porque luego tendrá que hacerles a las muchas que han de pasar por su cabeza.*”). La respuesta de Ballivián consiste simplemente en la negativa a un trago de coñac que el mismo teniente Córdova (sic) le ofrece una o dos horas más tarde. Dicho ‘duelo verbal’ tiene dentro de la economía del texto la significación de una guerra de palabras llevada a cabo dentro de la otra guerra, la factual:

*“-Gracias, mi teniente, los bolivianos no necesitamos beber alcohol para morir por la Patria, y si ahora me llega el turno, me verá Ud. morir a sangre fría y con la cabeza despejada.”*(p.19)

La mención a la nacionalidad boliviana alude a que el otro es argentino, lo cual plantea otra cuestión problemáticamente elaborada en el texto: la de los límites de identificación del grupo de combatientes que desencadena la delicada oposición entre lo nacional y lo extranjero.

El gobierno argentino nunca aceptó entrar de modo oficial en la alianza firmada en 1873 contra Chile, a pesar de la asumida “antipatía generalizada hacia Chile”<sup>39</sup> y a pesar de los múltiples esfuerzos que diplomáticos peruanos y bolivianos desplegaron en ese sentido. Para Argentina, a la cuestión limítrofe con Chile, tanto en la Patagonia como en el Estrecho de Magallanes, se sumaba una situación poco clara aún con Brasil en relación al territorio de Misiones. Brasil era y seguía siendo un aliado histórico de Chile. No convenía, por lo tanto, exponerse a enfrentarlos a ambos por un

---

<sup>39</sup> Vidaurreta, Alicia, “Argentina y la Guerra del Pacífico”, en *Revista de Indias*, Buenos Aires, 1985, N° 175; p. 146.



asunto que a Argentina no le afectaba en forma directa. Los cuerpos de argentinos aislados que participaron en las batallas lo hicieron de manera espontánea e independiente.

El teniente Córdova es uno de esos simpatizantes “-*asimilado dias antes al batallón- que había venido de Tucumán, su ciudad natal, como vinieron Mármol y otros militares argentinos a ofrecer sus servicios a la alianza Perú-boliviana...*”(p.5) Aunque aliado al grupo, es también un otro, y esa diferencia salta como pólvora al menor descuido. La cuestión de la diferencia nacional entre argentinos y bolivianos (o chilenos o peruanos o colombianos, poco importa) es interesante porque apunta a aspectos más profundos y arraigados que la mera delimitación territorial de sus pueblos (que es, por lo demás, demasiado reciente en esa época). Leyendo a Hannah Arendt, en *Orígenes del Totalitarismo*<sup>40</sup>, es posible pensar que lo que ocurrió en Latinoamérica ha sido similar a lo que se dio en la Europa de la primera mitad del siglo XIX -progresista y positivista: en lo que se refiere específicamente a este problema, “*politicamente, não importa que Deus ou a natureza venham a constituir a origem de um povo; num caso ou no outro, por mais elevadas que sejam suas reivindicações, os povos se transformam em espécies animais, de modo que um russo parece tão diferente de um alemão quanto um lobo difere de uma raposa.*”<sup>41</sup>

Por un lado existe la identificación del extranjero/enemigo contra el cual se libra la guerra; y por el otro, se perfila la figura de ese otro extranjero/aliado, frente al cual los sentimientos e ideologías nacionalistas se

<sup>40</sup> Arendt, Hannah, *Orígenes do Totalitarismo*. (1949), trad. Roberto Raposo, São Paulo, Cia. das Letras, 1989.

<sup>41</sup> Arendt, *op.cit.*, p.266.

confunden. En un artículo altamente polémico e instigante, Etienne Balibar sostiene que la relación entre nación y nacionalismo opone una “realidad” (la nación) a una “ideología” (el nacionalismo) y que esta relación, percibida en forma diferente por unos y otros, moviliza una serie de cuestiones oscuras, como por ejemplo: si la ideología nacionalista es reflejo de la existencia (necesaria o circunstancial) de las naciones; o si, por el contrario, las naciones se constituyen a partir de las ideologías nacionalistas; y, lo que implica las dos cuestiones anteriores, si por “nación” debemos entender un estado o una sociedad (formación social).<sup>42</sup>

El relato de Ballivián, mediante los vaivenes psicológicos de su protagonista, pone en evidencia la fragilidad de esas cuestiones. En un principio, el argentino Córdova es execrado y considerado uno de aquellos que *“ofrecieron sus servicios a la alianza, no tanto por amor a Bolivia como por odio a Chile y a los chilenos, según se desprende de las publicaciones que algunos de ellos hicieron después...”*(p.5); pero cuando ya el episodio ha

sido superado, lo vemos descrito con despliegue de gentileza, como *“el denodado Córdova, que tal resultó ser este joven que tan malos ratos me hiciera pasar dos horas antes. Todos están fuertemente abrazados y agitan en alto sus kepies lanzando vivas a Bolivia y a la Alianza.”*(p.28)

El texto de Ballivián es, en este sentido, ejemplar ya que la contradicción entre el narrador y el protagonista juvenil, vimos, está en la base de la

---

<sup>42</sup> Balibar, Etienne, “Racisme et nationalisme” en *Race, Nation, Classe: les identités ambiguës*. Paris, La Découverte, 1988; pp.54-92.

cuestión de lo nacional. La narración sugiere además que por detrás de las convicciones nacionalistas y patrióticas hay ciertos aspectos circunstanciales, puramente emocionales e inconscientes que influyen en los cambios radicales de puntos de vistas y opiniones. Córdova se diferencia del resto al comienzo del relato, como un extranjero, un otro, principalmente porque a él le atribuye el narrador la responsabilidad de su deshonra frente al resto de los camaradas. Tras el desagravio, cuando Ballivián recupera la admiración de todos, Córdova pasa a ser “el bravo militar argentino”, “simpático y ocurrente”, un aliado, uno más entre todos.

Aquí entra con fuerza el tema del héroe colectivo y anónimo. Su identidad está muy marcada por la sanción positiva que obtenga del grupo al que pertenece. No se trata de una figura aislada sino que está vinculada a su regimiento, batallón, tropa, etc. Y la cuestión del coraje se replantea ahora, desde ese prisma colectivo. En el fondo, lo que más llama la atención en este punto del texto es el relativismo con que trabaja en las entrelíneas. Una vez que el diálogo entre el subteniente Ballivián y Córdova se cierra con la respuesta del primero, el grupo acepta y aplaude el desagravio:

*“Mi breve discurso fue saludado por el grupo que me rodeaba con un !bravo! general, denunciador elocuente del agrado que les ocasionaba verme volver por mis fueros de soldado pundonoroso. A la exclamación de aplauso agregáronse otras de viva simpatía, al mismo tiempo que me miraban con el cariño con que se mira a la persona querida que se creía perdida y a quien, una casualidad providencial, nos la devuelve en forma inesperada.”(p.19)*

Lo curioso es que, tratándose de un relato de guerra, la prueba del valor se realiza a través del lenguaje (“mi breve discurso”) y la palabra, como promesa de coraje, es suficiente para la obtención de la aprobación de todos. De hecho, Ballivián no llega a participar efectivamente en la batalla y su contribución queda reducida al mero acto de cederle el caballo a un herido durante la retirada final hacia Tacna. El acto valeroso se torna dispensable por la disposición anímica que se revela en las palabras que implican un compromiso asumido de “morir a sangre fría y con la cabeza despejada”. Esa disponibilidad para la muerte que, según el código con que se maneja Ballivián, todo soldado en el batallón debe manifestar parece ser la premisa de valor suficiente. Los pequeños miedos y recelos que cada individuo padece en la intimidad no maculan esa disponibilidad.

Resulta interesante notar que por detrás de estas hipótesis hay una teoría sobre el heroísmo diferente de la ortodoxa. Es decir, el hecho heroico es una mera circunstancia en que el valor de uno u otro valiente puede manifestarse. Toda la segunda parte del texto está fuertemente marcada por esta idea que se repite de diversas maneras: *“ya no aspiraba a convertirme en héroe porque ya nadie me creía un cobarde.”* (p.21); o *“Cada vez me iba convenciendo más y más de que el oficio de bravucón resultaba algo difícil de practicarse entre esta gente.”*(p.25) La fuerza de lo colectivo va siendo transformada en real protagonista del texto de Ballivián: *“los Colorados vuelven a avivar la hoguera con el aliento de su heroísmo legendario: con el aliento del heroísmo boliviano...”*(p.28)

Para recapitular, lo que Ballivián propone es: primero, que la valentía del soldado tiene que ver con su predisposición para la muerte; segundo, que los miedos y recelos individuales no disminuyen el tamaño del

coraje; tercero, que ese coraje puede ser probado con palabras o con pequeños gestos; cuarto, que el acto heroico es fortuito, circunstancial (por lo tanto, que el héroe es también circunstancial) y quinto, que el verdadero héroe nacional es colectivo<sup>43</sup>.

Una verdadera galería de tipos heroicos, distribuida estratégicamente a lo largo del texto, construye, sedimenta y complementa esta idea del heroísmo colectivo y anónimo. Dentro del grupo, esos personajes se destacan en forma esporádica como relámpagos que destellan y luego vuelven a apagarse, incorporándose al conjunto que entonces capitaliza en su pluralidad todas las características del conjunto. Frente a ellos, el relato enfatiza y refuerza la idea de que una prueba de valor concreta carece de sentido: *“Cada vez me iba convenciendo más y más de que el oficio de bravucón resultaba algo difícil entre esta gente.”* (25).

La relativización del concepto de coraje es uno de los trayectos de esta narrativa. A lo largo de la trama se deshacen los nudos tradicionalmente ligados al tema del valor heroico, se invierten, se subvierten, se dislocan. La intrépida rabona del sargento Olaguibel, por ejemplo, que abre la serie de micro-escenas heroicas, no es parte del regimiento; esto llama la atención sobre otro aspecto del coraje que, a pesar de obvio tiene una importancia especial. Esa escena inicial (retomada varias veces durante la narrativa) extiende hasta más allá de los límites estrictamente militares las posibilidades de lo heroico. Lo que se observa en el gesto de la rabona es una profunda resignación con la situación de la guerra y con la posibilidad de la muerte. Para Ballivián como para muchos otros, el

---

<sup>43</sup> Debe aclararse aquí que esta afirmación sirve solamente para la Guerra nacionalista decimonónica y que no hay ninguna idea populista implicada.

espíritu heroico reside también en quienes no van a la guerra pero propician con su actitud las condiciones de retaguardia para el desarrollo de la guerra. Es decir, en el discurso nacional y patriótico son héroes también aquellos que se quedan y que despiden a sus familiares sin quejas, participantes silenciosos. Ballivián describe más adelante, ya hacia el final del relato, el episodio de su partida para la guerra. Otra mujer, en este caso su abuela, le da el adiós y en ese acto está retratada la imagen de quien se desprende de sus intereses personales por los intereses colectivos de la patria, dejando de lado su papel de “madre dolorosa” para asumir el de “madre boliviana”. Sus palabras sintetizan ese pasaje que va de los amores privados a los públicos: “*Haces bien; ese es tu deber. Cúmplelo con abnegación y entereza, y defiende a tu patria como la defendieron tus mayores. Tu abuelo la defendió con la espada; tu padre con la palabra y la pluma*”<sup>44</sup>; *ahora tú, hijo de mi alma, defiéndela como puedas!*”(p.42) En el contexto de la guerra decimonónica, el papel de la mujer/madre/abuela es el de perpetuar y transmitir los valores patrióticos dentro de la cultura nacional. En ello consiste sus valores heroicos. El otro está en el frente, con las rabonas, como se verá más adelante.

Los acontecimientos de la batalla concluyen al final de la quinta parte del texto. Las dos partes siguientes, introducidas por el lamento “*A pesar de tanto derroche de abnegación y de heroísmo, la batalla está*

---

<sup>44</sup> Tres presidentes bolivianos y una serie de políticos destacados pertenecen a la familia Ballivián. Los dos parientes mencionados son, respectivamente, el presidente José Ballivián y el geógrafo y político Manuel Vicente Ballivián.

*perdida...! ¡Pobre patria mía! ¡Pobre Bolivia!!*"(p.33) , cuentan la llegada de Ballivián a Tacna y describen dos episodios que tienen lugar al día siguiente de su llegada a la ciudad que ya ha sido tomada por los chilenos. Estos dos acontecimientos cierran perfectamente el círculo temático ya que retoman, por un lado, la cuestión de la recuperación de la imagen del ejército boliviano que se había postulado en la Advertencia como objetivo principal y, por el otro, el tema del lugar del heroísmo nacional. Ambos episodios finales presentan matices que vale la pena examinar.

En primer lugar, la cuestión de los falsos y de los verdaderos héroes nacionales, cuestión esa que para los bolivianos es recurrente y que está relacionada con un modo binario de concebir el heroísmo nacional. Hay una historia oficial en la que se destacan los nombres y apellidos de los personajes que, de una u otra manera, han ejercido el poder y han dirigido los destinos nacionales. Esos son para Ballivián ( para Querazu Calvo, y para muchos otros) los falsos héroes nacionales, "*aquel manojito de gandules galoneados, los héroes de nuestras guerras civiles; los protagonistas de nuestras luchas fratricidas. Maestros en el arte de sobornar sargentos corrompidos y borrachos, y valientes para asaltar cuerpos de guardias desarmados*"(p.35). Ejemplos ilustres son el terrible Mariano Melgarejo (dictador entre 1865 y 1872) e Hilarión Daza (dictador entre 1876 y 1879) durante cuyo mandato estalló la guerra con Chile y que huyó, abandonando al país en medio del conflicto. Los verdaderos héroes nacionales están en la multitud anónima de los ejércitos nacionales que, con su heroísmo cotidiano, marcan un lugar de

resistencia contra la inminente derrota y contra los abusos e ineptias de sus mismos gobernantes.

Que había intereses económicos implicados en el litigio central de la guerra del Pacífico es un hecho. Resulta interesante recordar que hasta poco antes del conflicto las élites bolivianas, chilenas y peruanas se habían educado juntas en Europa, en Chile o en Perú y convivían armónicamente, (dentro de lo que podía ser armónico en tiempos de bastante turbulencia política y de constitución de los estados-nacionales) en un círculo social restringido a sus privilegios y prerrogativas mutuos. La expansión del mercado marítimo inglés era esperada por los tres países con entusiasmo y se sabía que el capital venido de ultramar buscaría un puerto seguro y tranquilo donde expandirse. Todo esto explica porqué en Bolivia (así como en Chile y en Perú) un gran segmento de esa élite estuviera interesada en recuperar la paz de la región cuanto antes. Los ‘chilenófilos’, como los denomina en su texto Ballivián, pensaban que el fin inmediato del conflicto era el primer paso para recuperar la tranquilidad económica.

Son esos ‘chilenófilos’ quienes están reunidos en la escena final en una amena velada de homenaje a tres prisioneros chilenos recién liberados, durante la cual bolivianos y chilenos intercambian discursos de elogios mutuos que para Ballivián no tienen otro sentido que el de la traición. De qué otra manera podría entenderse la actitud complaciente de quienes acabaron de sufrir una espantosa derrota? Y lo peor, dónde quedan entonces los actos heroicos de tantos que él mismo ha visto morir?

*“Salí de la casa solariega como un ebrio. Experimentaba una sensación de malestar indefinible: la sensación insoportable de*



*quien se encuentra sólo y aislado en su propia patria. Acababa de oír brindar por 'el glorioso ejército' que nos había vencido y consumado nuestra clausura - ¡sabe Dios hasta cuando!- en las breñas de los Andes a gentes nacidas como yo en esa tierra boliviana, en cuya defensa miles de nuestros hermanos rindieran la vida algunas semanas antes..."(p.40)*

Es interesante notar cómo en dicha escena -fecha en Tacna de 1880- se enfrentan un nacionalismo pragmático y mercantilista en franco proceso de expansión desde la revolución industrial con un patriotismo romántico entrando en su fase de decadencia final<sup>45</sup>. Como dice Hobsbawm, en *The Age of Empire*, de 1987, introduciendo su capítulo sobre nacionalismos, hacia fin del siglo XIX surgía (sobre todo en Europa, que es el foco central de su libro) una serie de mutaciones dentro del nacionalismo político, mutaciones éstas que tendrían profundas consecuencias para el siglo veinte.<sup>46</sup> Aunque en América Latina el desarrollo posterior de los conflictos nacionalistas no sería tan complejo como en Europa y en el mundo islámico, también aquí algo estaba cambiando de forma profunda dentro del espíritu de los hombres latinoamericanos de fines del siglo XIX. Este es uno de los pocos textos finiseculares sobre la guerra del Pacífico en que este conflicto de transición aparece planteado de una manera tan evidente. Ballivián,

---

<sup>45</sup> En la conclusión a su artículo "Pro Patria Mori", Kantorowicz habla con cierta melancolía de la desaparición de un tipo de patriotismo que se extinguirá definitivamente después de la segunda guerra mundial. Sus palabras pueden sumarse a las de Ballivián: "...la mort du soldat au combat était un vrai sacrifice qui -avec ou sans récompense dans l'au-delà- conférerait un ultime éclat de noblesse à la victime". In *Op.cit.*:p.141.

<sup>46</sup> Hobsbawm E. J., *The Age of Empire 1875-1914*. (1987), London, Abacus, 1995; p.144.

siempre con su intención edificadora y patriótica ( y en este caso, también y sobre todo de denuncia) muestra en su relato la presencia de espíritus - políticos y militares- que, a pesar de ser contemporáneos y compatriotas, conciben de modo fundamentalmente diferente el presente y el futuro, sustituyendo discursos de arenga patriótica por otros influenciados en forma nítida por cuestiones de políticas económicas internacionales. Para Ballivián esto resulta intolerable. Su fidelidad a la patria es romántica; vida y muerte se involucran como en un pacto de amor que ha ido impregnando el ser íntimo de los hombres desde principios de siglo, en los espacios privados, en los espacios de la primacía femenina.

Ballivián, vimos, recuerda que es en el regazo de la abuela donde, desde muy pequeño, aprendió *“a balbucear , no sé si antes o después que el de Dios, el nombre de la patria”*(p.41). Es esa *“guardadora de reliquias venerandas”* quien le ha transmitido el fervor patriótico y quien le ha enseñado el carácter subordinado y relativo que tiene la vida privada en relación a los asuntos públicos, cuando de guerra se trata. Las mujeres enseñaban a sus hombres (esposos, hijos, hermanos) una idea de patria como siendo otra entidad femenina a quien se debía defender hasta dar la vida por ella: *“de bruces, besándola...en ademán de estrecharla en mortal abrazo y como si quisieran defenderla, aún después de muertos, formando con sus cuerpos ensangrentados, una barrera infranqueable al avance del enemigo”*(p.27). La imagen del beso y del abrazo mortales al suelo patrio es recurrente en la retórica de la guerra. Remiten a una erótica y a una estética fecundas en que la sangre, las heridas, la tierra, las banderas ondulantes sobre los campos sembrados de cuerpos inertes componen escenarios donde la muerte es aclamada con oxímorons eufóricos.

La imagen de la Patria tiene, de hecho, marcas femeninas: “la dulce”, “la amada”, “la venerada”, posee simultáneamente cualidades de amante y de madre, “la que padece al ver morir a sus hijos”. Dentro de la ideología patriótica, el sujeto da la vida por su país sin dudar frente al sacrificio y al dolor. Entre el cuerpo del valiente y el de su patria amada se realiza una simbiosis amorosa simbólicamente perfecta. La muerte heroica y la sangre derramada fertilizan a la tierra y el fruto de ese acto, en que la patria y sus amantes/hijos se integran en una unidad, es la futura nación: “...*algunos soldados habían caído de bruces e inmóviles y rígidos parecían besar el suelo que habían defendido...*”<sup>47</sup>

La participación efectiva de la mujer en la guerra (a pesar de estadísticamente insignificante) está testimoniada por la presencia de las cantineras o rabonas, mujeres jóvenes que se dedicaban a cuidar a los soldados en el campo de batalla, ofreciéndoles comida, primeros auxilios y afectos que podían ir del simple apoyo moral hasta relaciones mucho más intensas, sexuales o no, según ellas lo decidieran. Algunas de ellas “*se incorporaban al ejército como costureras, lavanderas o cocineras, atendiendo a los heridos y luchando como soldados cuando las circunstancias lo requerían*”<sup>48</sup> La posibilidad de libre arbitrio, de independencia y de libertad marca la figura de las mujeres de la guerra, que escogían la incertidumbre y el peligro, que preferían salir del ámbito doméstico tras el ideal nacionalista. En un número del diario chileno El Nuevo Ferrocarril que circuló durante la segunda mitad del siglo XIX,

<sup>47</sup> Luna, Mario, *Héroes sin nombre*. Lima, Grafital, 1979; p. 46.

<sup>48</sup> Uribe, Juan Echeverría, *1879. Canciones y Poesías de la Guerra del Pacífico*, Santiago, Renacimiento, 1979, p. 213.



FIG. 1335.—DOÑA FILOMENA VALENZUELA,  
CANTINERA DEL ATACAMA. (Foto Museo  
Histórico.)

Benjamin Vicuña Mackenna escribe un artículo donde elogia y rinde homenaje a varias cantineras. El historiador cuenta que una ellas, Irene Morales

*“partió a Antofagasta vendiendo su máquina de coser y se casó con Santiago Pizarro, músico militar que pereció fusilado en Antofagasta por balas bolivianas, en la víspera de la guerra. Se batió como soldado-mujer en Dolores. Después pasó como lavandera en la 4ª División. Fue incorporada como cantinera del 3º de línea, con la paga de Sargento al primer escuadrón de Carabineros de Yungay y volvió a su hogar de Recoleta recomenzando su trabajo de lavandera”*<sup>49</sup>.

El mismo Vicuña Mackenna, en El Album de la Gloria de Chile, describe a dos jóvenes costureras de Santiago, Leonor González y Juana N. que colaboraron curando a los heridos y *“prefirieron ser quemadas vivas antes que abandonar a su jefe herido en el caserío de San Lorenzo de Tarapacá”*<sup>50</sup>. El anecdotario sobre historias de mujeres que tomaron las armas y lucharon ‘como hombres’ es vasto, y como no había posibilidad jurídica de considerarlas como soldados, les era adjudicado el estatuto de cantineras o de rabonas (en Bolivia).

Ballivián también hace mención a esas mujeres al abrir su relato, cuando las tropas bolivianas se preparan para la campaña de Tacna, el 25 de mayo de 1880, y ellas hacen su retirada del campamento donde, dice el narrador, *“no tendrían oportunidad de seguir desempeñando sus tradicionales*

<sup>49</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín, “Las Amazonas del Ejército de Chile” en El Ferrocarril, Santiago, 12 de agosto de 1880.

*servicios de 'proveedoras' del ejército*"(p.4). Las comillas ('proveedoras') son obviamente signo de un doble sentido que alude a las relaciones sexuales que esas mujeres mantenían con los soldados de la tropa. De hecho, la figura femenina que es recogida por la ficción literaria es esa: la de la mujer *femme fatale*, asesina y santa, al mismo tiempo. Aunque momentáneamente, dentro del mundo trastocado que la guerra representa, los personajes femeninos parecen liberarse de los cánones morales impuestos y cobrar libre albedrío. Es la mujer quien decide y toma las riendas. Los ejemplos son muchos. Ballivián las describe como las *"famosas e inseparables compañeras del soldado boliviano de otros tiempos; esas mujeres extraordinarias, encarnación genuina de todas las virtudes y de todos los vicios; mezcla desconcertante de Messalinas y Lucrecias; amalgama extraña de infidelidades ruines y de abnegaciones sobrehumanas..."*(p.3) Poco más adelante en el relato, como vimos, será una de esas mismas rabonas quien, con su hijito a cuestas, desconcertará al protagonista con su "extraordinaria" demostración de valor y de coraje .

En el ya mencionado Héroes sin nombre del peruano Mario Luna está la historia de Manuelita Ballesteros, la 'Paloma', que abandona su vida mundana en Lima, donde su casa *"era el lugar de reunión de todos los señores de sociedad"*. Empeña todas sus pertenencias y se alista como cantinera para servir de enfermera en varias batallas, transformándose en heroína y ejemplo de mujer abnegada: *"Para el amor hay tiempo siempre...Derrotemos primero a los chilenos y después nos divertiremos en*

---

<sup>50</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín, El Album de la Gloria de Chile. Santiago, Cardot, 1880.

*grande*<sup>51</sup>. En la serie de novelas-folletines que componen los Episodios de la Guerra del Pacífico, del novelista chileno Ramón Pacheco, publicada por primera vez en 1883, son varios los personajes femeninos. Hay grandes damas, prostitutas y toda la gama intermedia posible. Pero la tónica caracterizadora es esa posibilidad de flexibilidad moral que propicia el tiempo suspendido, el intervalo de la guerra. La bella, abnegada y casta Ema se transforma así en espía/amante de varios enemigos bolivianos y peruanos, siempre con el fin encomiable del sacrificio por la Patria. En este típico ejemplar del folletín decimonónico, se da uno de los raros episodios de toda la literatura de la guerra del Pacífico en que una mujer mata a otra en una lucha cuerpo a cuerpo por motivos pasionales.

Mujeres que pueden ser al mismo tiempo infieles y abnegadas, heroínas complejas que, como sus compañeros, huyen del *script* tradicional y canónico del héroe/heroína del siglo diecinueve. El coraje, está aquí directamente relacionado con las circunstancias en que el acto glorioso se manifiesta. La premisa que se reitera es que el coraje se adquiere según la oportunidad o el acaso y que, por consiguiente, el héroe, el valiente surge como tal de manera casi fortuita y en relación con el grupo con el que va a la lucha.

---

<sup>51</sup> Luna, Mario, *op.cit.* p. 19

ha derramado en su suelo y lo ha fertilizado<sup>1</sup>. La muerte como renovación es, en efecto, una constante estructural que deriva de los textos de la Biblia y que, a su vez, está en la raíz de la propia justificación de la guerra: la muerte del soldado en la batalla está prevista como medio para la obtención de la victoria de los ideales de la nación. La segunda escena está relacionada con el mar ( la primera, con la tierra) y con otra imagen recurrente en los discursos nacionalistas que contraponen los emblemas patrios y el paisaje en un afán de ligarlos naturalmente en la imaginación histórica, hasta lograr que su separación se tome intolerable.

Escenas, imágenes, cuadros, paisajes, colores, todos los **elementos** se toman prestados de otros ámbitos semióticos: el teatro y la pintura. Con ellos el discurso construye la nación y el patriotismo.

Muchos de los aspectos que se destacan en este capítulo están íntimamente relacionados con los anteriores. Lo que más interesa aquí, sin embargo, es el lado pictórico y escenográfico del discurso de la guerra y sus implicaciones estéticas. Intentaremos resaltar algunas de ellas, considerando la idea desarrollada por Octavio Paz de que la propia noción de estética está, en Occidente, asociada al universo militar, desde épocas pre-históricas, en que el ánimo guerrero impregna todas nuestras empresas,

---

<sup>1</sup> Como advierte Bajtin, "La muerte, el cadáver, la sangre, el grano enterrado en el suelo, hacen nacer la vida nuevamente: se trata de uno de los motivos más antiguos y difundidos." En Bajtin, Mijail, La cultura Popular en la Edad Media y en el Renacimiento. Buenos Aires, Alianza, 1994; p. 294.



sin excluir a las más pacíficas: “*vanguardias, embestidas, rupturas, conquistas*”<sup>2</sup>.

Qué es lo bello en el campo de batalla? Cuáles son los valores de la vida y de la muerte en la guerra? El estado de guerra significa un cambio drástico en todas las coordenadas que hasta entonces marcaban el ritmo de la vida. A partir de ese momento se quiebran los paradigmas de relación con el mundo y con los otros. Este pasaje de un estado ‘normal’ de cosas a un estado ‘en guerra’ es uno de los *leit motif* en los discursos de la guerra<sup>3</sup> que nos interesa examinar, antes de abordar el cuento de Bórquez Solar, en el paralelo entre la fiesta y la batalla.

### **La fiesta.-**

En un ejemplo paradigmático de la novela de la guerra del siglo XIX, La Guerra y la Paz de Tolstoi, sobre todo en su primera parte, el ritmo narrativo alterna la fiesta con la batalla, creando una suerte de clima en tanto esquizofrénico en el que oscilan los seres humanos durante la guerra; en él se alternan los vales de salón con los tiroteos en el campo de batalla. Las elegantes veladas en la residencia de Anna Pávlovna (una de las cuales abre la novela) o las fiestas de gala en el palacete de los condes Rostov (cuando aún eran riquísimos) son los espacios donde la guerra es, sobre todo, tema de conversación y de tertulia. En cuanto tema, la guerra es una gran narrativa. Cuando la escena pasa - en un cambio abrupto de

---

<sup>2</sup> Paz, Octavio, “Conjugaciones” in *Conjuncões e Disjuncões*.(1960), trad. Lúcia Teixeira Wisnick, São Paulo, Perspectiva, 1979. La versión en español se ha agotado y no ha sido posible localizarla.

<sup>3</sup> Como ya observamos tanto en el primer capítulo, como en el segundo.

escena/cuadro teatral- a la línea de fuego, el foco sale de San Petersburgo y se desplaza junto con los personajes masculinos al frente de batalla donde Napoleón comienza su ataque. La opulencia, la música, los bailes, los movimientos elegantes y comedidos, las luces y colores brillantes de los salones de la nobleza rusa ceden lugar a la miseria, al dolor, a los estrépitos y estallidos, a las cabalgatas y correrías en vastas superficies cubiertas por la bruma, donde van cayendo los cuerpos de heridos y de muertos.

Este esquema que alterna, alegóricamente, la fiesta con la guerra se repite también en dos obras de la guerra del Pacífico que son: la cuatrilogía (1879, El viaje de Prado, Vienen los chilenos y La batalla de Lima) del peruano Guillermo Thorndike, publicada entre 1976 y 1979; y la novela en cinco tomos, El Séptimo de línea, del chileno Jorge Inostrosa, de 1955. La opulencia de las grandes ceremonias y la vida cotidiana de la emergente alta burguesía sudamericana en contraste con la pobreza (casi indigente) de las tropas, es una imagen con que la lectura tropieza a cada instante.

Las diferencias culturales y socioeconómicas de la época eran brutales ya que la clase media no hacía todavía su entrada dentro del panorama de un capitalismo incipiente de las nuevas naciones hispanoamericanas. Ese agudo contraste se prolonga en las maneras y costumbres cotidianas, en el lenguaje y en el modo de enfrentarse a la guerra. El espacio de la élite está en las ciudades, es mundano, cosmopolita, (criollo o inmigrante) su contacto con la guerra se da, primero, a través de la información y de las tertulias; el espacio del pueblo se sitúa en los arrabales de las ciudades o en el campo, es provinciano ( eminentemente indígena o mestizo) y el involucramiento de ese pueblo con la guerra se da de un modo abrupto, sin

mediaciones, en un cuerpo a cuerpo con la violencia. En el campo de batalla esas profundas distancias sociales y culturales, vimos, tienden a anularse por momentos debido a la fuerza aglutinadora que la amenaza de un enemigo común ejerce sobre la nación. Pero en los intervalos de tregua, en los espacios lejanos al campo de batalla, vuelven a configurarse las diferencias con toda su fuerza. Un ejemplo de esa dinámica se da con “la Menche”, la fiel mucama de Leonora Latorre, la protagonista de la novela chilena El Séptimo de Línea, que en varios episodios sucesivos se encuentra con el novio de ésta (Alberto Cobo, de quien está enamorada en secreto), lo ayuda, lo cuida y le demuestra por fin, sin pudor, todo su amor. Este acepta y retribuye pero, cuando las cosas vuelven a su normalidad, la relación se desvanece como por encanto dando lugar a la trama amorosa principal, de la que la Menche está automáticamente excluida.

Las narrativas muestran de manera bastante nítida el contraste que se establece entre el universo de las clases dominantes que traman las estrategias de la guerra y los combatientes que padecen la guerra con todos sus avatares. Sus orígenes sociales y económicos son distintos. De hecho, su lugar en la narrativa también refleja ese origen: los protagonistas representan, en la gran mayoría de los casos, a la oligarquía. No hay, en esta literatura, juegos de ascensión o caída social sino que las jerarquías económicas y sociales tienden mantenerse cristalizadas. En su gran mayoría, los personajes adinerados e influyentes son designados con sus nombres y apellidos, mientras que para el pueblo y las clases bajas abundan los apodos: ‘Menche’, ‘Perucho’, etc.

En realidad, la gran mayoría de los textos de la guerra suspenden los contextos ordinarios y cotidianos, así como las relaciones sociales y económicas dentro de las cuales se mueven todos esos personajes. En este sentido, las novelas históricas del peruano Thorndike, escritas en la década del setenta, en ocasión del centenario de la guerra, representan un riquísimo aporte a lo que podría ser un panorama de la vida cotidiana durante la guerra en el Perú, panorama éste que las demás narrativas de la guerra tienden a excluir. La motivación de Thorndike es erudita e historicista<sup>4</sup>. La descripción acuciosa y pormenorizada del estilo de vida limeño, la visión del inmigrante, del criollo, de sus costumbres culinarias y de vestuario, etc, componen un cuadro bastante completo de lo que fue la vida privada en época de la guerra. La burguesía limeña era refinadísima en gustos y sus maneras exquisitas imitaban la moda europea. Las importaciones llegaban a una sofisticación asombrosa. En Pisagua, por ejemplo, el pequeño puerto peruano al norte de Iquique que sería invadido por los chilenos en noviembre de 1879<sup>5</sup>, era posible comprar:

*“...fideos de Génova, kerosene americano, seda china, salchichas de Bologna, sopas enlatadas en Francia, pimienta filipina, dinamita inglesa, cerveza noruega, esencia de anís español, tabaco habanero y también clavos, alambre de Birmingham, aceite andaluz, monillos y chupetines de París, botitos de Córdoba del Plata, opio de Shanghai,*

---

<sup>4</sup> Thorndike no tiene ningún compromiso con la ficción, como él mismo lo afirma en el prólogo a 1879: “Lo que se relata en este libro no es una ficción. Nombres, lugares y sucesos son reales...”

<sup>5</sup> El episodio da el tema a la novela Pisagua, del boliviano Alcides Arguedas.

*fornidos quesos de Holanda, rapé y tabaco de mascar venido de Turquía*"<sup>6</sup>.

La oligarquía buscaba en sus alacenas provisiones almacenadas para emergencias y comía 'omelette soufflée à la fraise', sopa de tortuga, gallina a la Stanley, bebiendo vinos de cepas francesas (*Bouffiere-Mourget* de Limoges o *Grand vin Saint Hubert* 1860); mientras tanto, las tropas aliadas perú-bolivianas desfallecían de hambre y de cansancio, chupaban pedazos de carne cruda, tomaban las aguas salobres y sucias del desierto, hasta caer de dolor de estómago. Durante la huida de Dolores, en noviembre de 1879, Thorndike describe que, a mitad del desierto del Tamarugal, el coronel Cáceres le pide a los jóvenes y desfallecidos músicos de la banda de guerra que toquen los tambores: "*cortó casi transparentes rebanadas de un limón que atesoraba en la guerrera y compartió esas gotas de ácida humedad con los músicos adolescentes. Sus soldados habían chupado balas de plomo o piedrecitas para soportar la sed.*"<sup>7</sup> Muchos de esos soldados mascaban también hojas de coca para sobrellevar el cansancio y la falta de energías. Una de las estrategias chilenas más eficaces durante la guerra fue justamente la de cortar los caminos y vías de acceso a los frentes aliados para liquidarlos por la falta de municiones y de víveres.

El evidente contraste entre la risa y el llanto (de claras implicaciones socio-económicas) cumple, sobre todo en la ficción, una función estructural (el discurso de la guerra es, por definición, contrastivo y paradójico) ligada, por un lado, al romanticismo de que es heredero y por

---

<sup>6</sup> Thorndike, 1879, p.74.

el otro, a un nacionalismo en su más pleno auge, es decir a la segunda mitad del siglo diecinueve. El mundo se muestra en sus contradicciones más violentas, en un movimiento de constante transformación de los seres y de la historia; y, al mismo tiempo la nación aparece como una promesa colectiva permanente que acoge los vaivenes de la vida y les otorga un sentido de unidad y de trascendencia.

La figura histórica y literaria del general boliviano Hilarión Daza representa, en este sentido, una ruptura del esquema nacionalista del siglo XIX latinoamericano, según el cual los países otorgaban a sus dirigentes civiles y militares el comando de los rumbos hacia la consolidación nacional que lograría también la resolución de esos contrastes. La postura anti-heroica del dictador pone en jaque esa confianza: ante la llegada de una misiva comunicando la invasión chilena en Antofagasta, Daza decide ignorarla para dar curso a los festejos de la fiesta de su cumpleaños y postergar la guerra para más tarde<sup>8</sup>. Hay un componente paródico en todo esto. Hilarión Daza ha quedado, de hecho, como una figura histórica paródica y bufa del dictador y del déspota antipatriótico.

---

<sup>7</sup> Thorndike, Guillermo, *El Viaje de Prado*. Lima, Promoinvest, 1979; p.170.

<sup>8</sup> Es tan difundida esta versión entre chilenos, peruanos e incluso bolivianos, que en 1982, Luiz Antezana Ergueta escribe, para contrarrestar la mala fama del dictador boliviano, un libro titulado significativamente *Daza no ocultó la noticia de la invasión chilena (definitiva dilucidación histórica)*. La Paz, Millan.

### **La guerra:**

Otro tipo de paralelo entre la ‘vida en paz’ y la ‘vida en guerra’ subyace en todos esos discursos y el cuento El cabo de cañón, que pretendemos analizar a seguir, lo actualiza en forma descarada. Me refiero al lado eufórico de la batalla, su sensorialidad, su estética y su erótica que aparecen de manifiesto en la narración de dicho cuento y que también se dejan ver con mayor o menor evidencia en determinados giros e imágenes logrados mediante la utilización de un rico vocabulario que los novelones decimonónicos consagraron exclusivamente a la guerra, en este caso a la guerra por la nación y por la patria, como también examinaremos más adelante, a la luz del texto de Frederic Jameson<sup>9</sup>.

El cabo de cañón es un pequeño cuento chileno, publicado en 1898 por Antonio Bórquez Solar (1873-1938)<sup>10</sup>, relato de estreno, cuya extraña historia y peculiar estructura, contienen una gran cantidad de **elementos** para estimular la discusión que este capítulo se propone presentar.

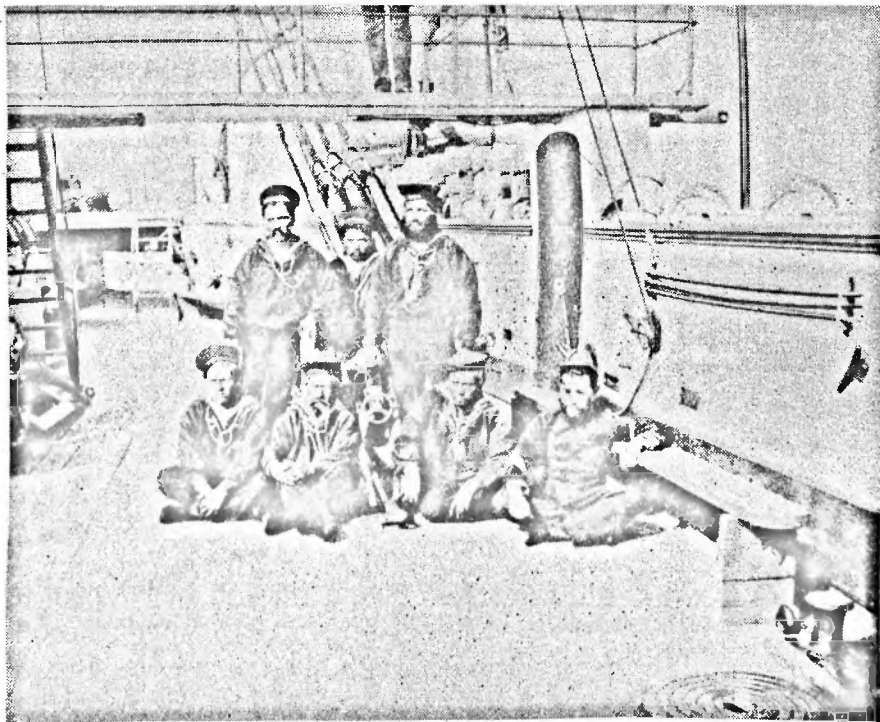
Un joven cabo de marina chileno llega a un puerto, para embarcarse en el buque Esmeralda<sup>11</sup> y queda encargado del cañón de la nave. El hombre pasa a dedicarse con pasión y devoción a los cuidados del arma; no tiene a nadie más en el mundo, viene de la lejana isla de Chiloé, al sur de Chile.

---

<sup>9</sup> Jameson, Frederic, “Leyenda y Cosificación: construcción de la trama y clausura ideológica en Joseph Conrad”, en Documentos de Cultura. Documentos de Barbarie: la narrativa como acto socialmente simbólico. (1989) trad. Tomás Segovia, Madrid, Visor, 1989.

<sup>10</sup> “El Cabo de Cañón”, A. Bórquez Solar en Cuentos Militares (dedicados al Ejército y a la Guardia Nacional de la República, Santiago, Imprenta y Encuademación del Comercio, 1898; pp.21-31. Todas las citas de este texto serán indicadas solamente con el número de página, al final.

<sup>11</sup> Embarcación famosa por el episodio del combate naval de Iquique en que el prócer chileno, Arturo Prat perdería la vida.



(Sept 1930)



Su dedicación va transformándose en amor secreto, a fuerza de tanto cuidar y de lustrar el arma: besa al cañón, le susurra palabras, lo abraza y lo acaricia, sin que nadie lo vea, como un amante furtivo. En lo más íntimo de su ser el hombre ha jurado dar la vida por el cañón amado.

Y llega el tiempo de la guerra. Durante la batalla, desde el buque *Esmeralda*, soldado y cañón se vuelven una sola entidad que lanza, uno tras otro, feroces proyectiles contra el enemigo. De pronto, desde el flanco enemigo parte una bala que destruye de un solo estampido todo el casco del acorazado. El arma ha quedado 'inerte' y el joven cabo herido e inconformado se vuelve "*al lado del cañón muerto, lo abraza y le dice llorando, castañeteando los dientes en su cólera bárbara: -Yo te vengaré... Me la pagarán esos perros!*" (p.29) En seguida, en una lucha cuerpo a cuerpo contra los enemigos, el joven cabo enfurecido, cuchillo en mano, va cortando gargantas hasta caer desfallecido, herido de muerte y exhalar un último "Viva a Chile".

La originalidad de este relato es tanto más notable si la comparamos con las demás historias que constituyen esa antología de cuentos o con cualquier otra publicación de ese momento, en que la tónica era marcada por el enaltecimiento del patriotismo y el valor militares, siempre dentro de los cánones del pudor y de la moral de la época.<sup>12</sup> El insólito abordaje que realiza Bórquez Solar es completamente extemporáneo. De hecho, mucho más tarde, en 1979, con motivo del centenario de la guerra, entre

---

<sup>12</sup>Este es el estilo predominante en los cuentos militares de Olegario Lazo Baeza y de Daniel Riquelme, los dos autores chilenos más consagrados y prolíferos del género. Ver del primero, *Cuentos Militares* y *Nuevos Cuentos Militares*, editados por Nascimento y Zig-Zag, respectivamente; y del segundo, *Bajo la Tienda*, en Gabriela Mistral.

las numerosas publicaciones y republicaciones que vieron la luz en Chile, un pequeño volumen de Juan Uribe Echevarría, titulado 1879: Canciones y Poesías de la Guerra del Pacífico<sup>13</sup>, donde el estudioso incluye una antología poética de tiempos de la guerra, seguida de un “panorama sintético” de la narrativa de la época, menciona la coletánea de cuentos militares de 1898, con una escueta descripción de cada uno de los cuatro textos que la componen. Sin embargo, al llegar al Cabo de Cañón, Echeverría no logra clasificar la narrativa de Bórquez dentro de una línea que se armonice con los otros tres cuentos y lo único que anota es que “...En El cabo de Cañón, Antonio Bórquez Solar describe el combate naval de Iquique”, incurriendo con ello en un error, puesto que no se trata del combate de Iquique<sup>14</sup>, y sí de una batalla sin definición exacta de lugar ni de fecha, librada por la fragata Esmeralda en algún punto del mar del Pacífico, al sur de Valparaíso.

La primera observación que parece pertinente incluir aquí es que probablemente la lectura que Echevarría hizo del cuento, un siglo después de escrito y publicado, era mucho más escandalosa que la que pudo haber hecho un contemporáneo de Bórquez Solar. La gran audacia del cuento está en la forma narrativa; cuanto más equipado para ‘desmenuzar’ esa forma esté el lector, mayor la repercusión desconcertante de su lectura. Desconcierta, por ejemplo, la reiterada imagen (nunca explícita, siempre simbólica) del falo de hierro deseado, besado, lustrado, acariciado por el

---

<sup>13</sup> Echevarría, Uribe, Juan, 1879: Canciones y Poesías de la Guerra del Pacífico, Santiago, Universitarias de Valparaíso, 1979; p202.

<sup>14</sup> El combate es mencionado como un momento anterior al de los acontecimientos narrados en el cuento.

guerrero: “*Le acariciaba con las manos, mirándole apasionadamente; le hablaba como si pudiera oírle, muy quedo, como se habla a la mujer amada en una cita nocturna.(sic)*” (p.22).

Dejando de lado los aspectos psicológicos específicos ligados al binomio represión/perversión que subyacen en este conflicto, si intentamos contextualizar el desvío erótico (el autor lo denomina “aberración”) dentro de lo que Jameson resume como **estrategia estetizante**<sup>15</sup> del romanticismo, podemos detectar algunas de sus lógicas discursivas. Este es, por lo demás, punto de partida para una posible comprensión de la significación estética de un amplio conjunto de fenómenos narrativo-descriptivos ligados directamente con el relato de la guerra decimonónica.

Junto con los **elementos** eróticos más evidentes que le otorgan originalidad, hay una serie de componentes de carácter más tradicional (derivados del universo perceptivo) que, en la forma condensada como aparecen expuestos, transforman este texto en una especie de emblema estético y estilístico del discurso sobre la guerra. Dentro de un universo imaginario que enaltece el mundo de los sentidos -al punto de otorgarle autonomía de valor y de significaciones- la personificación de los objetos y el fetichismo no serían más que consecuencias.

El cuento abre con la descripción de los dos protagonistas: el hombre, Juan, y el cañón llegado de Europa, marca Armstrong. Desde ahí se puede advertir el tono eufórico con que el narrador se manejará con relación a todo lo ligado con la guerra. Si para el cabo encuentra apenas una escueta y tímida frase que, por lo demás, lo define como un sujeto sin ningún rasgo

---

<sup>15</sup> Jameson, Fredric, op.cit., pp. 167-226.

ni característica especiales: “*hombrecito, rechoncho, de rostro curtido por las rachas marinas*”; al llegar al cañón se detiene en dos frases de encomio admirativo con que resalta su belleza y su porte excepcionales. Espanta la exaltación de la pequeñez humana frente a la grandeza del arma.:

*“formidablemente hermoso, bruñido, brillante a los rayos del sol. I su boca enorme siempre abierta, siempre abierta, como un ojo gigantesco en asecho, atisbando de día i de noche las vagas lejanías.(sic)”(p.21)*

La personificación del cañón seguirá su curso a lo largo del relato, intensificando con habilidad el clima erótico-amoroso establecido desde el inicio; las figuras y metáforas que aluden al cañón confieren una suerte de matiz camaleónico, tanto al objeto de deseo como al modo en que el hombre lo desea: al comienzo, el cañón es aludido como un monstruo de quien el hombre “se enamora” y en ese momento inicial se introduce un pasaje digresivo del narrador que vale la pena destacar por la carga ideológico-filosófica que impregnará, a partir de aquí, el resto de la obra y que, además, refleja una tendencia muy presente en los discursos de la guerra del Pacífico fechados hacia finales del siglo diecinueve y comienzos del xx. Se trata de un determinado uso de la fenomenología naturalista en favor de argumentos de índole variada. Aquí, el narrador intenta explicar la ‘aberración’ de un hombre enamorado de un cañón, argumentando que: *“Parece que en lo inanimado hai una fuerza misteriosa que atrae a las almas; acaso porque éstas no son otra cosa sino fuerzas, como las fuerzas de cohesión que unen las moléculas.(sic)”(p.22).* La alusión a fuerzas misteriosas, inanimadas y profundas tiene, a su vez,

un sustrato metafísico y aluden a la visión romántica de la lucha entre **elementos/fuerzas** antitéticos.

El objeto/cañón se transforma paulatinamente, a fuerza de la acumulación figuras metafóricas, en un ser animado: *“a fuer de estar siempre cerca de él, de limpiarle, de cuidar de él como quien cuida de un niño, de darle día a día el aceite que le dejaba suave como la piel de un tigre i lustroso como un pedazo de sol.* (22) Un cañón que es a la vez un niño, un tigre y un sol. El objeto perfecto de amor: dulce, feroz y hermoso. Si sumamos a estos epítetos el del **monstruo** anterior, tendremos la figura perfecta de la perversidad a partir del fetiche<sup>16</sup>. Perversidad ésta que es una de las marcas más características de este relato pero que también late en muchos otros discursos de la guerra de manera más velada, como veremos.

El camaleón sigue adoptando caras distintas: “una querida”, “su padre”, “su amigo”, “la patria”, “un gran perro dormido”, “un volcán”, “una bestia”, “un cachorro de león” y en esa condición mutante anhela su humanización: el artefacto extrae del mundo animado el sentimiento fraterno y amoroso. El hombre se fija entonces al objeto como una manera de búsqueda de identidad, como una forma especular de retratar su propia imagen,<sup>17</sup> en una inversión paradójica de sentimientos que lo lleva al impulso de matar a sus semejantes (porque enemigos) y a defender al

---

<sup>16</sup> En el ensayo del psicoanalista francés, Guy Rosolato, titulado “Étude des perversions sexuelles à partir du fétichisme” (publicado en P. Aulagnier et alii, *Le désir et la Perversion*, Paris, Seuil, 1967; pp 9-40.) hay una sección dedicada al objeto-fetiche: El cañón tiene, de hecho, todas las características del objeto-fetiche: es inmutable, perenne, en él pueden entrelazarse dolor y deseo, y es una forma de continuidad del cuerpo.

<sup>17</sup> En su libro *The Ideology of the Aesthetic*. (1990) Terry Eagleton dedica un capítulo (“O mundo como artefato”, en la traducción al portugués) a la cuestión de la relación

objeto (porque amado). Nótese que aquí esa inversión va más allá que aquella, más frecuente, en la cual el sujeto dota de valores sentimentales al animal (el perro o el caballo, por ejemplo), transformándolo en un ser tanto a más valioso que sus semejantes. En este caso, Juan, el cabo, dedica todo su afecto al objeto inanimado y fetichizado: “*Un día dijo a sus compañeros : -Cuando llegue el combate vosotros defenderéis la bandera, yo a mi cañón, i mi cañón y yo a la bandera.*” (p.22) La sinécdoque utilizada, veremos, coloca en la bandera el significado de la nación como un todo, mediante un procedimiento estilístico que se repite a lo largo de la gran mayoría de los discursos de la guerra<sup>18</sup>.

Pero quizás donde este relato se muestre más paradigmático, sea en el plano de los procedimientos narrativo-descriptivos con que el narrador nos entrega el desarrollo de la historia propiamente dicha, tras el establecimiento de la situación inicial. El modo cómo hace entrega de cada escena, la manera directa de manifestar su euforia y su admiración por los acontecimientos de la guerra, hacen de este narrador el portavoz del espíritu militar del siglo diecinueve, oriundo de la tradición del romanticismo y del modernismo europeos.

El cuento está dividido formalmente, mediante intervalos y pequeñas viñetas, en tres partes que corresponden a segmentos temporales bien definidos: el momento previo al combate, el del combate, y el final, después que el combate ha terminado.

---

romántica del hombre con el universo de las cosas. Ver Terry Eagleton, en *A ideología da estética*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1993.

<sup>18</sup> “ los íconos, es decir, símbolos visibles como son las banderas, están entre los métodos más ampliamente utilizados para mostrar lo que no puede ser visto.” in Hobsbawn , op.cit., p. 67.

1. El primer segmento, introductorio, corresponde a la presentación y configuración de la relación entre el hombre y el arma.
2. El segundo momento, encabezado por la frase: "*I llegó el tiempo de la guerra*", repite de cierta forma el esquema ternario que puede percibirse por el cambio de marcha que toman los acontecimientos:

\*En primer lugar, con la orden de zarpar, la nave se pone en movimiento, lento, hacia el mar;

\*En segundo lugar, el toque de zafarrancho indica el inicio del combate con proyectiles lanzados desde ambas embarcaciones -'muere' el cañón;

\*y por último, el abordaje al buque enemigo donde se entabla una lucha cuerpo a cuerpo que culmina con la victoria de la embarcación chilena sobre la peruana -muere el cabo.

3. El tercer segmento del cuento se desarrolla como una escueta descripción del paisaje, marco de la tragedia que acaba de ser relatada, cual una cámara cinematográfica "shading-off" que va alejándose de la escena y va ampliando el cuadro hacia un horizonte que comienza a anochecer.

La presencia del espacio físico es una constante en la gran mayoría de los discursos de la guerra del Pacífico y cumple, me parece, un papel de relevancia político y estratégica, tanto en el nivel del discurso como también en el de la configuración de los espacios nacionales de la región en el imaginario colectivo del siglo diecinueve.

El primer segmento de "El cabo del cañón" localiza el conflicto a orillas del mar, en vísperas de la guerra, cuando el mundo trastocado permite que esa "ruda alma de marinero" se enamore del único objeto con que para él se hace posible el contacto. La presencia del mar se va infiltrando en el

relato desde las primeras frases caracterizadoras de los protagonistas y de la situación: Juan tiene el rostro curtido por “rachas marinas”, es un hombre de mar, no tiene a nadie en la tierra, proviene del mar (del sur) así como el cañón, que cruzó las aguas del mar desde “la madriguera de la muerte” (aquí, en una alusión casi imperceptible a la cuestión neurálgica sobre los intereses económicos ingleses en las guerras de ultramar), se lo pasa día y noche “*atisbando las vagas lejanías*”, frente al mar; la nave, *Esmeralda*, trae con ella la historia de sus triunfos “*en las aguas del Pacífico*”<sup>19</sup>. El espacio fundamental es el mar. El no-espacio, el no-lugar, “el espacio vacío entre los lugares concretos del trabajo y la vida”<sup>20</sup>, como una especie de intervalo físico en el que el hombre está sometido a la intemperie, al aislamiento, a las privaciones sexuales, y que la imaginación romántica transforma en objeto estético.

Un buen ejemplo que revela ese contraste entre la realidad factual y la idealización del ámbito natural transformado en estilo, se encuentra en la novela *1879*, del peruano Thorndike, en una de las escenas iniciales, que ocurre a finales de marzo de 1879, momento en que se le anuncia a la colectividad peruana en Iquique que los chilenos están desembarcando en las caletas de Tocopilla y de Cobija para el ataque, cuando el joven subteniente Meléndez, muerto de sed y de cansancio, cabalga hacia la playa a ver lo que sucede: “*El joven Meléndez tampoco se acuerda de la sed. Su caballo y él: ambos mojados por el sudor mientras el océano*

---

<sup>19</sup> Aquí la referencia es al combate de Iquique.

<sup>20</sup> Jameson, Frederic, *op.cit.*, p.172.



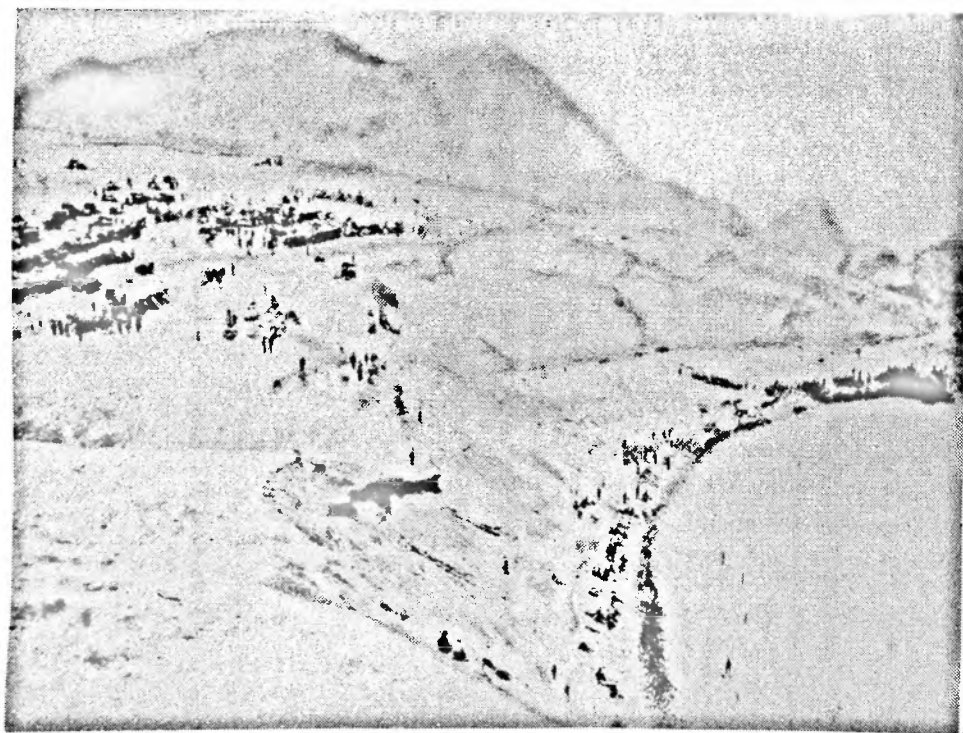


FIG. 1343.—DESEMBARCO AL SUR DE LURÍN. (Foto, 1880.)

*chapotea mansamente a sus piés*”<sup>21</sup> El hombre, seco por dentro y mojado por fuera, con el agua salada hasta los tobillos. Las necesidades biológicas se anulan en función de las necesidades simbólicas, en este caso el fervor patriótico, en que el mar juega indiferente, en actitud infantil e “inconsciente”. En el cuento del chileno Daniel Riquelme, “El Perro del regimiento”(1883), el mar se vuelve personaje cómplice del ataque chileno a Lurín, localidad cerca de Lima, ataque cuya estrategia era de desembarco sigiloso: “*Sólo se oía el ir y venir de las olas del mar, aquí suave y manso, como haciéndose cómplice del golpe, allá violento y sonoro, donde las rocas lo dejaban sin playa.*”<sup>22</sup>

Sin embargo, ese mismo mar, que puede ser espacio del no-lugar, es también, y sobre todo, trayecto entre puntos específicos de intercambio de bienes y de armas y es también, especialmente aquí, escenario del enfrentamiento de hombres con otros hombres por la disputa de pedazos de tierra. Las guerras en el agua tienen sus motivos en los conflictos de tierra firme.

El aspecto específico ligado a la presencia del mar en la guerra del Pacífico, es justamente su carácter supranacional. El océano Pacífico es el mismo en las costas del Perú que en las de Chile y es el mismo que Bolivia

---

<sup>21</sup> Thorndike, Guillermo, 1879, p.38. El narrador de Thorndike está, de hecho, impregnado de las marcas del siglo XX a que pertenece. Su discurso se vale por veces de estilo indirecto libre, de libres asociaciones, etc., y su relato está ya bien distante del romanticismo y del modernismo decimonónico. Aún así, se observan las marcas metafóricas y temáticas estructurantes que caracterizan al discurso nacionalista hispanoamericano.

<sup>22</sup> Riquelme, Daniel, “El perro del regimiento” en Bajo la tienda. (1887), Santiago, Gabriela Mistral Ltda., 1974; p. 93-94.

tanto añora<sup>23</sup>. Una de las formas en que los discursos nacionalistas se apropiaron de él y lo transforman en emblema de sus ideologías, consiste en juxtaponer los colores nacionales sobre el telón de fondo siempre azul del océano Pacífico. Las banderas componen, en su conjunto, un verdadero cuadro impresionista del nacionalismo, a través de un recurso que podríamos entender como una doble sinécdoque: los colores por la bandera y, a su vez, la bandera por la nación, como en El Cabo de Cañón: *“En el quebrado palo de mesana del buque enemigo flameaba orgulloso, desplegado, como el ala de un águila enorme, el tricolor de la patria, luciendo bajo la mirada de las estrellas nuestra blanca estrella solitaria”*(p.30). El “quebrado palo” simboliza al Perú derrotado, el símil del ala de águila desplegada al viento remite al ave que es emblema nacional chileno. Por su parte, los colores aludidos son el blanco y el rojo de las dos franjas horizontales de la bandera chilena y al cuadrado azul en el extremo superior izquierdo con una estrella blanca en su centro, “la estrella solitaria”. La bandera está cargada con todas las marcas de la nación. Su emblemática es compleja y plural ya que es a un mismo tiempo símbolo de los ideales patrióticos, representación concreta de la corporeidad de la entidad nacional y es además representación del pueblo, de los hombres y mujeres, en cuanto patriotas: *“/La bandera del ‘Zepita’<sup>24</sup>/ empapada en sangre, enegrecida de pólvora, manchada de lodo*

---

<sup>23</sup> Aquí vale recordar lo que Elias Canetti dice del mar: *“O mar não possui fronteiras internas e não se subdivide em povos e regiões. Ele tem uma única língua, idêntica por toda parte. Não há ser humano, por assim dizer, que se possa excluir dele.”* In *Massa e poder*, (1960) trad. Sérgio Tellaroli, São Paulo, Cia. das Letras, 1995; p. 80.

<sup>24</sup> Una de las tropas montoneras peruanas, a mando del general Cáceres.

*y de humo, está tendida entre los caídos ... como si ella también estuviera muerta!*"<sup>25</sup>

La bandera bicolor peruana, "*blanca como la pureza de sus sentimientos, roja como la sangre derramada en la defensa de un ideal*"<sup>26</sup>, las tres franjas -rojo, amarillo y verde- de la boliviana y la tricolor chilena perfilan sobre el fondo marino, las contradicciones y paradojas que presupone la formación de sus diferencias nacionales. La sangre está simbolizada en todas ellas por el rojo, en una especie de acto fallido de esos pueblos por cuyas venas corre la misma sangre indígena y española.

El paisaje nacional boliviano contiene al mar siempre, incluso en los discursos donde el mar se llega a ver con esperanza desde la costa, como en esta novela de Alcides Arguedas, de 1903.<sup>27</sup> Allí la acción se acerca al mar, lo encuentra ya "teñido de sangre", plagado de cadáveres. La escena es absolutamente ejemplar: el protagonista, Alejandro Villarino, ya herido de muerte, avanza mar adentro, con la bandera alzada hasta morir sumergido por las olas, agitándola hasta el último instante:

*"Desplegó la bandera que la había atado al cañón del rifle para que no se jironara con los proyectiles, y haciéndolo flamear al viento, avanzó rompiendo las olas teñidas de sangre y con la mirada fija en el enemigo...El agua le subía, le subía á cada paso más y más: primero á las piernas, después á la cintura y en seguida á los*

---

<sup>25</sup> Ibidem, p. 107

<sup>26</sup> Ibidem, p. 17.

<sup>27</sup> Las caletas de Pisagua y de Junín eran parte de la provincia peruana de Tarapacá que la armada chilena atacó el 5 de noviembre de 1879. Dos batallones bolivianos se habían desplazado a Pisagua para ayudar a los peruanos en la defensa pero el precario estado en

*sobacos. El, inpasible, sereno seguía avanzando con el arma arriba para que su hermosa tricolor, siempre flameante, no rozara las aguas del puerto...(sic)”<sup>28</sup>*

En estos tres ejemplos, la articulación entre banderas y mar indica a los vencedores y a los vencidos: el chileno, para señalarlo, se vale del adverbio ‘orgullosa’ y conjuga el verbo ‘lucir’; mientras los derrotados ven sumergirse en el agua a sus estandartes junto a los personajes suicidas, el coronel Ugarte y Alejandro Villarino.

“Y llegó el tiempo de la guerra”. En este segundo segmento comienza el espectáculo propiamente dicho, con la nave zarpando hacia alta mar:

*“ Aquella nave, en medio de la noche espléndida, deslizándose sobre el mar, bajo la mirada de los astros, insultando la tranquilidad de esa hora solemne con el constante resoplido de su pulmón de bronce, abofeteando el agua con todas las fuerzas de sus palas, vomitando por sus chimeneas nubarrones de humo negro i espeso, parecía un mónstruo extraño i fantástico, la evocación de una pesadilla diabólica, como el genio del mar, que iba a despertar la rabia de los ciclones, como el carro negro i grande en que viajan las tempestades.(sic)”(p.24)*

El submarino del capitán Nemo podría ser un substrato literario de esa figura siniestra y amenazadora que cruza las aguas nocturnas del Pacífico y aquí, como en el decimonónico Julio Verne, parece denunciar la terrible

---

que llegaron, sumado a la desproporción numérica con relación a los chilenos, transformaron el episodio en un primer desastre para ambos.

<sup>28</sup> Alcides Arguedas, Pjsagua, La Paz, Velarde, 1903; p.195.

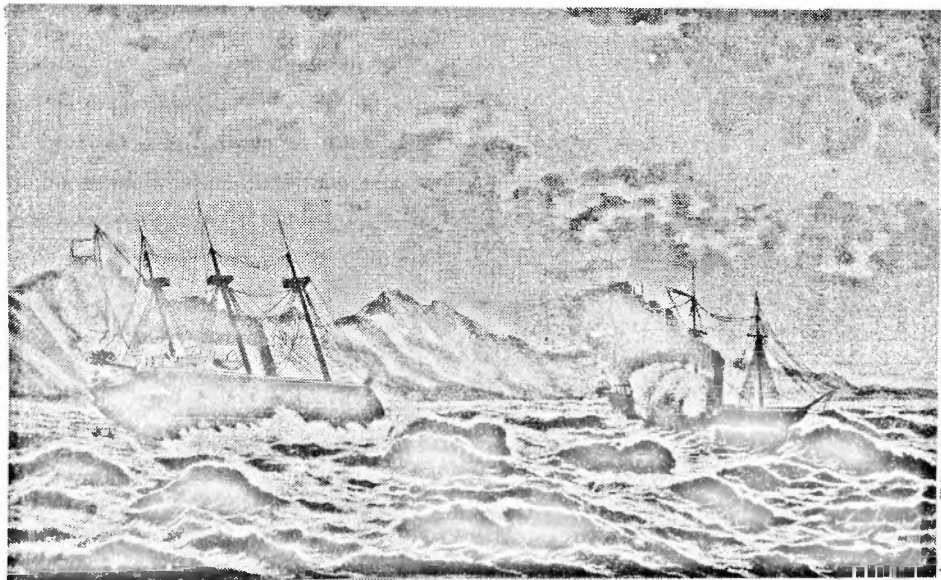


FIG. 1256.—COMBATE DE PUNTA GRUESA. (Litografía de la época.)

empresa que los hombres que lo habitan se han propuesto realizar. Pero la inminencia de la muerte anunciada pasa a ser un detalle más, engullido por la euforia estetizante del narrador. La violencia, la fatiga, el dolor se tornan también motivo de goce estético en un movimiento paradójico que, como señala Jameson, se liga directamente con el problema clásico del placer estético que causa la tragedia, entendida como la más cabal contemplación de la muerte y de lo que aplasta la vida humana.<sup>29</sup> Ya observamos, en el capítulo sobre el viaje a la guerra, cómo el guerrero se torna impaciente mientras no llega la orden de ataque. Aquí, los momentos previos a la batalla enfatizan esa impaciencia que anticipa con fuerza la euforia de matar que irrumpirá en el inicio del combate: *“Toda la tripulación saludó el disparo del enemigo con un estruendoso ¡Viva Chile! Batiendo al aire las gorras, mientras se morían de ganas de contestar aquella bala chabona... (...) Juan pateaba de rabia, impaciente. -¡Qué!- decía entre dientes-nos vamos a dejar matar. Esto es ya una cobardía!”* (p.26) El clima narrativo se va preparando entonces para ese ‘*grand final*’ que es el enfrentamiento con el enemigo, en un preludio de excitación que se puede incluir también en el conjunto de coordenadas que componen la ecuación erótica de la guerra: *“...todos estamos ya en calor de guerra!”*<sup>30</sup> La excitación se va haciendo incontenible, impulsiva e irracional (“embriagada”), lo cual es claramente una estrategia ya trazada: *“El*

<sup>29</sup> Jameson, Frederic, *op.cit.*, p. 176.

<sup>30</sup> Inostrosa, *op.cit.*, p. 46. En este primer tomo, capítulo VI, Inostrosa crea, mediante la descripción del levante suicida de un grupo de mineros chilenos contra los opresores y autoritarios jefes bolivianos, la atmósfera insostenible que se había establecido en la región de Tarapacá antes de la guerra. Los bolivianos son mostrados como un pueblo hostil, cruel y traidor.

*coronel había logrado ya infiltrar en el “espíritu de los chilenos el ánimo de lucha y la violencia llameaba en los ojos de todos.”*<sup>31</sup> La ráfagas de las descargas de fusiles se producen espasmódicamente: hay un ritmo que culmina en gritos, de goce/dolor y de muerte en que *“todo se confundió en una baráúnda aterradora.”*<sup>32</sup>

La realidad se transforma en estilo, en forma, en escenario teatral. Invariablemente, el desarrollo de la batalla es descrito y narrado en términos de espectáculo<sup>33</sup>, a veces, premonitoriamente cinematográfico, con cortes descontinuos. La actitud distanciada, de ‘gran angular’ con que a menudo se construyen las escenas se apoya en la utilización de contrastes de luces y de sombras, de ruidos y de silencios, de movimientos de avances y de retrocesos, contrastes éstos que confluyen, en última instancia, en el binomio de la vida y de la muerte.

Para dar cuenta de la paradoja que hace de la tragedia motivo de regocijo, el discurso se vale de oxímorons que transforman el conflicto en representación estetizada: *“espantosamente hermoso”* *“horriblemente bello”*, *“espectáculo sublime en medio de todo su horror”*; también en el texto del chileno Enrique Bunster (1973) encontramos la frase siguiente: *“Los historiadores dan una visión como deshumanizada de los hermosos horrores de la guerra”*<sup>34</sup>, lo que comprueba cómo determinados aspectos

---

<sup>31</sup> Ibidem.

<sup>32</sup> Ibidem., p. 47.

<sup>33</sup> “de ahí la repetición obsesiva a todo lo largo de la novela del siglo XIX de términos teatrales tales como “escena”, “espectáculo” y “cuadro” que imponen al espectador una postura de aficionado al teatro respecto del contenido del relato.” Jameson, Frederic, op.cit., p.187.

<sup>34</sup> Bunster Enrique, op.cit.: p. 75.



del discurso sobre la Guerra del Pacífico permanecen cristalizados y son constitutivos de un género más amplio del género.

Los argumentos, las comprensiones, las interpretaciones se congelan frente a los acontecimientos que adquieren una autonomía de significación estética. Dicho de otra manera, llegado el momento de la batalla, salen del horizonte (escenario, pantalla) las razones éticas y se instala otra lógica que pasa a regir la escena, una lógica puramente formal, según la cual la violencia es sólo movimiento y lo bello es el movimiento perfecto.

Como en un palco, como si se corriera el telón, delante de una platea ansiosa, la escena de la batalla en *El cabo de cañón* abre con las naves peruanas iniciando la embestida, disparando sin puntería ( el combate se entabla en la oscuridad de la noche), dejando caer sus proyectiles cerca del barco chileno, levantando grandes volúmenes de agua, en un espectáculo que asemeja al de fuegos de artificio, una verdadera obertura operística. Entonces, cuando las baterías enemigas ya se han acercado lo suficiente, comienza la arremetida chilena, narrada con euforia: “...escupieron los cañones de nuestra nave su saliva de humo i de balas.” ( 26). En medio del humo, del fuego y de los ruidos estrepitosos, las naves y los cañones se vuelven humanos, danzan en el agua, se enfurecen y el erotismo entre el cabo y su cañón se establece ahora como una relación recíproca en la que el arma cansada es alentada por palabras y cariños del cabo: “*Despues de cada disparo acariciaba al mónstruo de acero, que mostraba sus fauces enrojecidas, dirijiéndole palabras de aliento, animándole como quien anima a un perro bravo. (sic)*” (p.27) El camaleón ha adoptado otro nuevo

disfraz y de ‘perro manso’ ha pasado a ser ahora un ‘perro bravo’, imagen viril del can macho defensor y protector furioso contra el enemigo.

Al cabo de dos horas de combate, una bala enemiga destruye parte del casco del acorazado chileno y el cañón queda destrozado. Este momento coincide con el cambio de estrategia de ataque del batallón, cuando el comandante ordena el abordaje y la lucha continúa entonces con puñales y revólveres.

En este preciso punto del relato se torna evidente una actitud del narrador que hasta este momento no era tan clara y que desnuda el fetichismo narrativo. Veamos: si desde las primeras frases mantenía una distancia frente al contenido de su relato, por más ‘aberrante’ que éste pudiese parecer<sup>35</sup>, al llegar a la escena en que el hombre, desconsolado con la destrucción del cañón, se aferra a los destrozos y llora, el narrador abandona su postura olímpica y exclama: “*!Oh que cuadro tan hermoso aquel del hombre abrazado al instrumento de muerte, en el medio de ese lúgubre hacinamiento de cadáveres, bajo el furor de las granadas, en aquella hora de desolación i de lágrimas!(sic)*”(p.29) Este es el trecho más violento del relato y tal vez sea uno de los más crudos de la literatura de esta guerra. Y esa violencia consiste, justamente, en la falta de pudor (en el sentido de descaro) con que el sujeto textual de la enunciación expone los presupuestos estéticos con los que maneja: en primer lugar, el cuadro congela el episodio por unos instantes para que pueda ser apreciado en su conjunto; luego, el adjetivo de admiración exclama la hermosura de todo aquello; y, por último, la descripción de lo que merece tanta

---

<sup>35</sup> Vimos cómo se valía de argumentos naturalistas para explicarlo.

admiración: “el hombre abrazado a su instrumento de muerte”, el amante aferrado al objeto de su afecto, o sea, su instrumento, el falo simbólico que funciona como prolongación de ese mismo hombre; un falo en función invertida, que da muerte y da placer a través de la muerte que provoca. Pero, recapitulando, lo que al narrador le resulta tan hermoso es el abrazo, es la actitud amorosa y agradecida del ser humano con la cosa, en gritante contraste con el contexto de muerte en que todo eso se da. La frase entera es un gran oxímoron que transforma el dolor (el cañón ha sido destruido), la desesperación y la locura (momentos antes, “*Juan gritaba i reia como un loco...sic*”) en belleza. El narrador ha fetichizado su discurso a tal punto que su actitud frente a esa ‘arquitectura de la destrucción’, frente a lo que debía llamar su conmicación es, en cambio, puro goce estético: “*Era aquello espantosamente hermoso. Los buques jiraban como unas peonzas. El granizar de las fusilerías no se daba punto de reposo desde las vergas i cofas. Había no sé qué de majestad lúgubre en aquella hora de muerte.*” (p.27)<sup>36</sup>

### **El espectáculo:**

La batalla como espectáculo es una constante (no sólo literaria, como también histórica) que se mantendrá vigente a lo largo del siglo XX, con las variantes tecnológicas que desembocan en plena década de noventa,

---

<sup>36</sup> En la novela del boliviano Arguedas, Pjsagua, de 1903, antes mencionada, la descripción de la batalla también se trabaja como un gran espectáculo, en que los cuadros van superponiéndose, estableciendo entre si esa relación paradójica (clásica, según Jameson) entre el dolor y la belleza.

con el video transmitiendo al vivo, para todo el mundo, los ataques americanos en la guerra del Golfo, por ejemplo, o con los múltiples ejemplos de la estetización de la guerra en el cine, uno de cuyos puntos culminantes es la filmografía de Akira Kurosawa.

En el Perú de 1879, como retrata Guillermo Thorndike en sus novelas, la gente “*disputaba sitio para presenciar el combate desde la ribera y las plazas*”<sup>37</sup>. Todo el litoral comprendido entre Antofagasta y Arica se caracteriza por su geografía accidentada, de acantilados que caen sobre el mar abruptamente. La misma topografía, por lo tanto, propiciaba el espectáculo. Apañados como podían y defendiéndose de los bombardeos a tierra, los habitantes presenciaban las batallas entre sus armadas y las naves enemigas, en un escenario de humo, de fuegos y de ruidos de proyectiles, como si se tratara de una fiesta pirotécnica: “*En tierra la conmoción era profunda. Los peruanos se habían trepado a todo sitio alto para contemplar la epopéyica lucha.*”<sup>38</sup> Los buques, acorazados y corbetas danzaban lentamente, como en una coreografía de danza y el mar producía enormes olas blancas, cada vez que una bala caía en el agua, desviada de su camino por error de puntería. Todo esto estimulaba la euforia colectiva del pueblo que presenciaba y que entonces gritaba, arengando a sus héroes: “*Viva el Perú! Muera Chile!*”<sup>39</sup> (o viceversa). El sentimiento colectivo oscila entonces entre el miedo (el terror, el dolor) y la esperanza eufórica de una victoria de sus tropas: “*Tres o cuatro mil curiosos que presenciaban el combate desde la ribera y entre los castillos o en la Plaza*

<sup>37</sup> Thorndike, Guillermo, 1879, p. 151

<sup>38</sup> Inostrosa, Jorge, *Adios al Séptimo de Línea*. Santiago, Zig-Zag, 1955.

<sup>39</sup> Thorndike, Guillermo, *Vienen los Chilenos*. Lima, Promoinvest, 1978; p.92.

*Matriz rieron nerviosamente cuando puesto el Huáscar al sur de la formación enemiga se reanudó el cañoneo*<sup>40</sup>. En esa risa nerviosa están sumados el temor de muerte y la voluntad de gloria que potencializan el mito de la Patria.

El espectáculo apela a los cinco sentidos (*“El ojo, el ruido, el cadáver, todo es simultáneo”*<sup>41</sup>), incluso al del olfato. Varios textos dan cuenta de que toda la región hedía a guano: *“...Todo en medio de una nube de polvo que infectaba pulmones, irritaba ojos y era de una fetidez insoportable.”*<sup>42</sup>

En el siguiente trecho, que introduce la última parte del segundo segmento, cuando la lucha continúa a bordo de la nave peruana, es posible detectar por lo menos diez expresiones que aluden en forma brutal a una carnicería. En la primera mitad, la descripción es directa, con poquísimas figuras comparativas y casi ninguna intención interpretativa, como si la escena hablara por sí sola, como en un cuadro o en un palco:

*“I se trabó un lucha cuerpo á cuerpo, ferozmente. Los puñales se revolían en los vientres. Imprecaciones, estertores, los ruidos secos de los cuerpos que caian, se oian por todas partes. Los enemigos vendian caras sus vidas. I a ratos un lúgubre silencio. I el cuchillo de Juan charqueaba aquellas carnes vivas, esponiendo con un valor temerario mil veces su existencia, Los cráneos saltaban hechos pedazos, las plantas de aquellas fieras resbalaban en los trozos de sesos, sanguinolentos. Ya los hombres no gritaban, ladraban, rujian,*

<sup>40</sup> Idem, p.220. El subrayado es mío.

<sup>41</sup> Idem, 1879 p. 78.

<sup>42</sup> Querejazu Calvo, Roberto, *Guano, salitre y sangre*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1979; p.28.

*asesaban, con la lengua fuera como galgos cansados después de una larga cacería. Era aquello una siega, pero una siega trágica de gargantas. I sobre todo aquello, el redoble de un tambor tocando degüello. Era un espectáculo sublime en medio de todo su horror”(sic)(p.30)*

La metáfora central es aquí la de la jauría enfurecida donde los guerreros, transformados en fieras que ladran, rugen y acechan, se mueven sólo por instinto de muerte. Los elementos sonoros son de todo tipo ('imprecaciones', 'estertores', 'ruidos secos de cuerpos que caen') y contrastan 'a ratos' con el silencio 'lúgubre'. La comparación con la siega "trágica"<sup>43</sup> condensa la idea de que toda esa matanza se reduce, en ese instante, a su aspecto puramente factual, formal, intensificando el carácter pictórico de la primera mitad del trecho. El redoble de tambores, por su lado, enfatiza el ritmo feroz, instando con su orden de degüello<sup>44</sup> al aniquilamiento total del enemigo.

El combate se cierra con este enfrentamiento corporal de los marineros, munidos sólo de puñales y expuestos a la lucha sin ningún tipo de escudo u objeto de defensa. Pero, como vimos, la batalla ha comenzado a distancia, cada bando desde su nave, disparando desde lejos las baterías de los cañones. Este movimiento, que va de la lucha a distancia y que sólo se vale del cuerpo a cuerpo cuando la victoria está prácticamente asegurada, fue, según observa John Keegan, una de las estrategias militares más

---

<sup>43</sup> La imagen de segar las mieses, de cortar los tallos de cereales, se superpone a otra imagen frecuente de la guerra: la de los campos sembrados de cadáveres.

difundidas, desde tiempos de los asirios<sup>45</sup>; así se evitaba, hasta cuando ya no era más posible, la espantosa violencia del contacto directo, que exige una especie de violación tanto del instinto de autopreservación como de la inhibición cultural de la matanza cara a cara. La tesis del libro de Keegan es que la famosa afirmación del general prusiano, Carl von Clausewitz, según la cual la guerra es la mera continuación de la política por otros medios, es una gran equivocación, comprobada por el tipo de guerra que los avances tecnológicos del siglo XX han ido propiciando, en manos de militaristas y de totalitaristas. En el caso de la guerra del Pacífico, la afirmación de Carl von Clausewitz<sup>46</sup> todavía estaba vigente porque el tipo de guerra que podía sostenerse, con la tecnología de que se disponía a finales del XIX, estaba aún bajo el control de aquellos que, generalmente, eran los mismos que dirigían la política. Durante el conflicto del Pacífico, el presidente chileno Aníbal Pinto, el peruano Mariano Ignacio Prado y el general boliviano Hilarión Daza ( que sería substituído por el general Campero), comandaban desde sus gabinetes y a través de sus cancilleres los rumbos de la guerra que era fruto de una divergencia eminentemente nacional (por lo menos, en su apariencia).

Los juegos de luces y de sombras le otorgan al espectáculo descrito mayor intensidad teatral. Este procedimiento delata además la frecuente

---

<sup>44</sup> 'Entrar a deguello' significa, en el léxico de guerra, asaltar una plaza enemiga sin dar cuartel y matando a los ocupantes; en Moliner, María, Diccionario de Uso del Español, Madrid, Gredos, 1987.

<sup>45</sup> Keegan, John, Uma História da Guerra, (1993) trad. Pedro Maia Soares, São Paulo, Cia. das Letras, 1995; p. 258.

<sup>46</sup> Clausewitz, Carl von, De la Guerra, Barcelona, Labor, 1994; p. 48.

preferencia de los escenarios nocturnos para dar marco a las batallas. Por las noches, la luna, las estrellas y los proyectiles son las únicas fuentes de iluminación. Thorndike, empeñado en hacer la reconstrucción histórica de la guerra, a partir de partes oficiales y de documentos de la época<sup>47</sup>, describe el ataque nocturno que el acorazado Huáscar realizó en junio de 1879 en las costas de Iquique contra las naves chilenas ancladas en el puerto. Toda la maniobra es hecha a tanteos, cada sombra que se desliza puede ser el enemigo, las siluetas se adivinan en la oscuridad: “*Ni luz de estrellas, ni atisbo del nuevo día, ni fanales*”<sup>48</sup>: sólo la transparencia nocturna permitía adivinar el movimiento de los buques”<sup>49</sup> Cuando por fin intuyen el blanco y comienza el tiroteo, “*peruanos y chilenos se acribillaban a ciegas*”<sup>50</sup>, reconocen si dan en el blanco cuando las llamas de la corbeta enemiga se encienden.

En el caso de El cabo de cañón, la batalla comienza al caer la tarde y termina al amanecer. El subtexto simbólico de la victoria/alborada entra también aquí como elemento constitutivo. Pero la noche es fundamentalmente paisaje, escenario magnífico, escenario natural que funciona en el contexto de esta literatura-espectáculo, a modo de factor estructurante. Sus funciones son múltiples y se articulan en varios niveles de significación.

El paisaje está ligado profundamente a la identidad nacional que estos discursos se empeñan en construir. En este sentido, la imagen que puede

<sup>47</sup> Sus libros, afirma, no son ficciones: “Nombres, lugares y sucesos son reales. ..”, Thorndike, 1879. Prefacio.

<sup>48</sup> Antorchas o faroles que iluminaban los puertos.

<sup>49</sup> Thorndike, 1879, p. 246.

<sup>50</sup> Ibidem.



establecerse es que la naturaleza también es espectadora de las luchas desplegadas en sus espacios por aquellos que la defienden como propia.

Todas las características románticas se dan cita en lo que se refiere al tratamiento de la naturaleza como espacio<sup>51</sup>, en el cuento de Bórquez Solar.

Pareciera ser que se dibuja un paralelo entre los acontecimientos del combate y los acontecimientos naturales y que entre ambos se establece un *“diálogo misterioso en una lengua extraña, donde se mezclan el quejido i la risa, la plegaria i el rechinamiento.”*(p.24) El diálogo, por lo tanto, origina también reacciones contradictorias, románticas por excelencia, y da origen al espectáculo que entrecruza, en un mismo plano, **elementos** naturales con **elementos** del universo humano: *“Aquella nave, en medio de la noche espléndida, deslizando sobre el mar, bajo la mirada de los astros, insultando la tranquilidad de esa hora solemne con el constante resoplido de su pulmón de bronce...”*(24) Al interrumpirse el diálogo, se reestablece la distancia enmarcadora (en que la naturaleza se torna paisaje) donde los **elementos** naturales ‘observan’ el acontecer, es decir, de coprotagonistas pasan a ser espectadores ‘impasibles’ desde su esencia eterna, como la luna que *“impasible, subiendo poco a poco, comenzaba a iluminar las livideces de los moribundos i aquellas púrpuras de las heridas. Su tranquilidad parecía una burla”*(p.28). Si durante el diálogo entre los dos ámbitos simbólicos (el de la naturaleza y el antropológico) se genera la contradicción, en el distanciamiento de los mismos, sus esencias los restituyen a su posición de antípodas. Es decir que la naturaleza sigue

su curso infinito, inmovible, mientras en un movimiento contrario, los seres humanos siguen el suyo, conflictivo.

Esta es la idea que constituye la tercera y última sección del cuento:

*“La luna ya bordeaba el zenit. Un viento suave rizaba las ondas que semejaban reverberando al rayo plateado muchos millares de cristales, un viento suave que parecía salmodiar un responso oreando aquella horrible púrpura del combate.”*(p.31)

Como dice Simon Shama, *“la identidad nacional perdería mucho de su feroz fascinación sin la mística de una tradición paisajística particular: su topografía mapeada, elaborada y enriquecida como tierra natal.”*<sup>52</sup> En la construcción de la identidad nacional que estos discursos proponen, el paisaje funciona como punto de partida. La patria, la nación (en la concepción de Michelet y de los demás arquitectos del nacionalismo decimonónico<sup>53</sup>) están articuladas dentro de un espacio físico que es el paisaje nacional. Michelet entiende el paisaje como la corporalidad, encarnadura de la nación: *“Para amar a nuestra patria, hay que verla; hay que asociar la palabra con imágenes inspiradoras, emotivas, tiernas y vívidas.”*<sup>54</sup>

<sup>51</sup> Entre otros, Benedito Nunes, “A visão romântica” en J. Guinsburg, (org.) *Q* romantismo. São Paulo, Perspectiva, 1978; pp.51-74.

<sup>52</sup> Schama, Simon, *Landscape and Memory*. (1995), trad. Hildegrad Feist, *Paisagem e Memória*. São Paulo, Cia. das Letras, 1996; p.26.

<sup>53</sup> Viroli, Maurizio, *For Love of Country (An Essay on Patriotism and Nationalism)*, Oxford, Clarendon Press, 1995; en especial, el capítulo “The Birth of the Language of Nationalism”, pp.95-139.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 138.

Ese paisaje que el discurso patriótico erige como constitutivo de 'lo nacional' tiene funciones múltiples, ambiguas y contradictorias, según la ocasión, según la época. En determinados momentos, como en el caso del relato del Cabo de Cañón, la naturaleza se muestra tan impasible frente a los hechos de muerte que "*su tranquilidad parecía una burla*", es decir, cumple allí dos papeles simultáneos: el de marco, de escenario y el de espectadora (dos funciones del universo del espectáculo); en otras ocasiones, esa misma naturaleza, se configura como motivo primordial de la disputa, o sea, no es sino en nombre de ella que los hombres se degladian. Es el caso de las tres islas Chinchas peruanas, uno de los focos centrales de la disputa en torno al guano, y blanco de la invasión española previa a la guerra del Pacífico. El escritor boliviano contemporáneo, Joaquín Aguirre, exagera la relación conflictante entre ese paisaje tan codiciado y las imágenes de muerte que proyecta: "*No tendrán jamás poeta que cante su triste monotonía. Ni pintor que plazme su color blancuzco de muerte. Ni músico que se inspire en el graznido de sus aves. Ellas están como tres almas en pena, cubiertas con sus mortajas blancas en la soledad de la fría corriente de Humboldt en medio de un mar lleno de anchovetas...*"<sup>55</sup>

Hay además episodios en que la naturaleza participa como personaje secundario, apiadándose, dejándose tocar por los eventos, como es el caso de este último trecho del cuento de Bórquez Solar, en que el viento que emula a un coro griego, "*parecía salmodiar un responso*" en homenaje a

---

<sup>55</sup> Aguirre, Joaquín, Guano Maldito. La Paz, Tercer Mundo, 1986; p. 162. El autor, veremos en el próximo capítulo, está interesado en problematizar muchas de las premisas y estructuras del discurso nacionalista.

los caídos. El discurso romántico nacionalista articula las imágenes y las significaciones del paisaje natural, combinando oposiciones y afinidades. Está aquí, en plena actividad, el sincretismo romántico según el cual los contrarios se funden.<sup>56</sup>

En el libro de Paz Soldán sobre el caudillo boliviano de La Breña, Cáceres transforma la geografía de la escarpada región de sus maniobras en aliada natural contra el enemigo: “*El enemigo que pretende atacarme, tiene que vencer antes que a mi gente, a mis aliados, que son el (rio) Rímac y la gea de la región. En la sierra los accidentes geográficos tienen alma.*”<sup>57</sup> La naturaleza es allí, en este sentido, el factor sincrético por excelencia.

En el espacio físico nacional se articulan a un mismo tiempo, lo que Michelet llama la  *cité politique* y la  *cité morale*, que están en la esencia del espíritu patriótico. Para amar a la patria se debe tener la visión de su geografía, el contacto con sus imágenes, es necesario apropiarse de sus características físicas, de sus luces, de sus colores, de sus olores. Las ciudades funcionan también como emblemas nacionales. Sus monumentos, sus calles, sus casas son marcas en las que se apoya la imaginación patriótica para establecer las referencias familiares que sostienen el impulso de defensa.

El veterano peruano, coronel Luis Milón Duarte, escribe en 1884 un manuscrito, “*Exposición que dirige el Coronel Duarte a los hombres de bien*”, donde relata con detalles su participación en el combate de la Concepción, en julio de 1882, y las gestiones que realiza junto a varios

---

<sup>56</sup> Todorov, Zvetan, *Theories du symbole*. Paris, Seuil, 1977; p. 219

personeros peruanos para agilizar el tratado de paz<sup>57</sup>. En La Concepción, que sería una de sus más desastrosas campañas, Chile perdió toda su compañía que, desde la iglesia de la aldea, mantenía el control de la ocupación. El ataque peruano fue sorpresivo y culminó con el incendio de la iglesia. Para Chile tanto como para el Perú, estos hechos evidenciaban la necesidad de poner término a la guerra, cosa que ocurriría en mayo del año siguiente, tras la derrota peruana de Huamachuco. Después de casi cuatro años de luchas intermitentes, ambos países habían debilitado sus fuerzas económicas y militares. Perú estaba destruido y con la ocupación chilena en Lima, su soberanía se sentía amenazada; y Chile enfrentaba problemas internos que iban desde la indiferencia de la opinión pública y política hasta los conflictos con las poblaciones indígenas que había aprovechado las luchas en el norte del país para intentar recuperar su soberanía en el sur.

En la *Exposición* del Coronel Duarte, en el capítulo XIX titulado “Las Ruinas”, se describe cómo los soldados de la división chilena que llegaron después de la masacre, se vengaron incendiando a la ciudad, y matando a la población civil, degollando inclusive a los enfermos, niños y mujeres. En el relato, la dolorosa descripción de la devastación de la ciudad -su ciudad: su casa también fue destruida- se liga en forma explícita al espíritu nacional: “*Concepción, cual otra Sagunto*”<sup>58</sup> es una lección sublime para

<sup>57</sup> Paz Soldán, Luiz Alayza, *La Breña 1881*, (1954), Lima, ECOMA, 1978; p. 122.

<sup>58</sup> El documento permanece inédito hasta 1982, fecha en que se publica en forma de copia mimeografiada.

<sup>59</sup> Sagunto es una ciudad de la región española de Valencia, cuya historia se remonta a 15 siglos AC y que, según cuenta la leyenda, al ser atacada por los cartagineses, quemó todos sus edificios y luego a su población, de modo que cuando éstos penetraron sus murallas encontraron nada más que cenizas. Por esta leyenda la ciudad es considerada como símbolo del heroísmo colectivo.

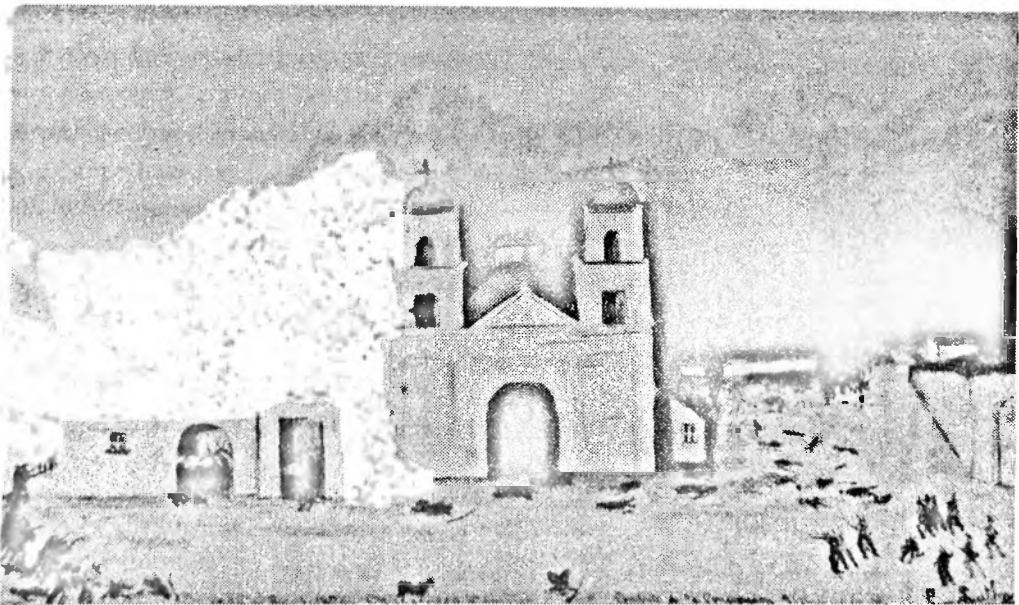


FIG. 1390.—COMBATE DE LA CONCEPCIÓN. (Oleo de Latham, Museo Histórico.)

*que las generaciones futuras no permitan que el invasor logre triunfos, que le den paso para profanar el suelo sagrado de la Patria.*"<sup>60</sup>

Durante casi los años que van de 1881 a 1883, los chilenos ocupan la ciudad de Lima. Los invasores chilenos atropellan, violan y profanan los emblemas, el espacio de la vida cotidiana, sus industrias, su comercio, sus vecindarios, sus edificios públicos, es decir, todas las marcas más familiares de la 'tierra natal'<sup>61</sup>. Otro peruano, Luiz Alayza Paz Soldán, también da cuenta de la dolorosa experiencia que fue para los peruanos la ocupación chilena: "*Pero la más espantosa de las torturas era ver levantarse cada mañana la odiada bandera enemiga en el viejo Palacio de Pizarro, espectáculo que arrancaba lágrimas a jóvenes, ancianos y mujeres...*"<sup>62</sup> También el historiador chileno Gonzalo Bulnes habla de una Lima invadida, que estuvo de luto durante todo el período de la ocupación y dice: "*La sociedad limeña pasaba su tiempo encerrada en sus habitaciones, viendo pasar por entre los bastidores de sus ventanas esos uniformes odiados...todo era mustio y triste en Lima. Sus damas de distinción, las representantes de su aristocracia de nobilísimos salones, no salían de su domicilio sino para ir a la iglesia...la vida social estaba suspendida por completo. Ni teatros ni fiestas...*"<sup>63</sup>

---

<sup>60</sup> Duarte, Luis Milón, "Exposición que dirige el Coronel Duarte a los hombres de bien", 1884, manuscrito dactilografiado y mimeografiado por José Dammert Bellido, Obispo de Cajamarca, Cajamarca, diciembre de 1982; p. 59.

<sup>61</sup> Chile llegó a emitir una estampilla peruana resellada con el escudo chileno, durante la ocupación.

<sup>62</sup> Paz Soldán, Luiz Alayza; op.cit. p.22.

<sup>63</sup> Bulnes, Gonzalo, *Resúmen de la Guerra del Pacífico*, Santiago, Ed. Del Pacífico, 1976; p. 219.

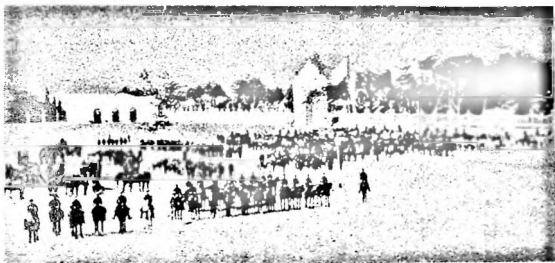


FIG. 1363.—ENTRADA DEL PRIMER REGIMIENTO DE ARTILLERÍA EN LIMA. (Foto, 1881.)

de los chinos. Asesinaron más de 300 asiáticos, siguieron con los negocios de los italianos e incendiaron diversos edificios. Torrico informó de estos sucesos al general chileno en la mañana del 17, y en la tarde ocupó Lima el general



FIG. 1364.—EL EJÉRCITO CHILENO DESPILA POR LAS CALLES DE LIMA. (Foto, 1881.)



Para Bolivia, el territorio que reclamaba en 1879 como propio incluía al mar y a toda su red de imágenes correlativas. Un siglo después, en 1977, siguen vivas las marcas de esa presencia-ausente en el imaginario cotidiano, como en el cancionero popular, cuyos títulos son elocuentes por sí solos: “Marcha Marítima”, “Yo quiero un Mar”, “Oh mi Litoral”, “Anhelo boliviano”, “Reconquista del Mar”, “Hacia el Mar”, “Al Mar”:

***“Marcha Marítima”***

*Letra: Gastón Velasco/Luís Llano*

*Música: Edgardo Otero de la Vega*

*“Entonemos la canción  
del mar, del mar, del mar  
que pronto nos llevará  
a la dicha y bienestar.*

*Levantemos nuestra voz  
por nuestro Litoral  
que pronto tendrá Bolivia  
otra vez; su mar, su mar*

*Antofagasta, tierra hermosa  
Tocopilla, Mejillones juntos al mar  
con Cobija y Calama, otra vez  
a Bolivia volverán.”<sup>64</sup>*

Tras la pérdida definitiva de ese paisaje, el sentimiento nacional se expresa en más de una ocasión con la metáfora, también líquida, del desangramiento. El cuerpo patrio boliviano se siente mutilado para siempre, su imagen nacional está construida sobre esa amputación. En las Memorias de Miguel Birbuet España se toma evidente la paradoja de un

---

<sup>64</sup> Puña, Edmundo Flores Prof., *300 Canciones para los estudiantes de mi Patria* (patrióticas, escolares, populares, folklóricas), La Paz, Crispín, 1977; p.25.

pasado que incluye cotidianos litoraleños y costeros enfrentado a un futuro que estará marcado por la falta:

*“Nuestra salida de Cobija<sup>65</sup>, fue sin la menor novedad; pero con el sentimiento grande de dejar nuestras playas y amistades queridas, de las que siempre mantendremos un recuerdo indeleble; mucho más todos los que desde tierna edad recibimos nuestra educación allí, y pasábamos días deliciosos de entretenimiento en las verdes lomas de las Cañas, así como marisqueando en las orillas del mar, durante la baja marea...”<sup>66</sup>*

El recuerdo a que se refiere el narrador, sólo pudo ser compartido por aquellos de su generación. La imaginación nacional de los descendientes no incluiría al mar en su paisaje vivido. La costa se transformaría así, para los bolivianos, en paisaje mítico de un eterno retorno, en el sentido en que lo maneja Mircea Eliade, como el lugar de la totalidad pristina, idealizada aquí como completa por el sentimiento nacional. Para los descendientes, quedaron las imágenes heroicas y trágicas de un espectáculo como el siguiente: *“...saltó el sol de su lecho de nubes como ávido de presenciar tan grande sacrificio. Sus clarísimos rayos reflejaron siniestros en las verdes ondas del tranquilo mar. Las gaviotas, lanzando un fúnebre y largo chillido, se alejaron presurosas del golfo...Entonces se pudo ver el cuadro.*

---

<sup>65</sup> Cobija y Tocopilla fueron los primeros puntos tomados por los chilenos, tras la declaración de guerra, en 21 de marzo de 1879. La población boliviana no ofreció resistencia en ese punto pues se hallaba completamente desprevenida y desarmada y se retiró hacia Calama, Arica y Tacna.

<sup>66</sup> Birbuet España, Miguel, *Recuerdos de la Campaña de 1879* (manuscrito inédito), (1879), La Paz, Isla, 1986; p. 19.

*Cadáveres, casi despedazados, yacían en todos los puntos de la cuesta...<sup>67</sup>*

La muerte es *leit-motif* de toda guerra. Cuando, como en la escena que encabeza este capítulo, la muerte deja al cuerpo tendido sobre la tierra, se está cumpliendo el designio según el cual toda nación se ha erguido sobre las tumbas de sus soldados. B. Anderson y la imagen del monumento al soldado desconocido.

Matar, vimos, se torna un procedimiento episódico y el momento de la batalla adquiere entonces el carácter eufórico de la *fiesta*, como en las memorias de Hipólito Gutiérrez: “*Era tanto el cerramiento de balas que a mí me pasaban por dentro las piernas, por los sentidos, pero nada de temor, me parecía que era una fiesta ora una traversura*”(p.194).

El trayecto penoso del viaje a la guerra culmina también en esa experiencia de goce y de diversión. Al llegar al campo de batalla, los hombres-soldados se desembarazan completamente de sus identidades anteriores (padres, hijos, maridos, amantes, hermanos, trabajadores, estudiantes, etc.) y asumen la función simbólica de seres para la muerte (la propia o la del otro). La tragedia se carnavaliza y se vuelve una fiesta donde la violencia, la herida, la sangre, el sufrimiento se transforman en motivo de júbilo. En vez de música, se escuchan el zumbido de las balas y granadas, las descargas de cañonazos y los gritos de dolor; “*Ai me cayeron dos granadas seguiditas por los pies y rebotaron, me taparon de humo y tierra, me zumbaron los sentidos, pero no me ofendieron en nada y dije yo*

---

<sup>67</sup> Arguedas, Alcides, *op.cit.*, p. 175.

*entonces: -Viva Chile!*"(p.213). En el lugar de la pista de baile (siguiendo con la analogía carnavalesca), los cuerpos caídos, degollados o mutilados por donde tropiezan los soldados componen un escenario grotesco<sup>68</sup>: *"...los alcanzaron i hicieron tanta matanza que no dejaron a ninguno vivo, partir cabezas y cortar brazos, y nosotros de más atrás animando a los granaderos que no dejaran ninguno vivo, y así mismo fués (sic)"*(p.214).

La danza de los cuerpos en la batalla disfrazada de fiesta, se efectúa a través de la coreografía macabra de los movimientos de ataque, de fuga, de caídas y de saltos que, dentro de la lógica del texto, se revisten siempre de belleza: *"Y seguimos avansando y dando fuego por un plan tan bonito y parejo;... (sic)"*(p.213). Por un lado, el júbilo y por el otro, la belleza. Dos elementos positivos que se construyen en contrapunto con el miedo, como una forma de exocizarlo o, por lo menos, de aplacarlo. En el texto de Gutiérrez siempre que surge el miedo a la muerte aparece enmarcado por alguna alusión al hermoso paisaje, a la euforia del grupo en la batalla o a la memoria de la patria, con un Viva Chile!

Los gallardos soldados letrados han aprendido todas las artimañas y estrategias que justifican y le dan sentido a la guerra moderna y sus discursos dan cuenta del dominio de esa adquisición.

---

<sup>68</sup> En el capítulo sobre la imagen grotesca del cuerpo de Rabelais, Bajtín define las formas populares de esta práctica artística y resalta, entre otras características, la ostentación de los cuerpos fracturados y con heridas expuestas: "...la logique artistique de l'image grotesque ignore la superficie (la surface) du corps et ne s'occupe que des saillies, excroissances, bourgeons et orifices, c'est-à-dire uniquement ce qui fait franchir les limites du corps et introduit au fond de ce corps", in L'oeuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Age et sous la renaissance, Paris, Gallimard, 1970; p. 316.

#### IV. Guano Maldito: o el valor de la mierda.

*“Esos chicos ingleses rubios y guapos, venidos desde la culta Europa, salidos quién sabe si de Oxford o Cambridge, haciendo huecos con el taladro en esas capas de excremento que dejaron mis antepasados. Quedé pensando en la poca distancia que hay de lo ridículo a lo trágico. En esas muestras de mierda se jugaba el destino de todo un pueblo de América enclavado en los Andes.”*  
**Joaquín Aguirre, Guano Maldito.**

Interesante resulta pensar, como lo hace Angus Fletcher, que la simetría de las idas y vueltas, de los avances y de los retrocesos dentro de la dinámica de la batalla puede leerse como una alegoría de la relación simétrica de dos argumentos opuestos discutiendo entre ellos<sup>1</sup>. En el fondo, toda guerra remite a un conflicto que se ha establecido anteriormente; toda guerra, pensada como lenguaje de la violencia, tiene por lo menos un

---

<sup>1</sup> “The back and forth of the battle, when translated to a mental conflict or an ideological warfare, becomes the symmetrical presentation of first the argument on one side, then the argument on the other.”, en Fletcher, Angus, Allegory. The Theory of a Symbolic Mode (1964), Ithaca, Cornell, 1982; p. 159.

intertexto, a partir del cual se torna posible entender la red de significaciones internas que la componen.

Asimismo, invirtiendo las coordenadas, un texto sobre la guerra es a su vez una alegoría y puede ser también una parodia de ese otro texto.

En este capítulo focalizaremos nuestro análisis sobre una obra de ficción dialógica<sup>2</sup> de las causas y de los orígenes de la guerra del Pacífico<sup>3</sup>. Una alegoría de la historia de América Latina que es también, en muchos momentos, una parodia de los presupuestos que le dan soporte al conflicto; en la cual muchos de sus aspectos quedan reducidos a sus aspectos más cómicos y ridículos.

Dentro del heterogéneo *corpus* que compone la enorme variedad de discursos sobre la guerra del Pacífico, no son muchos los momentos en que el elemento cómico entra en juego. La tónica es el tratamiento serio e incluso trágico del tema, ya sea en los textos de finales del XIX como en los textos de que lo retoman, durante el centenario de la guerra, alrededor de 1979. En ese sentido, la lectura alegórica y paródica del texto en que nos detenemos aquí se destaca como la única tentativa. El humor entra en algunas narrativas, aunque de manera muy esporádica y con un corte nítidamente rabelaisiano, en que se revela ligado de manera directa con una visión popular de la guerra.

---

<sup>2</sup> Kristeva, Julia, *Sémiotikè. Recherches pour une sémanalyse*, Paris, Seuil, 1969, en especial el capítulo basado en su lectura de Bajtín, “Le mot, le Dialogue et le Roman”; pp. 82-112.

<sup>3</sup> Trabajaré con los conceptos de alegoría en Fletcher, A., *op.cit.*; Benjamin, W., *Origen del Drama Barroco Alemán*; Todorov, T., *Théories du Symbole*; Genette, G., *Palimpsestes* y Bajtín, M., *La cultura popular en la edad Media y en el Renacimiento*.

Ya en 1879, el manuscrito de Miguel Birbuet, integraba episodios que le otorgaban momentos de comicidad al conjunto del relato. Un ejemplo de esto, es la escena en que el narrador describe las pésimas condiciones de subsistencia que tenía la tropa durante el viaje a la guerra, donde se advierten elementos rabelaisianos: *“ Al principio para nuestra subcistencia se nos daba ración de carne flaca de llama, que nos relajaba mucho el estómago y nos ponía en continuas marchas para el corral por la diarrea fuerte: una noche al riflero Juan Castaños lo había apurado tanto, que salió en camisa y regando todas las camas que encontró á su paso en la capilla hasta el extremo de verse sin calzoncillo.”* (sic)<sup>4</sup>

Por otro lado, están los Cuentos Militares del también boliviano, teniente coronel A. Rodríguez, de comienzos de siglo, reeditados en 1960, en que se destacan episodios de adulterios cometidos por esposas de jefes militares con sus subalternos, así como abundan historias sobre malos alientos, flatulencias, etc. Hay también todo un anecdotario de pequeñas corrupciones dentro de los cuarteles militares. De hecho, todo el conjunto de cuentos gira en torno a esas pequeñas y sórdidas anécdotas de bastidores de la guerra, en que el componente serio y grave queda fuera.

Curiosamente, estos ejemplos son ambos bolivianos, corroborando la idea expuesta en relación a la configuración de la figura heroica, de que Bolivia, la gran derrotada, adopta estrategias de desvío del canon para sus lecturas de la guerra.

---

<sup>4</sup> Birbuet, Miguel Espana, *Recuerdos de la campana de 1879*, (1879), La Paz, Isla, 1986; p. 47.

Pero, para los efectos del abordaje que pretendemos realizar a seguir, como ya señaló Genette, lo cómico puede ser también lo trágico visto de espaldas<sup>5</sup>. Y es lo que encontramos implícito en Guano Maldito del escritor boliviano contemporáneo, Joaquín Aguirre Lavayén, título de una novela novela escrita en 1976<sup>6</sup> y transformada diez años más tarde en una “tragicomedia latinoamericana en tres actos”, cuya primera presentación se realizó en la Casa de la Cultura de Santa Cruz, el 24 de abril de 1986<sup>7</sup>.

En efecto, la alegoría en Guano Maldito se rige por una necesidad de desplazar la historiografía tradicional y los discursos nacionalistas de sus lugares convencionales para enfrentarlos con su propia y resbaladiza naturaleza. Cuando Aguirre escribe en Bolivia esta alegoría paródica (en su primera versión), Hayden White, en USA, acaba de publicar Meta-Historia, donde sostiene que *“la conciencia histórica de que se enorgullece el hombre occidental desde comienzos del siglo XIX tal vez no pase de una base teórica para la posición ideológica a partir de la cual la civilización occidental encara su relación no sólo con las culturas y civilizaciones que la precedieron sino también con aquellas que son contemporáneas en el tiempo y contiguas en el espacio”*, subrayando de ese modo el “carácter ficticio” de las reconstrucciones históricas<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> “...le comique n'est qu'un tragique vu de dos.”, en Genette, Gérard, Palimpsestes. La Littérature au second degré, Paris, Seuil; p. 27.

<sup>6</sup> Aguirre, Joaquín L., Guano Maldito, Bogotá/ La Paz, Ed. Tercer Mundo, 1976. Las citas irán seguidas por el número de página, precedido por un I, en el cuerpo del trabajo.

<sup>7</sup> \_\_\_\_\_, Guano Maldito. Tragicomedia Latinoamericana (en tres actos). Santa Cruz, s/ed., 1986. Las citas irán seguidas de número de página precedido por un II, en el cuerpo del trabajo.

<sup>8</sup> Hayden White, Meta-História e Imaginação Histórica do Século XIX, ( 1973), São Paulo, Edusp, 1992, p. 18.



En esa línea de revisión de los presupuestos históricos tradicionales, aunque de una manera nada teórica pero literaria e intuitiva, se integra la alegoría de Aguirre que obedece sin duda a un afán por revisar y releer la historia desde un ángulo diferente, completamente inédito en lo que se refiere a lo que hasta entonces se ha escrito sobre la guerra del Pacífico. Digamos que Guano Maldito tiene un intertexto explícito, en función del cual articula su ‘ambivalencia’, en el sentido que le dan al término Bajtín y Kristeva: “*El término ‘ambivalencia’ implica la inserción de la historia (de la sociedad) dentro del texto, y del texto dentro de la historia.*”<sup>9</sup> La historia de los orígenes del conflicto del Pacífico recibe un enfoque paródico que trastoca las convenciones de la lectura historiográfica. Un enfoque claramente impregnado por los temas que marcaron a las décadas del sesenta y del setenta en América Latina, cuando proliferan las revisiones históricas y el llamado Redescubrimiento de América, cuando entran en colapso los nacionalismos revolucionarios y las sociedades latinoamericanas se enfrentan con la necesidad de repensar su condición endémica de dependencia económica<sup>10</sup>. Una época en que la literatura postula el compromiso político y en el campo de la teoría se debate el concepto de intertextualidad. La guerra de 1879 se inscribe, según esta visión, en un contexto socioeconómico, político e histórico mucho más amplio que abarca un proceso iniciado desde tiempos muy anteriores a la llegada de los españoles ( “*Todo hubiese quedado a las mil maravillas si no*

---

<sup>9</sup> Kristeva, *op.cit.*, p. 88.

<sup>10</sup> En esa misma década, en (1974) Roa Bastos publica en Paraguay, por ejemplo, *Yú el Supremo*, donde documentos historiográficos reales y ficticios se combinan en la

*se nos meten los hombres blancos*”(p.24)); y al mismo tiempo, remite a la idea de que muchos de los conflictos y problemas colocados precisamente por la guerra permanecen vigentes hasta la actualidad. Dicho de otra manera, la alegoría de Aguirre amplía simbólicamente el alcance temporal del evento de la guerra.

Una pequeña descripción formal de las dos obras de Aguirre ( la novela y la pieza teatral) se hace necesaria en este punto, para después entrar en la materia que las anima. La primera diferencia es su tamaño: la novela tiene casi trescientas páginas que quedan reducidas a noventa en la tragicomedia. Obviamente, Aguirre redujo la extensión de la segunda para hacer factible su escenificación. En este proceso se pierden ricos momentos paródicos pero se ahorran también largos períodos de digresiones un tanto extemporáneas. La novela tiene ya la estructura de un diálogo y la trama se constituye a partir de una alegoría mítica que recoge y ‘rejunta’ rapsódicamente varios mitos de origen indígena y de origen clásico.

Para efectos del análisis que se propone aquí, la novela sirve mejor por la mayor cantidad de pormenores de estilo y situaciones narrativas que ilustran la intención paródica. La obra de teatro ha condensado las ideas y episodios, así como los personajes y situaciones resutan más emblemáticos. La parodia, en el teatro se vale también de los recursos escenográficos que en el texto escrito no aparecen.

La anécdota que enmarca la rapsodia, está caracterizada como una reunión que EL GRAN MAESTRO (alegoría de dios) y el arcángel San Gabriel, con

---

composición de una lectura interpretativa de la historia del dictador paraguayo que evidentemente desacraliza y deconstruye las visiones tradicionales.

Chincha Islands, and between 1853 and 1872 it is estimated that eight millions tons were sent away. In that year the Chincha Islands were practically exhausted. The Peruvians had acted as though they were to last forever as a source of revenue, and the discovery of the great value of the deposits may be considered the cause of the present bankruptcy of the country. They had abolished the taxes and relied upon the Chincha Islands for all money needed by government, including the immense



SEA-BIRDS AT HOME.

sums expended in the construction of railways. They appointed agents in London and New York for the sale of the guano, and as long as the business was prosperous, a great many men grew rich out of the transactions.

“As the Chincha Islands gave out other deposits were worked, some on the Lobos Islands, others on the Guanape Islands, and others in Tarapaca, but none of them are as rich or extensive as was the original source of supply.”

motivo del centenario de la guerra, han convocado con las aves guaneras para demostrarles su responsabilidad en las causas del conflicto. Conviene aquí, sin peligro de tornar monótona la lectura (en realidad muy al contrario), transcribir en forma directa el trecho siguiente que da una muestra del tono paródico y lúdico con que se maneja la voz narrativa:

*“-Nosotros no tenemos la culpa -se apresura a decir el cormorán. El GRAN MAESTRO los mira por unos instantes y luego les dice en tono tranquilo:*

*-Claro que la tienen por pájaros cagones.*

*?-Cómo es eso GRAN MAESTRO? -Protestan los pájaros en coro.*

*-Sí, como lo oyen. Tienen la culpa por defecar en sitios de su caprichosa preferencia, como las Islas Chinchas del Perú, la Bahía y Morro de Mejillones de Bolivia, pero en las costas de Chile casi nada... Una injusta discriminación contra Chile.*

*-Pero GRAN MAESTRO -interviene la señorita Gaviota, capitaneando el grupo. -Ubicación es tradición. No podemos cambiar en un tris, tras: tenemos que usar las letrinas de nuestros mayores. !Tenemos principios conservadores, capas de mierda de miles de generaciones acumuladas cuidadosamente como pergaminos de buena familia! -En las Islas Chinchas, por ejemplo, ya llegamos a los dos metros y quince centímetros de espesor ?No le parece eso importante GRAN MAESTRO?... Dos metros y quince centímetros de guano, nada de bla...bla...bla...esos son números, datos estadísticos, producto interno*

*bruto: P.I.B. Estamos defecando eficientemente durante dos millones de años y con mucha dignidad.*

*-!Pero para Chile nada! -Interrumpe el GRAN MAESTRO. Si ustedes volaran como buenos pájaros; si ustedes defecaran con ordenamiento geográfico, habrían evitado los sangrientos conflictos entre Bolivia, Chile, y Perú.*

*Los pájaros se miran y quedan quietos escuchando atentamente al GRAN MAESTRO que les dice:*

*-El asunto es dejar un poquito de excremento aquí; un poquito de excremento allá...para todos. ?Comprenden? A ver: Digamos, empezar por el paralelo dos, luego un poco en el cuatro, otro poco en el seis, en el ocho, en el diez, en el doce, en el catorce, hasta llegar al paralelo geográfico cuarenta y ocho sur.*

*-?Y estirar la pata del frío? -Interrumpe el Cormorán, usted nos está llevando al Polo Sur GRAN MAESTRO, y nos va a matar. ?Se ha creído que somos Pinguinos?*

*-Nada de eso -Sonríe el GRAN MAESTRO-. Solamente les pido una justa distribución de excrementos para mantener la paz entre los hombres.*

*Los pájaros quedan cabizbajos rumiando su culpa. Nunca pensaron que defecar les traería a fin de cuentas tales problemas de conciencia.*

*-Permiso, GRAN MAESTRO.*

*-Permiso, GRAN MAESTRO.*

*Uno a uno respetuosamente se despiden y se van aleteando tristemente sobre las aguas del mar.”(pp.15-16)*

Con el recurso paródico todos los ideales heroicos de nación que los discursos de la guerra exaltan como baluartes retóricos quedan reducidos a un conflicto sobre excrementos y letrinas. Aunque con otro sentido que el que tenía en la Edad Media, como lo advierte Bajtín, la degradación de lo sublime (en este caso, toda la imaginería patriótico-nacionalista) transfiere al plano material y corporal lo elevado, espiritual, ideal y abstracto<sup>11</sup>: “*la risa degrada y materializa*”. Sin embargo, aquí como en el contexto rabelaisiano, la degradación, es también “una inmersión en lo inferior productivo”, es decir, se trata de una operación de valor ambivalente que apela a la regeneración, a la fertilización del suelo. En este sentido, la parodia de Joaquín Aguirre es también ambivalente y no funciona solamente como crítica negativa y degradante sino también como una proposición de cambio de perspectiva para la lectura del acontecimiento histórico y de sus causas. Bueno es aclarar aquí que, como ya se anotó en la introducción de este trabajo, desde 1860, el guano había sido suplantado en parte por el salitre como fertilizante agrícola. La especulación económica que determina en gran medida la guerra, es la que gira alrededor del salitre de la zona de Tarapacá y de sus rentables posibilidades en los mercados europeos. Aguirre Lavayén menciona el salitre en su tragicomedia pero su interés está en conectar directamente el hecho bélico con el excremento que, de alguna manera, fue el primer producto en llamar la atención de los capitales económicos británicos sobre esa región del mundo.

---

<sup>11</sup> Bajtín, Michael, La cultura Popular en la Edad Media en el contexto de François Rabelais, Buenos Aires, Alianza, 1994; p. 24.

Quien cuenta la historia es un pájaro<sup>12</sup>, un pelicano que, como los demás pájaros convocados por EL GRAN MAESTRO en 1979, tiene el don del habla<sup>13</sup>. En la reunión se encuentran cormoranes (alcatraces), gaviotas y guanays<sup>14</sup> que son las especies de pájaros que depositan sus excrementos en las costas de la región desde hace siglos. El pelicano trovador aquí además es inmortal gracias a un “accidente” en el que se mezclan mitos sudamericanos ligados al agua<sup>15</sup>, al fuego y a las aves y peces (el pelicano tiene una larga tradición simbólica, siendo asociado también al sacrificio cristiano y a la resurrección y su imagen se liga muchas veces a la del ave Fénix<sup>16</sup>): después de subir hasta donde vuelan nada más que los cóndores, el ave cae en picada al mar donde engulle una anchoa luminosa que le confiere la inmortalidad.

---

<sup>12</sup> El gran ejemplo latinoamericano del ave que se queda para contar la historia está en la novela de Mário de Andrade, *Macunaíma. O Herói sem nenhum Caráter* (1927): “Só o papagaio conservava no silêncio as frases feitas do herói. Tudo ele contou pro homem e depois abriu asa...” , São Paulo, Biblioteca Universitária de Literatura Brasileira, ed. Crítica, Telê P. Ancona Lopez, 1978; p. 148.

<sup>13</sup> Alexander von Humboldt (también personaje de la obra) recogió en su *Voyages dans l'Amérique équinoxiale*, Vol. 8, el mito de un ave que hablaba. También Fray Gaspar de Carvajal, en 1542, cita un ave que habla: “...sobre un roble, la cual nunca vimos, comenzó a decir a muy gran priesa, ‘huid’, y esto lo dijo muchas veces y decíalo tan claro como uno de nosotros lo podría decir”, in *Relato del Nuevo Descubrimiento del Famoso Río Grande de las Amazonas*, México, Ed. Jorge Hernández Millares, FCE, 1955; p. 109.

<sup>14</sup> Del nombre de esta especie que ha sido la gran responsable por los depósitos del excremento se deriva la palabra **guano** (en quechua es la voz ‘wanu’).

<sup>15</sup> Claude Lévi-Strauss se refiere a los mitos sudamericanos que ligan la resurrección y la inmortalidad al elemento agua, en *Lo Crudo y lo Cocido*. (1964) México, Fondo de Cultura Económica, 1968; p. 189-196.

<sup>16</sup> Chevalier et Gheerbrant, *Dictionnaire des Symboles*. Paris, Laffont, 1982; p.738. Existe también un estudio reciente sobre la simbología del pelicano titulado *Le pelican: histoire d'un symbole*. Paris, Ed. du Seme, 1994, de Lucienne Portier.

Desde ese episodio que ocurre en 1550, el pelícano sobrevuela las costas del Pacífico presenciando todos los acontecimientos de la historia. El ave posee además de su prosopopeya, una conciencia ideológica que lo remite a su continente: se trata de un pelicano asumidamente sudamericano pero que niega cualquier identidad nacional. Su existencia, como la de los demás habitantes del continente antes de las conquistas, es transnacional: *“-Es usted un pelicano Chileno?, boliviano? o peruano?*

*-No, mi jefe, soy un pelicano. Uno que vuela rastreando anchoveta a lo largo de la costa...y aunque la vida está muy difícil no me he parcializado en cuanto a nacionalidad.”(I/p.17)*

Por un lado, en Guano maldito el pelicano representa al mundo pre-hispánico y por el otro, gracias a su carácter inmortal, funciona como un alter-ego de la perspectiva histórica que subyace en la narrativa. Esa perspectiva narrativa se pretende, a partir de ese dato, imparcial con relación al conflicto del guano. Por lo menos, en lo que se refiere a los tres países americanos que son vistos como víctimas del sistemático acoso de Europa. La idea es que el gran enemigo procede de ultramar, desde la llegada de los primeros conquistadores:

*“Yo he visto el continente suramericano como una apetitosa pierna de cerdo rodeada de mar, compartida por España y por el Portugal desde los años en que me tragué la anchoveta de fuego, cuando los Pizarro y los Almagro se tomaron el reino del Perú y los portugueses la Bahía de Río de Janeiro. Durante tres siglos, las otras naciones de Europa le dan vueltas a esta pierna de cerdo, Francia, Inglaterra y Holanda*



*logran hincar sus dientes en las islas del caribe, el belice, las Guayanas.”(I/p.28)*

La Guerra del Pacífico es, según esta óptica, manipulada por motivaciones muy anteriores y, sobre todo, externas a la región: son los intereses económicos de la expansión capitalista inglesa en particular y europea en general, los que están por detrás de todo el litigio. La gran originalidad del texto de Aguirre (en ambas versiones) es la incorporación del elemento cómico y paródico al origen del conflicto que liga directamente los excrementos fertilizantes con los intereses económicos de Europa: **“GUANOS QUE SE CONVIERTEN EN LIBRAS DE ORO”**.

El tema del origen escatológico de las causas de la guerra ya había sido tocado en más de una ocasión pero siempre por discursos que se preocupaban por mantener un tono de seriedad y de distancia académico-histórica.

Un buen ejemplo se encuentra en el ensayo titulado Guano, Salitre, Sangre. Historia de la Guerra del Pacífico, de Roberto Querejazu que se publica con motivo del centenario de la guerra. El segundo capítulo de esa extensa obra (de 820 páginas) titulado “El guano, manzana de la discordia”, relata con despliegue de eruditismo de qué manera, desde hace milenios, el fertilizante orgánico ha sido depositado hasta llegar a formar capas de más de 30 metros de espesor, en gran medida gracias a la especie de los guanay que:

*“es la más perfecta máquina productora del fertilizante, responsable de un 85 por ciento del existente en las costas de Atacama y Tarapacá. No tiene escrúpulo en defecar en su propio nido o a su alrededor. Se ha*

*estimado que se precisan 14 toneladas de pescado para la evacuación de una tonelada de excremento. Una numerosa colonia de guanay es capaz de consumir mil toneladas de anchoveta al día.*"<sup>17</sup>

Nótese de paso que por más serio que se quiera este discurso, el hecho de cobrarle escrúpulos de cualquier naturaleza a un pájaro, le confiere un tono cómico/paródico no ya al contenido sino a la propia enunciación. Añádasele a este detalle el título del capítulo, que asocia el guano a la idea del pecado original: "*la manzana de la discordia*" y puede decirse que todos los elementos estaban ya dados para la lectura paródica de Joaquín Aguirre. Excremento y alimento se asimilan en una misma imagen rabelaisiana que después sirve en el libro de Querejazu, para el título del cuarto punto del mismo capítulo: "*El guano despierta el apetito territorial de Chile*". La fuerte vigencia de la elipsis conceptual y simbólica del factor económico que impulsa el apetito territorial, opaca al oxímoron sintáctico y lo 'naturaliza', pero la significación literal de la frase continúa siendo la de un país (Chile) que siente 'apetito' (y no 'interés' o 'atracción') territorial motivado por un excremento. A la letra sería "hambre de mierda".

El procedimiento de Joaquín Aguirre opera en sentido contrario, es decir, deja al descubierto la relación sintáctico-semántica entre el excremento y el desarrollo de los sucesivos acontecimientos del conflicto y expone esa relación de manera descarada, sin matices : "*Receta de guerra: Primero bata bien el guano de Mejillones: Luego añada salitres de Antofagasta: Después remoje el guano y el salitre con sangre de cholos bolivianos y peruanos, y sangre de rotos chilenos. Hierva todos esos ingredientes en las*

---

<sup>17</sup> Querejazu Calvo, Roberto, *op. cit.*, p.23.

*costas del litoral de Pacífico....La receta está firmada por un cocinero británico.*"<sup>18</sup>

La idea de una receta y la figura del cocinero imperialista subrayan el factor "hambre de mierda" que aparece en el texto de Querejazu Calvo, recién mencionado.

Aguirre despoja al acontecer histórico de cualquier significado idealista o positivo y muestra una visión pragmática, donde los verdaderos motivos son los más prosaicos, pueriles e interesados. Por tomar uno de los múltiples ejemplos de esa concepción de la historia, detrás de la invasión napoleónica a Méjico, en 1863, Joaquín Aguirre coloca las ambiciones personales y mezquinas de la esposa de Napoleón Tercero, Eugenia de Montijo, que en "*una de esas noches románticas dignas de la Alhambra*" lo convence de que todo gran emperador necesita un Imperio: "*Mi amor, me das un beso?- dice Eugenia abriendo sus piernas de nácar y Napito III se acomoda entre las sábanas del lecho imperial de la Francia, decidido, con la Inglaterra y la España, a violar a México...*" (I/p.133) Obsérvese cómo la narración le atribuye a la conquista connotaciones similares a las de un acto de violencia sexual, reforzadas por la proximidad discursiva con el acto sexual de Napoleón y Eugenia bajo "las sábanas del lecho imperial". El archiduque de Austria, Maximiliano que ocuparía el trono imperial mejicano entre 1864 y 1867, aparece como "*...un chico de la Casa de Habsburgo, descendiente de Carlos Quinto, que le sirvió en Méjico de mayordomo.*" (I/p.133).

---

<sup>18</sup> Aguirre, Joaquín Lavayén, *Guano Maldito. Tragicomedia latinoamericana en tres actos*, Ed. del Autor, 1985; p. 25.

Esta lectura irreverente del intertexto histórico latinoamericano impregna toda la estructura de ambas versiones de Guano Maldito. La parodia está al servicio de esa visión desilusionada del desarrollo independiente de Latinoamérica que ya se advierte en el encabezamiento de la obra de teatro :

*“La TRAGI-COMEDIA subsistencia de los pueblos Latino-americanos que no alcanzan a librarse del poderío económico y militar de las GRANDES POTENCIAS, está marcada en nuestra historia del Norte a Sur:*

<i>MEXICO:</i>	1846	<i>Invasión de los EE.UU. (Gral Z. Taylor). Pérdida de TEXAS, ARIZONA, NUEVO MEXICO, CALIFORNIA.</i>
	1862	<i>Invasión de FRANCIA. Napoleón III.</i>
<i>S.DOMINGO:</i>	1861	<i>Invasión de ESPAÑA</i>
	1916	<i>Invasión de EE.UU.</i>
<i>PERU</i>	1864	<i>Captura de las Islas Chinchas por</i>
		<i>ESPAÑA (14 de abril)</i>
	1866	<i>Bombardeo del puerto de Callao por ESPAÑA (2 de mayo)</i>
<i>CHILE:</i>	1866	<i>Bombardeo del puerto de Valparaíso por ESPAÑA (31 de marzo)</i>
<i>COLOMBIA:</i>	1903	<i>Intervención de los EE.UU. Canal de Panamá. Creación de la República de Panamá desmembrada de Colombia.</i>
<i>NICARAGUA:</i>	1910	<i>Intervención de EE.UU.</i>
<i>ARGENTINA:</i>	1982	<i>Islas Malvinas. INGLATERRA”(II)<sup>19</sup></i>

<sup>19</sup> Llama la atención que aquí el autor no haya incluido el episodio de la invasión norteamericana en playa Girón, en Cuba.

Como ya observamos, uno de los grandes temas de la lectura de Joaquín Aguirre es el aspecto económico que anima toda la relación entre América y Europa, desde su primer contacto<sup>20</sup>. La participación de intereses ingleses en la guerra es un hecho que se detecta desde sus inicios<sup>21</sup>, cuando la compañía inglesa Gibbs & Sons, en 1841, obtiene un contrato de monopolio de extracción del guano del Perú: *“Era una historia de las Mil y una Noches y los Gibbs tenían la lámpara de Aladino convirtiendo firmemente el guano en oro...A costilla de los pájaros defecadores y de los peones esclavos de América quién sabe si no alcanzarían pronto los Gibbs la honra de ser ungidos en Inglaterra Reales Caballeros de la Liga..”*(I/p.43). De hecho, como resalta Halperin Donghi, Gran Bretaña no tenía adversarios en su predominio de los mecanismos bancarios y financieros latinoamericanos, cuyos gobiernos usaban a banqueros de Londres como agentes.<sup>22</sup> El recurso de estilo que conecta en forma directa las imágenes de la América brutalmente violentada con las imágenes de una Europa civilizada y de refinamiento cultural es recurrente en la parodia de Aguirre y se repite en ambas versiones, aunque con más énfasis en la novela: los “pájaros defecadores” y los “peones esclavos” están ligados a los salones de los “Caballeros de la Liga” ingleses donde el guano se convierte en oro: **“ESCREMENTO DE SUR AMERICA-ORO EN EUROPA”**.

---

<sup>20</sup> Como observa Todorov, es fundamentalmente el afán de riqueza y de oro que anima a los europeos desde los años de la Conquista. En Todorov, *op.cit.*, pp. 17-19.

<sup>21</sup> Ver Amayo, Enrique, *La política británica en la Guerra del Pacífico*. Lima, Horizonte, 1988.

<sup>22</sup> Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1982; pp. 224-225.

Por otro lado, se puede pensar en la interpretación freudiana de la relación entre las heces y el oro, formulada a partir de formas arcaicas del pensamiento (antiguas civilizaciones, mitos, cuentos de hadas y supersticiones, formas de pensamiento inconsciente, sueños y neurosis) en las que el dinero se asocia íntimamente con suciedad: *“de hecho, ya en las antiguas doctrinas babilónicas el oro es el excremento del Infierno”*<sup>23</sup>. Freud se refiere asimismo al proceso de sublimación mediante el cual el interés erótico original por la defecación se extingue en la vida adulta, cuando surge el interés por el dinero. Pues bien, en el caso del guano, considerando a esos dos mundos enfrentados entre sí -América y Europa-, y completando la alegoría de Aguirre, delante de una civilización primitiva, insipiente, original, se presentaría la otra, adulta, que ya había transferido su impulsión primitiva a un nuevo objetivo emergente: el dinero. También Octavio Paz, en “Conjugaciones”<sup>24</sup>, establece lo que él denomina ‘analogía contradictoria’ entre excremento y oro/sol: *“Guardar oro es acumular vida (sol) y retener el excremento”* y realiza una lectura de la conquista en que España *“extrae el oro de las Indias, primero de los altares del demonio (o sea, de los templos pre-colombinos) y después de las entrañas de la tierra. En ambos casos, se trata de un producto del mundo inferior, dominio de bárbaros, de cíclopes, del cuerpo. América es una especie de letrina fabulosa, sólo que allí la operación no consiste en la retención del oro sino en su dispersión. El metal solar se desparrama sobre los campos de Europa*

<sup>23</sup> Freud, Sigmund, “Charakter und Analerotik”(1908) in Zwang, Paranoia und Perversion, Frankfurt am Main, Fischer Verlag, 1982; p. 29.

<sup>24</sup> Paz, Octavio, in Conjunções e Disjunções, trad. Lúcia Teixeira Wisnick, São Paulo, Perspectiva, 1979.

*en guerras insensatas y en empresas delirantes. Un soberbio desperdicio excremental de oro, sangre y pasión...*<sup>25</sup>

Las aristocráticas y tradicionales familias francesas ligadas a la producción vitivinícola tienen una contrapartida en la materia prima de tanta prosperidad y buenas cosechas: los fertilizantes orgánicos venidos de América. El personaje que encarna este aspecto en Guano Maldito (en la obra de teatro ha sido borrado) es el “muy astuto”, Barón de la Rivière, representante de la Casa Luciano Armand de Burdeos:

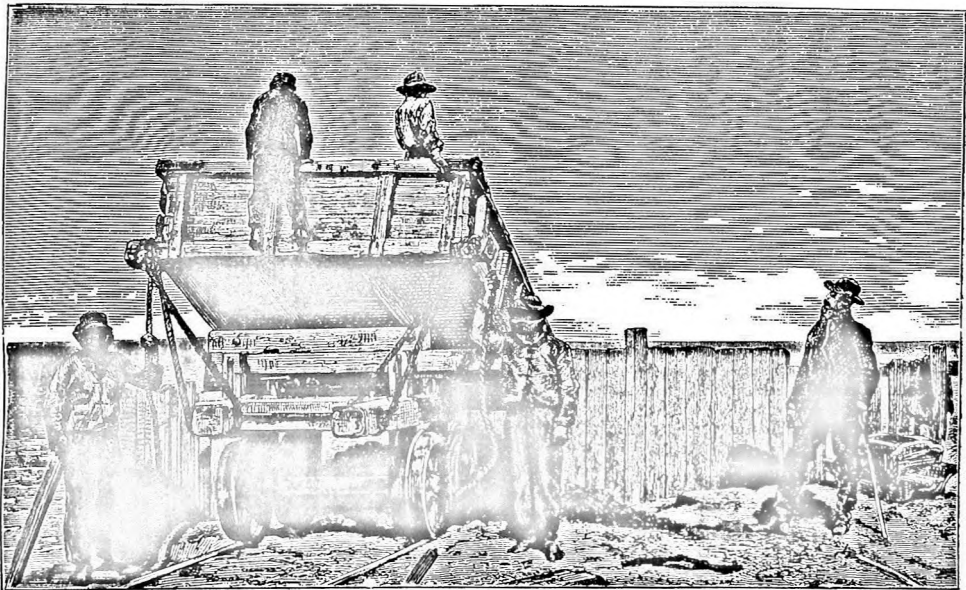
*“La Casa Luciano Armand importa y vende guano de pájaros marino a los granjeros viticultores de la zona, que fertilizan sus viñedos para la mejor producción de esos famosos vinos de ‘Appellation d’Origine’ y de ‘Appellation Controlée’ de la región de Bordeaux. Los vinos St. Emilion embotellados ‘crus classés’, los Médoc y los Graves, con etiqueta de los diferentes ‘châteaux’ como Lafite-Rothschild, Margaux, Latour, Mouton-Rothschild, Kirwan y esos destilados de uva, potentes y aromáticos de la región de Cognac, etiquetados ‘V.S.O.P.’” (1/p.219)*

Aguirre establece así una especie de panorama globalizado de la economía occidental del siglo XIX. La noble aristocracia francesa ligada a la aristocracia del vino depende directamente del trabajo absolutamente inhumano a que eran sometidos los hombres (bolivianos y chinos ‘culies’, importados) que trabajaban en la extracción del guano de las costas del Pacífico; situación descrita por Querejazu Calvo en los siguientes términos:

*“Los peones tenían que usar picotas o barrenos para romper la dura masa. Los trozos se molían a golpes y se ensacaban. Todo en medio de*

---

<sup>25</sup> Ibidem, p. 30.



DISCHARGING A GUANO WAGGON.



*una nube de polvo que infectaba pulmones, irritaba ojos y era de una fetidez insoportable...Tienen que trabajar desde el amanecer hasta la caída de la noche, todos los días de la semana, incluyendo los domingos, en medio de nubes de polvo pernicioso que los enferma de tisis. Viven en chozas levantadas sobre el mismo guano. Ya sea que estén trabajando, comiendo o durmiendo, nada los libra del polvo y del mal olor. Algunos se suicidan arrojándose desde lo alto de los acantilados”<sup>26</sup>*

Joaquín Aguirre aplica el humor y la ironía antes de que el tono de denuncia histórica se apodere de toda la escena y el pelicano trovador saca cuentas:

*“El año 1864 los Gibbs vendían a Europa cuatro millones de toneladas de guano por un valor de veinte millones de libras esterlinas de oro. Veamos lo que significa eso. (Saca papel y lee).*

*333.000 toneladas de guano por mes*

*11.000 toneladas de guano por día*

*435 toneladas de guano por hora*

*15 toneladas de guano por minuto!*

*¡USTEDES SE IMAGINAN SEMEJANTE CAGADA!(Wp.47)*

Una vez más los recursos de Aguirre son rabelaisianos. Lo grotesco, escatológico se liga violentamente a ganancia, a riqueza que, a su vez, está relacionado con el nivel de vida y con la mayor posibilidad de adquisición de alimentos en una Europa cuyos avances tecnológicos y científicos han detonado un repentino crecimiento demográfico que demanda nuevas

---

<sup>26</sup> Querejazu, op.cit., p.28.

fuentes de subsistencia. La idea es: mientras más excremento es extraído en América, más come y disfruta la burguesía en expansión en Europa: *“Más de 2000 barcos cargados de guano se movían por los mares del mundo. Semejante movimiento de mierda no tenía que envidiar al de los actuales buques petroleros”*(II/p.47)<sup>27</sup>

El europeo que llega a América en el siglo XIX tiene características muy distintas del que había llegado en el siglo XVI. Colón, Cortés, los conquistadores venían en busca del oro y, admirados se encontraron con “el otro”, con el cual se enfrentaron hasta dominarlo o exterminarlo y llevarse lo que querían<sup>28</sup>. En el siglo XIX, Alexander von Humboldt, Charles Darwin y otros viajeros científicos llegan a América impulsados por la ambición de otro tipo de bienes. Bienes que su época ha colocado en lugar de destaque: la experiencia y el conocimiento son los que los llevan a recorrer toda América, prácticamente de un extremo a otro. Como su compatriota Rugendas, Humboldt se expone a toda suerte de enfermedades y de vicisitudes, y regresa al cabo de años a Europa, más rico en experiencia (palabra tan querida de su tiempo), más sabio y con más prestigio, repleto de ejemplares de insectos, especímenes raros de botánica, pedazos de minerales, etc; sobre todo, con muchas historias que contarle a sus amigos, entre ellos su gran amigo Goethe: *“Por la noche, hora de anotar las conversaciones, sorprendemos a Goethe peculiarmente jubiloso. Su amigo*

---

<sup>27</sup> Aquí se nota también la fecha de la obra de Aguirre que se maneja con las referencias económicas de la era del petróleo que abarcó toda la década de 1970.

<sup>28</sup> Que es una de las ideas desarrolladas por Zvetan Todorov, en *La conquête d'Amérique*, Paris, Seuil, 1982.

*Humboldt lo acompañó en la mañana con relatos de aventuras distantes, nuevas colecciones de minerales y modalidades fascinantes...*<sup>29</sup>

En la rapsodia de Aguirre, Humboldt aparece subiendo y bajando los cerros del altiplano, observándolo todo, recogiendo materiales y regresando a Europa para incitar la curiosidad de otros, entre ellos de Darwin. Humboldt es, según el pelicano portavoz y alter-ego de Aguirre, el comienzo del conflicto del guano. La idea es que a través de la mirada del científico alemán, que integra las experiencias sudamericanas a su sociedad y a través del espejo que se le propone desde Europa, América se observa a sí misma por primera vez como parte de un universo mayor. En este sentido, cuando Todorov afirma que el descubrimiento de Cristóbal Colón, en 1492, marca el inicio de la conciencia occidental moderna sobre el mundo finito dentro del cual cada uno tiene su lugar, hay que pensar que esa conciencia de totalidad espacial se procesa acoplada a una conciencia cultural y económica dominante: la europea.

La parodia de Joaquín Aguirre afirma justamente la total dependencia de América en relación a Europa, en lo que concierne a todo su desarrollo posterior a la Conquista, desde los inicios del contacto entre ambas culturas. La ideología europea de un capitalismo ya incipiente en el siglo XVI así como el europeocentrismo cultural se imponen sobre sistemas económicos y culturales heterodoxos que imperaban en el continente hasta la época<sup>30</sup>. América pasará, desde ese momento, a desarrollarse ‘a imagen de la imagen’ que le llega de Europa. El sistema económico y político de la

---

<sup>29</sup> Lezama Lima, José, *Tratados en la Habana*, Santiago, Orbe, 1970; pp. 161-162.

<sup>30</sup> Donghi, Halperin, Tulio, *op.cit.*

colonia obedece al esquema de la imposición de las estructuras europeas sobre las indígenas y se basa en la idea de la desigualdad de las culturas nativas en relación a las europeas. La alteridad será manipulada a partir de allí en favor de los conquistadores.

Los movimientos de independencia y la construcción de las identidades nacionales latinoamericanas en el siglo XIX pasan necesariamente por ahí. Como resalta Roberto Schwarz, *“las conquistas liberales de la Independencia alteraban el proceso político de cúpula y redefinían las relaciones extranjeras, pero no llegaban al complejo socioeconómico generado por la explotación colonial, que quedaba intacto...”*<sup>31</sup>. Ya Halperin Donghi proyecta una idea similar a respecto de la América Latina y habla de un orden “neocolonial” que surgiría a mediados del siglo XIX, marcado por las nuevas relaciones económicas entre América Latina y la Metrópolis que se establecieron a partir del descubrimiento del oro californiano. Este hecho, dice el historiador, modificará todas las mecánicas económico-productivas de la región del Pacífico.<sup>32</sup>

La Guerra del Pacífico, librada en plena época de consolidación de las naciones recién inauguradas, se configura también como depositaria de intereses fundamentalmente europeos, dentro de una política económica (el capitalismo en plena expansión y apogeo inglés ultramarino) también “importada de Europa”. El guano se había ido depositando en la región desde milenios antes de la llegada de Humboldt en 1802 (las poblaciones

---

<sup>31</sup> Schwarz, Roberto, *Um mestre na Periferia do Capitalismo. Machado de Assis*. São Paulo, Duas Cidades, 1990; p. 36.

<sup>32</sup> Halperin Donghi, *op. Cit.*, pp. 208-209.

indígenas que habitaban esas costas lo utilizaban desde mucho antes<sup>33</sup>) y sin embargo, es a partir del interés económico que causa en Europa el descubrimiento del factor fertilizante del excremento, que Chile, Bolivia y Perú vislumbran en él la posibilidad de incrementar sus economías nacionales, ellas también a su vez construídas a imagen y semejanza del modelo franco-inglés: *“Una de las cosas que más llama la atención de Humboldt en el litoral del Pacífico es la cantidad de peces y aves marinas. No falta un indio comedido que se aproxima al alemán y le cuenta cuán grandes son las papas que se cosechan con ayuda del abono de nuestros guanos Ah!...!Gross Kartoffel! Dice Herr Humboldt y se corre la voz”(1/33).*

La violencia de la imposición de una cultura sobre otra tiene sus desdoblamientos en el tiempo. Durante la conquista, los invasores aplicaron las leyes del exterminio y del subyugamiento en favor de lo que imaginaban como el triunfo de la **civilización** sobre la **barbarie**. La fuerza del atropello fue brutal y efectiva <sup>34</sup>. De las sociedades pre-hispánicas quedaron vestigios y de sus habitantes sólo pequeñas minorías se conservaron intactas. La violencia de ese contacto impuesto de una forma de cultura sobre otra se prolonga, según Joaquín Aguirre, hasta el siglo XIX, cuando el positivismo científico aporta en América y actúa sobre flora y fauna con la sed de

---

<sup>33</sup> Dos viajeros ingleses del siglo XIX, Mary Hield y Thomas Knox, relatan que los pueblos indígenas conocían el poder fertilizante del guano, desde tiempos inmemoriales. En Hield, Mary, *Glimpses of South America*, London, Cassell, Peter Galpin & Co., 1882; y Knox, W. Thomas, *The Boys Travellers (South America)*. New York, Harper & Bother, 1886.

<sup>34</sup> Janice Theodoro resalta ese aspecto impositivo de la cultura europea sobre la de los colonizados. En el capítulo “O Paraíso Perdido: Descrição e Negação da Terra Descoberta” en *América Barroca. Tema e Variações*. São Paulo, EDUSP, 1992; pp.53-70.

quienes descubrieran que era posible dominar el mundo físico a través del conocimiento y de la experiencia.

La lectura paródica de la llegada de Charles Darwin y de su contacto con el universo americano tiene doble referencia en Guano Maldito. Por un lado, remite a la arbitrariedad con que esos presupuestos científicos fueron impuestos a la realidad americana (aquí alegorizada por una pareja de pelícanos), perpleja y ajena a su lógica interna; y por el otro, se proyecta hacia el futuro de la historia latinoamericana, sugiriendo que los sucesivos acontecimientos de esa historia han perpetuado el choque intercultural (reproducido ahora por las disparidades entre las clases privilegiadas y los enormes contingentes de marginalizados). Lo que está en el fondo de la alegoría de Aguirre es que la guerra fue tramada por las elites chilenas, bolivianas y peruanas, motivadas por ideales nacionalistas de expansión y de preservación de territorios, pero también manipuladas en bastidores por personeros ingleses y franceses que obedecían intereses europeos.

Ya vimos que la gran mayoría de los soldados que participaron directamente en los combates -muchos de los cuales eran indios del altiplano- desconocían cuáles eran los verdaderos móviles del conflicto. En esto consiste para Aguirre su violencia máxima. Incluyo a continuación otro extracto largo de la novela de Aguirre que carnavaliza la situación del contacto entre esos dos mundos antitéticos, poniendo a un extremo de la línea del diálogo a Charles Darwin y en el otro a un par de pelícanos. Los códigos con que cada interlocutor se maneja son tan diferentes que a lo largo de la conversación se produce toda suerte de cortocircuitos que le otorgan el tono hilarante. Quien narra el supuesto diálogo es el pelícano

inmortal, con una lectura que sólo refuerza la carnavalización de la situación imperialista decimonónica :

*“Es un tal Mr. Charles, un joven de veintidós cabezón, enclenque, huesudo, de pies ligeros y dedos largos, anda como loco anotando día y noche en pequeñas libretas negras todo cuanto observa en plantas, animales y hombres. Sube y baja de un barco llamado en inglés **Beagle**, que en el idioma español de los cristianos quiere decir: **sabueso**. El tipo en verdad es un tremendo sabueso, al primer descuido lo mete a uno en una caja y se lo lleva al barco.*

*Un amigo pelicano y su señora se descuidan y tienen la desgracia de caer en manos de ese ‘mister’ llamado ‘Charles’, que se los lleva a bordo del barco **Beagle** y los somete al más humillante interrogatorio y manoseo.*

*Vamos a ver amigo pelicano...? Cuántas plumas tiene en la cola?  
? Cuánta pelusa por ahí abajo? ? Por qué le sale moco de sal por las narices? ...A ver, abra el pico. ? Cuántas anchovetas puede meter en su bolsa en un día?? Cómo expande su bolsa? ...Bien, bien, ahora vamos a la balanza: ? Cuánto traga al día? ? Cuánto defeca? Entrada, salida, suma, resta, saldo... Una onza punto seis, no está mal, no está mal  
? Cuántas amantes tiene usted amigo? ? Las atiende usted bien?  
? Cuántas veces por hora...? Por día?, ? Por semana?, ? Por año?*

*Usted, señora pelicana: ? Cuántos huevos pone por día?. ? Por semana?, ? por año? ?Cuál es el espesor calcáreo de sus huevos mi señora? ? A los cuántos días de incubación le nacen los polluelos? ? Su esposo la ayuda en el parto? ? Cómo alimenta a los chicos? ? Se ha*

*sentido usted señora pelicana alguna vez atraída para hacer el amor con un cormorán? ¡No, no se ofenda! ¿Usted sabe que si lo hace podría nacer un hijito híbrido? Calma, calma mi señora, eso no quiere decir necesariamente bastardo.*

*Por fin, mi amigo pelicano y su digna esposa logran esapar del barco **Beagle** bastante maltrechos y humillados, pero, eso sí, buenos servidores de la ciencia. Confidencialmente mi amigo pelicano me dice que el gringo Charles le ha puesto una lavativa y que luego con un lente potente le miró las entrañas y le efectuó una exploración digital.*

*¿También a la señora? Le pregunto y se pone furioso./.../*

*Años más tarde./.../ he sabido que el gringuito Charles se llamaba 'Darwin' y que había escrito en sus libretas toda clase de chismes sobre nosotros en un libro llamado: **El origen de las especies**./.../ En otro libro titulado **La descendencia del hombre**, y que yo lo he leído al revés, dice Darwin que el hombre, por idiota, se convertirá poco a poco en mono, cosa que me parece que ya está ocurriendo./.../*

*En épocas de su visita mister Darwin, preocupado por la conservación de las especies nos preguntó: ¿Cuáles son sus enemigos? Nosotros nos miramos unos a otros sorprendidos y terminamos diciendo: Unos piojos chiquitos que se nos meten bajo las alas y nos pican./.../ Explicamos a Mr. Darwin que para mantener a nuestros huevos fuera del alcance de los zorros y gatos del desierto, habíamos aprendido a poner agua por medio y vivir en los islotes de nuestras colonias llenas de guano.*



*"No problem...no problem..." nos dijo el gringo y se fue contento".*  
(I/pp.31-32)

Aguirre apunta entonces, a que los orígenes de la relación entre europeos y amerindios son ya el establecimiento de estructuras relacionales entre el 'viejo' y el 'nuevo' mundo que se mantendrán básicamente cristalizadas a lo largo de la historia posterior. Su lectura es marxista y claramente inscrita en de la tendencia de la izquierda, en la década en que escribe. Los intereses económicos europeos invertidos en la guerra del Pacífico, son puestos al descubierto en este período, cuando se percibe que los nacionalismos locales, especialmente los periféricos estaban, desde sus guerras de independencia, manipulados por un orden político y, sobre todo, económico más amplio donde las coordinadas son regidas por las naciones centrales<sup>35</sup>.

En 1978 (dos años después de la primera publicación de Guanu Maldito, por lo tanto) el historiador Edgar Oblitas afirma que la guerra del Pacífico tuvo también un epílogo tragicómico, al facilitar el asentamiento del capitalismo inglés: *" Los tres países contendientes, vencidos y vencedores, pasaron a fisionomizarse como simples piezas del engranaje de producción de un nuevo orden económico semicolonial."*<sup>36</sup>

Finalmente, si pudiéramos establecer una especie de supra-consciencia de la Historia, encontraríamos en el propio nombre de esta guerra un

---

<sup>35</sup> " *La burguesía nacional, que toma el poder al concluir el régimen colonial, es una burguesía subdesarrollada. Su poder económico es casi nulo y, en todo caso, sin semejanza con el de la burguesía metropolitana a la que pretende substituir,*" in Fanon, Franz, *Los desterrados de la tierra*, (1961), trad. Julieta Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

sorprendente gesto de humor paródico que asocia **paz/pacífico a guerra**. La 'guerra del Pacífico' es un contrasentido así como lo es también, observando desde lejos, la lucha de un puñado de hombres por un fétido elemento orgánico que, finalmente, tras el enfrentamiento y la muerte, perdió todo su valor simbólico, transformando el episodio en una de las muchas paradojas con que se construye la comunidad imaginaria de la nación, la cual resulta a su vez una redundancia, como alega Balibar (contra Benedict Anderson) cuando afirma que toda comunidad social es ya de por sí imaginada: "*Toute communauté sociale, reproduite par le fonctionnement d'institutions, est imaginaire.*"<sup>37</sup> Sea como fuere, los nacionalismos latinoamericanos tienen una naturaleza *sui generis*, diferente a la de otros continentes y hemisferios (Europa, Medio Oriente, Estados Unidos) resultado, en parte, de la manera también *sui generis* y extremadamente reciente en que surgieron.

De manera un tanto drástica (también un tanto irónica), Octavio Paz considera que los nacionalismos hispano-americanos son "ideologías de repuesto" que tuvieron que ser adoptadas, a falta de otras mejores disponibles, en el momento de las Independencias: "*Al otro día de la Independencia, los hispano-americanos se encontraron sin una ideología que sustituyese a la del exhausto imperio español y adoptaron apresuradamente las vigentes en Europa: la democracia republicana y el*

---

<sup>36</sup> Oblitas, Edgar Fernández, *Historia Secreta de la Guerra del Pacífico*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1978; p.118.

<sup>37</sup> Balibar, Etienne, "La forme nation: histoire et idéologie" in *Race, nation, classe: les identités ambiguës*. Paris, La Découverte, 1988; p.126. Balibar está allí preocupado en diferenciar a la comunidad nacional del resto de las formas de comunidades históricas.

*nacionalismo. Fueron ideologías de repuesto.*<sup>38</sup> Pero si esto es así, se podría explicar en parte la inexistencia, hasta la fecha, de graves conflictos nacionalistas en la región y pueden entenderse asimismo los innumerables abordajes de la historia de la cultura latino-americana (Brasil incluido recientemente) realizados a partir de enfoques globales, que observan en forma conjunta los desarrollos sociales, económicos y políticos y que establecen constantes paralelos, ya sea en torno a la lengua, ya sea en torno a la raza. La cuestión de las diferencias parece establecerse aquí <sup>EN SUS ASPECTOS</sup> ~~como~~ más que nada socio-económicos, lo que nos remite al mismo punto, es decir, a las profundas semejanzas transnacionales.

No podría entenderse dentro de este mismo prisma el carácter ‘insostenible en niveles latinoamericano’ de buena parte de las obras literarias de la región?

La parodia de Aguirre no sería posible en otro contexto, a no ser éste dentro de un enfoque tercermundista de Latinoamérica, ya que sólo aquí se hace posible la ridiculización de la guerra nacionalista, la parodia de la Conquista y la ironización de la dependencia histórico-crónica en relación a la Metrópolis.

---

<sup>38</sup> Paz, Octavio, “Respuestas nuevas a preguntas viejas” in *Itinerario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; p. 148.

## RECAPITULACIONES

*“ Las palabras no reflejaban únicamente a la realidad política y social; eran instrumentos transformación de la realidad”*

*Lynn Hunt, Politics, Culture and Class in the French Revolution.*

La idea a la cual remite la frase del epígrafe es la que nordea toda una lectura sobre la Revolución Francesa, a partir de la cual la ensayista americana le otorga a los discursos de la historia y a los documentos de la época una función estructuradora, configuradora y “transformadora” que obviamente va mucho más allá de la mera referencia y de la información. El conocimiento de la historia, a través de sus diferentes discursos, es en realidad una forma para aproximarse mejor al presente, a partir del cual y en función al cual se iluminan determinados aspectos del pasado, como afirmaba Benjamin<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> “Articular historicamente o passado não significa conhecê-lo ‘como ele de fato foi’. Significa apropriar-se de uma reminiscência, tal como ela relampeja no momento de um perigo.”, in “Sobre o conceito de história”(1940), Obras Escolhidas I, trad. Sergio Rouanet, São Paulo, Brasiliense, 1987; p. 224.

En el caso del presente ensayo, la hipótesis ha pretendido partir de ahí, es decir que se ha intentado leer los discursos seleccionados, considerándolos

como instrumentos de “transformación” y de construcción de determinadas realidades, especialmente en su relación con el proceso de afianzamiento del nacionalismo decimonónico.

Esta lectura se hace posible desde la perspectiva de finales del siglo XX, es decir, cuando el concepto de nacionalismo se ha cargado de nuevos significados y la solidez de sus fundamentos ya no parece tan sólida ni tan inabable y cuando la polémica noción del transnacionalismo ha ido tomando cada vez más espacio<sup>2</sup>.

Queda claro, por otro lado, que la relación entre la guerra del Pacífico y las coordinadas económicas (y políticas) mundiales en que se desarrolló tiene una importancia fundamental. Los movimientos de emancipación de las ex-colonias españolas, a principios del XIX y el subsiguiente desarrollo político-económico de las nuevas naciones estaban -desde la Conquista- condicionados por ese panorama/programa mundial específico. En 1879 ya la historia occidental tenía muy bien configurados un centro y una periferia: *“Les unités nationales se constituent à partir de la structure globale de l'économie-monde, en fonction du rôle qu'elles y jouent dans une période donnée, en commençant par le centre. Mieux, elles se constituent les unes*

---

<sup>2</sup> Aijaz Ahmad plantea la actual situación del estado-nación en los términos siguientes: *“... decolonization is now too firmly behind us, the logic of capital is now too deeply entrenched in all our societies, for nationalisms of the kind which are centred on the existing state apparatuses to be the answering dialectic, if they ever were.”* in *In Theory: classes, nations, literatures*. (1992) London-New York, Verso, 1994; p. 317.

*contre les autres en tant qu'instruments concurrents de la domination de centre sur la périphérie.*"<sup>3</sup>

Podríamos decir que la guerra del Pacífico así como la construcción de las tres historias nacionales que aparecen en la lectura propuesta aquí de una manera un tanto caleidoscópica, se explican como partes de un engranaje más amplio y global que es el que sigue girando y funcionando hasta hoy, a pesar de los múltiples colapsos que configuran en la actualidad la crisis del sistema capitalista.

No todos los mecanismos discursivos de instalación de la ideología nacional han sido agotados en este trabajo. Fueron dejados de lado, por ejemplo, la poesía, los himnos nacionales, los cancioneros populares que representan todo un campo discursivo de enorme interés para la comprensión del fenómeno de la guerra dentro de los contextos nacionales y que merecen, sin duda, un estudio aparte, complementado también con un análisis del considerable material pictórico. El recorte se hacía necesario y opté por privilegiar, en este caso, el tipo de discurso donde la cristalización nacionalista fuese menos evidente y mostrara los quiebres y los tropiezos de su propia naturaleza. Ese material, en especial los himnos nacionales, muestra claramente el puente entre las estrategias ideológicas de la nación y el discurso que las conecta con la idea de defensa y de guerra. El estado nacional se configura como una entidad acoplada a un aparato judicial, económico y legislativo por un lado y del otro lado, a la máquina de la defensa de la patria, en sus tres modalidades: la armada, el ejército y la

---

<sup>3</sup> Balibar, Etienne, "La forme nation: histoire et ideologie", in Balibar et Wallerstein, *Race\_nation\_classe*. Paris, La Découverte, 1982 ; p. 121.

aviación, cuya retórica patriótica es el soporte más contundente de la imaginación nacional en la actualidad. Los himnos resaltan toda una arquitectura ha sido construída a partir de las guerras de independencia decimonónicas, y las guerras nacionales como la del pacífico. Junto a la liberación de las cadenas de la opresión (española), y la conquista de la soberanía, son laureados aquellos que la defienden: están ahí los soldados, los héroes, los mártires, las luchas en defensa de las agresiones al territorio nacional, conjugando los verbos de la guerra ‘vencer’, ‘triunfar’, ‘conquistar’; están las banderas, las razas, el coraje, la muerte heroica, sacrificio por el “futuro esplendor”. En las fechas en homenaje a las proclamaciones de independencia -el dieciocho de setiembre chileno (1818), el veintiocho de julio peruano (1821) y el seis de agosto boliviano (1925)- se siguen cantando al unísono los himnos en exaltación a las identidades nacionales, a las diferencias que la imaginación moderna construyó para organizar a la humanidad.

En pleno auge de definiciones ‘mercosurianas’ conviene observar cuáles fueron los movimientos que llevaron a dividir y a configurar los espacios y los pueblos-naciones latinoamericanos. Se trata de movimientos recientes pero, sin embargo, de una absoluta contundencia que llevan hoy a un peruano a distinguirse por su idiosincracia, por el acento de su castellano y por sus marcas nacionales de un boliviano o de un chileno. Y ellos también de él. Fueron guerras e ideologías que configuraron las diferencias entre los ‘otros’ y los ‘nosotros’ y que determinaron asimismo la entrada de todo un continente dentro del esquema económico global que marca a la modernidad.

Una vasta literatura narra esos movimientos, los tuerce, los amarra, los vuelve a extender en cronologías y esquemas temporales que hablan de una infinidad de historias nacionales posibles e imposibles. La imagen que se dibuja es la de una América Latina complejamente diversa y unitaria a la vez, que juega con la posibilidad de su lengua única y de sus dialectos varios, de su matriz española y de sus variantes indígenas, mestizas, criollas y europeas.

La guerra del Pacífico se incorpora dentro de esa red de historias que marcaron las diferencias y establecieron las semejanzas. Entre la novela histórica y los documentos y narrativas de la guerra, existe una relación imaginaria directa, un pacto de encuentro y de identidad dirigido hacia esas diferencias y semejanzas. Podría decirse que hay siempre alguna intención didáctica en todo discurso de la guerra que apunta a la aclaración, a la explicación, a la divulgación, a la moraleja en algunos casos. Desde luego, la gran mayoría se refiere a una guerra ya concluida o, por lo menos, a episodios de la guerra ya pretéritos. Al rededor de 1879 se articuló gran parte de las bases nacionalistas para la retórica electoral y demagógica que impera prácticamente intacta hasta hoy en los circuitos políticos de la región.



**BIBLIOGRAFIA**

## I. SOBRE LA GUERRA DEL PACIFICO:

-----, "Exposición que dirige el col., Duarte a los hombres de bien. Con revelaciones importantísimas sobre la ocupación enemiga", manuscrito inédito, 1884.

-----, Boletín de la guerra del Pacífico. 1879-1881, Santiago, Andrés Bello, 1979.

AGUIRRE, Joaquín Lavayén, Guano maldito, La Paz, Tercer Mundo, 1976.

-----, Guano Maldito. Tragicomedia boliviana en tre actos, La Paz, edición particular, 1985.

AGUIRRE, Miguel, Ligeras Reminiscencias del campo de Batalla, Cochabamba, El Heraldo, 1880.

AMAYO, Enrique, La política británica en la guerra del Pacífico, Lima, Horizonte, 1988.

ARGUEDAS, Alcides, Historia General de Bolivia (El proceso de la nacionalidad) 1809-1921. La Paz, Arnó Hnos., 1922.

-----, Pisagua, La Paz, Velardes, 1903.

BALLIVIAN, Daniel, Los Colorados de Bolivia. Recuerdos de un Subteniente, Valparaíso, Americana, 1919.

BARROS ARANA, Diego, Historia de la guerra del Pacífico (1879-1880), Santiago, Servat, 1880.

BASADRE, Jorge, Historia de la República del Perú. 3a., Tomo II, (1866-1908), Lima, Cultura Antártica; 1946.

\_\_\_\_\_, Chile, Perú y Bolivia Independientes, Barcelona-Buenos Aires, Salvat, 1948.

\_\_\_\_\_, Historia del Perú Republicano. Lima, Juan Mejía Baca, 1980.

\_\_\_\_\_, Reflexiones en torno a la guerra de 1879, Lima, Centro de Investigación y Capacitación, 1979.

BIRBUET, Miguel España, Recuerdos de la campaña de 1879, (Manuscrito inédito), La Paz, Isla, 1986.

BLANLOT Holley, Anselmo, Historia de la Paz entre Chile y el Perú (1879-1884), Santiago, Universo, 1910.

BULNES, Gonzalo, Guerra del Pacífico, Santiago, Del Pacífico, 1976.

BUNSTER, Enrique, Bala en Boca, Santiago, del Pacífico, 1973.

CÁCERES, A. Andrés, La guerra del 79: sus campañas, ( ), Lima, Milla Baltres, 1973.

\_\_\_\_\_, Memorias, ( ), Lima, Milla Baltres, 1986.

CAIVANO, Tommaso, Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia, Florencia, Arte della Stampa, 1883.

CAM, José, Holocausto. 1879-1979, Lima, Cidesco, 1981.

CARRASCO, Rufino col., Manifiesto, Bolivia, inédito, 1879.

DAVIN, Albert, Chile y Perú en tiempos de la guerra del Pacífico, Santiago, Planeta, 1992.

DI CIO, Miguel Angel, Chile contra Bolivia y Perú. 1879-1883. La guerra de los diez centavos, Buenos Aires, 1978.

ENCINA, Francisco, Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891, 18 vols., Santiago, Nascimento, 1951.

\_\_\_\_\_, Resumen de la Historia de Chile, (1954) 2 vol., Santiago, Zig-Zag, 1961.

ERGUETA, Luis, Daza no ocultó la noticia de la invasión chilena (definitiva dilucidación histórica), La Paz, Millán, 1982.

EYZAGUIRRE, Jaime, (1967) Breve Historia de las fronteras de Chile, Santiago, Universitaria, 1983.

GAGUI, Eduardo, Almas de Temple. La epopeya del 79, Lima, Ausonia, 1960.

GALDAMES, Luis, Historia de Chile, Santiago, Zig-Zag, 1944.

GALLENDA, A., South America, London, Chapman & Hall, 1881.

GREZ, Vicente, El combate homérico, Santiago, Fiscal de la Penitenciaría, 1920.

GUERRA, Margarita Martiniere, La ocupación de Lima (1881-1883), Lima, PUC del Perú, 1991.

GUMUCIO, Jorge Granier, United States and the Bolivian Coast, La Paz, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1988.

GUTIERREZ, Alberto, La guerra de 1879. Paris, Vda. De Ch. Bouret, 1914.

HALPERIN Donghi, Tulio, Historia Contemporánea de América Latina, 3a., Madrid, Alianza, 1972.

HIELD, Mary, Glimpses of South America or the Land of Pampas. London, Cassell, Peter, Galpin & Co., 1882.

HUMBERSTONE, Santiago, (1929), Huída de Agua Santa en 1879. Santiago, Andrés Bello, 1980.

INFANTE, Florencio (capellán de la escuela militar), Presencia de la iglesia en la guerra del Pacífico, Santiago, 1979.

INOSTROSA, Jorge, 21 de mayo de 1879, Santiago, Gabriela Mistral, 1975.

\_\_\_\_\_, Adios al séptimo de línea, 4 vol., Santiago, Zig-Zag, 1957.

\_\_\_\_\_, Combate de la Concepción, Santiago, Gabriela Mistral, 1974.

\_\_\_\_\_, Hidalgos del mar, Santiago, Zig-Zag, s/f.

\_\_\_\_\_, Huella de siglos, Santiago, Zig-Zag, 1966.

KNOX, Thomas, W., The boys Travellers. South America, New York, Harper & Bros., 1886.

LAZO BAEZA, Olegario, Cuentos Militares, Santiago, Zig-Zag, 1967.

\_\_\_\_\_, Nuevos Cuentos Militares, Santiago, Nascimento, 1978.

LIZARDO, Andrés Taborga, Apuntes de la campaña de 50 días de las fuerzas bolivianas en Calama, Sucre, Tipografía de la Libertad, 1879.

LUNA, Mario, Héroes sin nombre y otras narraciones, (Reedición de Episodios Nacionales, de 1900-1903), Lima, Grafital, 1979.

MERCADO Moreira, Miguel, Guerra del Pacífico. Nuevos esclarecimientos, La Paz, Fund. Simon Patiño, 1962.

MORANT, George, Chile and the River Plate, London, Waterlow & Sons, 1891.

MURILLO Y ALIAGA, Raúl, La Quinta División, La Paz, 1979.

OBLITAS, Edgar Fernández, Historia secreta de la guerra del Pacífico, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978.

\_\_\_\_\_, La geopolítica chilena y la guerra del Pacífico, La Paz, 1959.

ORREGO, Emilio, Bolivia y Chile: el conflicto del Pacífico, Santiago, Andrés Bello, 1992

PACHECO, Ramón, Episodios de la guerra del Pacífico, Santiago, Ercilla, 1949.

PALMA, Ricardo, Crónicas de la guerra con Chile (1881-1883), Lima, Mosca Azul, 1984.

PAZ SOLDÁN, Luis A., La Breña, 1881, Lima, Ecoma, 1978.

PAZ SOLDÁN, Mariano, Narración Histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia. (1881), Lima, Milla Baltres, 1979.

PINOCHET Ugarte, Augusto, Guerra del Pacífico. Campaña de Tarapacá, Santiago, Andrés Bello, 1972.

PINOCHET DE LA BARRA, Oscar, Testimonios de la guerra del Pacífico, Santiago, Pacífico, 1978.

PUÑA Edmundo Flores, 300 Canciones para los estudiantes de mi patria, La Paz, Crispín, 1977.

QUEREJAZU, Roberto Calvo, Guano, Salitre, Sangre. Historia de la guerra del Pacífico, La Paz, Los Amigos del Libro, 1982.

\_\_\_\_\_, Guerras del Pacífico y del Chaco: similitudes y diferencias, La Paz, Los Amigos del Libro, 1982.

QUIROZ, Abraham, Epistolario inédito sobre su campaña como soldado raso durante toda la guerra del Pacífico, Santiago, Archivo Nacional.

RIQUELME, Daniel, Bajo la Tienda, Santiago, Gabriela Mistral, 1974.

ROCCA, Torres, Luis, La otra historia: memoria colectiva del pueblo de Zaña, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, s/f.

RODRIGUEZ, Angel, Cuentos Militares, La Paz, Imp. Renacimiento, 1960.

SATER, William, The Heroic Image in Chile. Arturo Prat. Secular Saint, Berkeley, Univ. California, 1973.

\_\_\_\_\_, The War of the Pacific, Lincoln & London, Univ. Nebraska, 1986.

SOBRADOS, Francisco Sobrados, La influencia de la minería en las economías de Chile y Bolivia, Madrid, Cutura Hispánica, 1953.

SOTO, Alejandro Cárdenas, Guerra del Pacífico. Los tribunales arbitrales (1882-1888), Santiago, Univ. de Chile, 1950.

STERN, Steve, Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, 18<sup>th</sup> to 20<sup>th</sup> Centuries. Wisconsin, Univ. Wisconsin, 1987.

TAUNAY, Visconde de , A guerra do Pacífico (Chile versus Perú e Bolivia). (1881), São Paulo, Melhoramentos, 1925.

THORNDIKE, Guillermo, 1879. Lima, Librex, 1976.

\_\_\_\_\_, El viaje de Prado. Lima, Promoinvest, 1977.

\_\_\_\_\_, La batalla de lima. Lima, Promoinvest, 1979.

\_\_\_\_\_, Vienen los chilenos, Lima, Promoinvest, 1978.

UGARTE, Guillermo Chamorro, (org.), Diario de la campaña naval escrito a bordo del 'Huascar'. Lima, Cofide, 1984.

URIBE, Juan Echevarría, Canciones y poesías de la guerra del Pacifico. Santiago, Renacimiento, 1979.

VARIOS AUTORES, Cuentos militares dedicados al ejército I a la guardia nacional. Santiago, Comercio, 1898.

VIDAURRETA, Alicia, "Argentina y la Guerra del Pacífico" in Rev. de las Indias. 1985, vol. XVI, nº175; pp. 111-159.

## II. OBRAS TEORICAS CITADAS O CONSULTADAS:



AHMAD, Aijaz, "Jameson's Rhetoric of Otherness and the 'National Allegory'" (1987), in In Theory. Classes, Nations, Literatures, London, New York, Verso, 1992; pp. 95-122.

ANDERSON, Benedict, Nação e Consciência Nacional. (1983), trad. Lólio de Oliveira, São Paulo, Ática, 1989.

ARENDDT, Hannah, Origens do Totalitarismo, (1949), trad. Roberto Raposo, São Paulo, Cia. das Letras, 1989.

AULAGNIER-SPAIRANI, Piera, et alii, Le désir et la Perversion, Paris, Seuil, 1967.

BACHTIN, Mijail, La Cultura Popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Rabelais, (1987), Buenos Aires, Alianza, 1994.

\_\_\_\_\_, Questões de Literatura e de Estética, (1975), trad. Aurora Bernardini et alii, São Paulo, Unesp, 1990.

BAHBHA, Homi, (org.) Nation and Narration, London and New York, Routledge, 1990.

BALIBAR, Etienne y WALERSTEIN, Immanuel, (org.) Race, Nation, Classes. Les identités ambigües, Paris, La Découverte, 1988.

BALIBAR, Etienne, Lieux et noms de la vérité. Paris, l'Aube, 1994.

BARRACLOUGH, Geoffrey, Tendances actuelles de l' Histoire, Paris, Flammarion, 1980.

BARTHES, Roland, Michelet, (1954) trad. Paulo Neves, São Paulo, Cia. das Letras, 1991.

BATAILLE, George, L'Erotisme, (1957) Paris, Minuit, 1992.

BENJAMIN, Walter, Origem do drama barroco alemão, (1925) trad. Sergio Rouanet, São Paulo, Brasiliense, 1884.

BRAUDEL, Fernand, Reflexões sobre a História, (1990) trad. Eduardo Brandão, São Paulo, Martins Fontes, 1992.

BURKE, Peter, (org.), A Escrita da História, (1991), trad. Magda Lopes, São Paulo, Unesp, 1992.

BURKE, Peter, A Fabricação do Rei. A Construção da Imagem Pública do rei Luís XIV, (1992), trad. Maria Luíza Borges, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1994.

CANETTI, Elias, Massa e Poder (1960), trad. Sérgio Tellaroli, São Paulo, Cia. das Letras, 1995.

CERTEAU, Michel de , A Escrita da História (1975), trad. Maria de Lourdes Menezes, Rio de Janeiro, Forense, 1982.

CHARTIER, Roger, A história cultural entre práticas e representações, Rio de Janeiro, Difel, 1990.

CHIAPPINI & AGUIAR (org.), Literatura e História na América Latina, São Paulo, Edusp, 1993.

CLAUSEWITZ, Karl von, De la guerra, Barcelona, Labor, 1992.

DANTO, Arthur, Historia y Narración, (1965), trad. Eduardo Bastos, Barcelona, Paidós, 1989.

DORATIOTO, Francisco, Espaços Nacionais na América Latina. Da utopia Bolivariana à Fragmentação, São Paulo, Brasiliense, 1994.

DUBY, George et alii, História e Nova História, trad. Carlos Ferreira, Lisboa, Safil, 1989.

EAGLETON, Terry, A Ideologia da Estética, (1990), trad. Mauro Costa, Rio de Janeiro, Jorge Saad, 1993.

ELIADE, Mircea, Aspects du mythe, Paris, Gallimard, 1963.

FANON, Frantz, Los condenados de la tierra, (1961), trad. Julieta Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

FERRO, Marc, História das Colonizações: das conquistas às independências -séculos XIII a XX-, (1994), trad. Rosa D'Aguiar, São Paulo, Cia. das Letras, 1996.

FLETCHER, Angus, Allegory. The Theory of a Symbolic Mode. (1964), New York, Cornell, 1982.

FOUCAULT, Michel, As Palavras e as coisas, (1966), trad. Salma Muchail, São Paulo, Martins Fontes, 1990.

\_\_\_\_\_, L' archéologie du savoir, Paris, Gallimard, 1969.

FRYE, Northrop, Anatomia da Crítica (1957), trad. Péricles Ramos, São Paulo, Cultrix, s/f.

GAY, Peter, O estilo na História.(1974) São Paulo, Cia. das Letras, 1994.

GELLNER, Ernst, Nation and Nationalism, Oxford, Basil Blackwell, 1983.

GELLNER, Ernst, Condições de liberdade.(1994) Trad. Lucy Magalhães, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1996.

GENETTE, Gérard, Palimpsestes, Paris, Seuil, 1982.

GLUCKSMANN, André, Le discours de la guerre suivi d' Europe 2004.

Paris, L'Herne, 1967.

GUERRA, François-Xavier, Modernidad e independencias, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

HABERMAS, André, Identidades nacionales y postnacionales, Madrid, Gredos, 1989.

HOBBSAWM, Eric J., Nações e Nacionalismo desde 1780, (1990), trad. Paoli & Quirino, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1990.

HOBBSAWM, Eric J., The age of Capital. 1848-1875. (1975), London, Abacus, 1995.

HOBBSAWM, Eric J., The age of Empire. 1875-1914, (1987), London Abacus, 1995.

HUIZINGA, Johan, El concepto de historia, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

HUMBOLDT, Alexander von, Voyages dans l'Amérique équinoxiale, Paris, La Découverte, 1993.

HUNT, Lynn, (org.), The New Cultural History, Berkeley-London, Univ. of California, 1989.

JAMESON, Fredric, "Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism", in Social Text, nº15, vol.5, 1986; pp. 65-88.

JAMESON, Fredric, "A Brief response" in Social Text FALTAN DATOS.

JAMESON, Fredric, Documentos de cultura documentos de barbarie, trad. Tomás Segovia, Madrid, Visor, 1989.

JITRIK, Noé, Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género, Buenos Aires, Biblos, 1995.

- KANTOROWICZ, Ernst, Mourir pour la Patrie, (1951), Paris, Presses Universitaires, 1984.
- KEEGAN, John, Uma História da Guerra, (1993), trad. Pedro Maia Soares, São Paulo, Cia. das Letras, 1995.
- KRISTEVA, Julia, Séméiotikè. Recherches pour une sémanalyse, Paris, Seuil, 1969.
- LE GOFF, Jacques, Histoire et Mémoire, Paris, Gallimard, 1981.
- LEFEBVRE, Henri, Le Nationalisme contre les Nations, (1937), Paris, Meridiens Kliencksieck, 1988.
- LEFORT, Claude, As Formas da História, (1979), trad. Luiz Salinas, São Paulo, Brasiliense, 1990.
- LÉVI-STAUSS, Claude, Race et Histoire, (1952), Paris, Denöel, 1987.
- LÉVI-STRAUSS, Claude, Lo crudo y lo cocido, (1964) México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- LEZAMA Lima, José, Tratados en la Habana, Santiago, Orbe, 1970.
- MICHELET, Jules, Joana D'Arc, (1841) trad. Plínio Coelho, São Paulo, Imaginário, 1995.
- MIGNOLO, Walter, "Ficcionalización del discurso historiográfico" in Sosnowski, (org.), Augusto Roa Bastos y la producción cultural americana, Buenos Aires, De la Flor, 1986; pp. 199-209.
- NOVAES, Adauto. (org.), Tempo e História, Saão Paulo, Cia. das Letras, 1992.

PAZ, Octavio, Conjunções e Disjunções, trad. Lúcia Teixeira Wisnick, São Paulo, Perspectiva, 1979.

\_\_\_\_\_, Itinerario. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

RENAN, Ernst, "What is a Nation?" (1884), trad. Martin Thom, in Bahbha (org.) Nation and Narration, London & New York, Routledge, 1990; pp. 8-22.

REV. DISPOSITIO, Univ. Michigan, vol. XVII, nº42-43 (Número especial dedicado a la literatura de viajeros).

SCHAMA, Simon, Paisagem e Memória, trad. Hildegard Feist, São Paulo, Cia. das Letras, 1995.

SOMMERS, Doris, Foundational Fictions, (1991), Berkeley, London, Univ. of California, 1993.

STENDHAL, Napoléon, (1876), trad. Brandão & Rossini, São Paulo, Boitempo, 1995.

THEODORO, Janice, América Barroca. Tema e variações, São Paulo, Nova Fronteira, 1992.

TODOROV, Tzvetan, La Conquête de l'Amérique, Paris, Seuil, 1982.

TODOROV, Tzvetan, Théories du Symbole, Paris, Seuil, 1977.

VEYNE, Paul, Como se Escreve a História, (1971), trad. Baltar & Kneipp, Brasília, Univ. Brasília, 1982.

VIROLI, Maurizio, For Love of Country. An Essay on Patriotism and Nationalism. Oxford, Clarendon, 1995.

WHITE, Hayden, Meta-História, (1973), trad. José Melo, São Paulo, Edusp, 1992.

WHITE, Hayden, Trópicos do Discurso. Ensaio sobre a crítica da cultura, (1978), trad. Alípio de Franca Neto, São Paulo, Edusp. 1994.